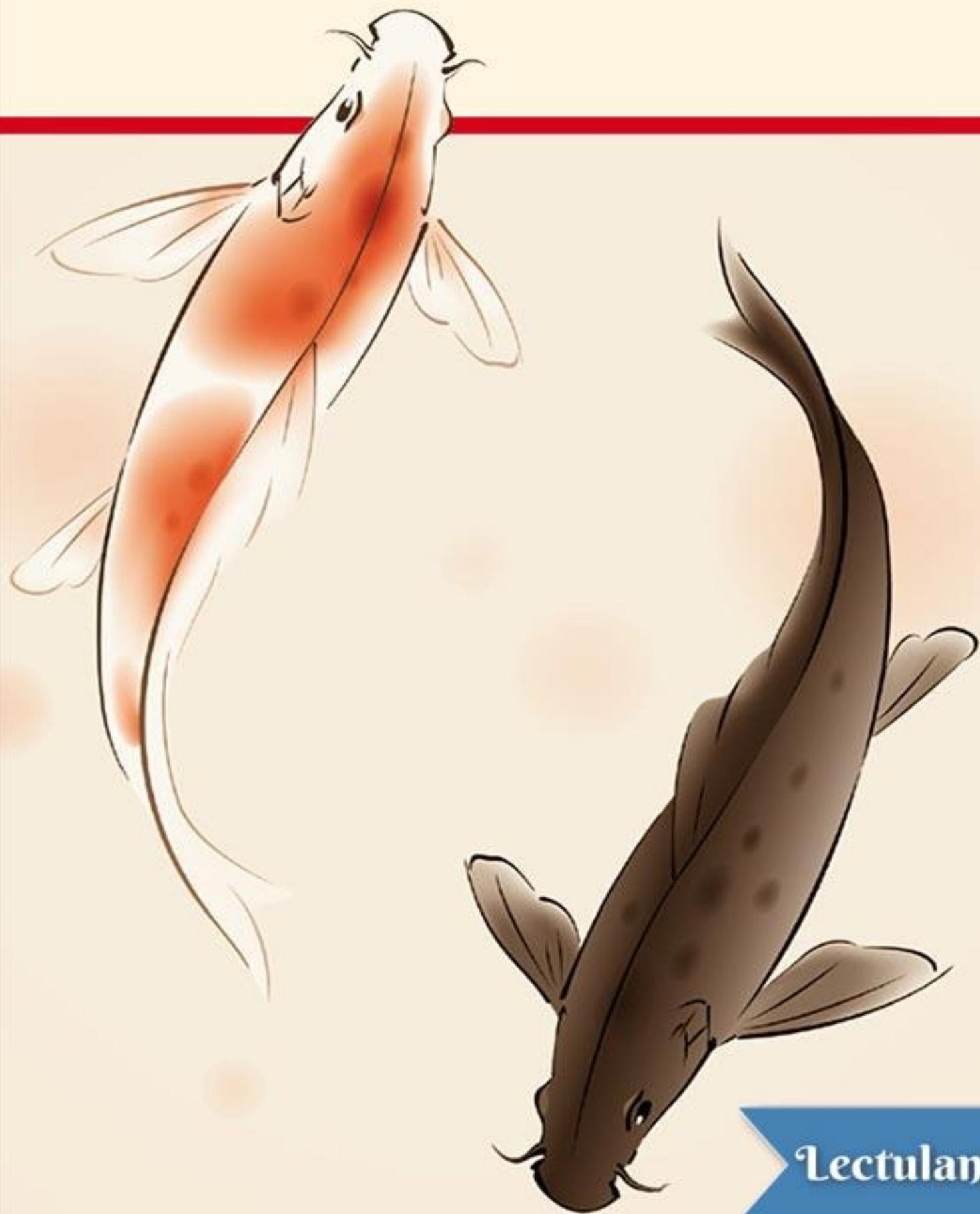


# LE LLAMÉ CORBATA

Milena Michiko Flašar



Lectulandia

En el banco de un parque se encuentran dos perfectos desconocidos: el joven Hiro, un *hikikomori*, veinteañero japonés que ha vivido recluido en su habitación los últimos años, y un hombre mucho mayor, un *salaryman*, un oficinista como tantos otros. ¿Qué hacen allí, fuera de sus habituales refugios? Día tras día van contándose sus vidas el uno al otro. Ambos son marginados que no soportan la presión de la sociedad, y al experimentar de nuevo el afecto y que tras la tristeza puede esconderse la risa, retoman fuerzas para la despedida definitiva y emprender un nuevo comienzo.

*Le llamé Corbata* es una novela bellamente escrita sobre gente que habla de cosas que normalmente silenciamos, que conjura el miedo a todo lo que se sale de la norma y nos muestra la enorme fuerza anárquica de la renuncia. Una historia sobre el Japón contemporáneo, que es a la vez una historia sobre la vida cotidiana de todos nosotros.

**Lectulandia**

Milena Michiko Flašar

# **Le llamé Corbata**

ePub r1.0

Titivillus 03.10.15

Título original: *Ich nannte ihn Krawatte*

Milena Michiko Flašar, 2012

Traducción: Sandra Santana

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Kris*

*[...] qué retirado estás de este mundo lleno de belleza y que tiene, tal vez, un sentido, qué expulsado de toda perfección natural, qué solo estás en tu vacío, qué ajeno y sordo en este gran silencio [...].*

MAX FRISCH,  
*Respuesta desde el silencio*

# 1

Le llamé Corbata.

El nombre le gustó. Le hizo reír.

Franjas rojas y grises en su pecho. Es así como quiero recordarle.

Han pasado siete semanas desde la última vez que lo vi. En estas siete semanas la hierba ha amarilleado y se ha secado. Las cigarras chirrían en los árboles. La grava cruje bajo mis pies. El parque parece extrañamente desierto en la luz intensa del mediodía. Las ramas cargadas de flores se inclinan cansadas hacia el suelo. Un pañuelo azul pálido en el matorral, el viento inmóvil. El aire es pesado y presiona hacia la tierra. Soy un ser humano comprimido. Me despido de alguien que nunca volverá. Ayer lo supe. No volverá nunca. Por encima de mí se extiende un cielo que —¿para siempre?— lo ha hecho desaparecer en su interior.

Todavía no puedo creer que nuestra despedida sea definitiva. En mi imaginación podría aparecer en cualquier momento, tal vez como algún otro, tal vez con un rostro diferente que me dice al mirarme: Estoy aquí. Sonreír a las nubes en dirección al norte. Podría suceder. Por eso estoy aquí sentado.

Estoy sentado en nuestro banco. En aquel que, antes de ser nuestro banco, fue mi banco.

Vine aquí para convencerme de que la grieta en la pared, aquella finísima rotura que atraviesa las estanterías, cumple su función tanto dentro como fuera. Dos años enteros pasé mirándola fijamente. Dos años enteros en mi habitación, en casa de mis padres. Tras los ojos cerrados dibujaba su línea rota. Estaba en mi cabeza, y desde allí se prolongó hasta llegar a mi corazón y a las arterias. Yo mismo era una raya sin sangre. Mi piel mortalmente pálida por la ausencia de sol. A veces añoraba su contacto. Imaginaba cómo sería salir fuera y comprender, al fin, que hay espacios que nunca se abandonan.

Una fría mañana de febrero cedí a mi deseo. Por la rendija, entre las cortinas, divisaba una bandada de cornejas. Volaban arriba y abajo y el sol sobre sus alas me deslumbraba. Un dolor abrasador en los ojos. Recorrí palpando la pared de mi habitación hasta la puerta, la empujé, me puse mi abrigo y me calcé los zapatos un número pequeños, salí a la calle y me interné entre plazas y edificios. A pesar del frío, el sudor corría por mi frente y experimentaba una curiosa satisfacción en ello: todavía puedo hacerlo. Puedo poner un pie delante de otro. No lo he olvidado. Todos mis esfuerzos por olvidarlo fueron en vano.

No intentaba engañarme. Al igual que antes, la cuestión era estar solo. No quería encontrarme con nadie. Encontrarse con alguien significa implicarse. Quedar anudado a un hilo invisible. De ser humano a ser humano. Nada más que hilos. En todas direcciones. Encontrarse con alguien hace que te conviertas en parte de su tejido; precisamente esto era lo que trataba de evitar.

En aquella primera salida en libertad condicional (porque es así como debe sentirse un preso que con su mirada enrejada lleva su celda alrededor y sabe perfectamente que no es libre); cuando pienso, como digo, en aquella primera salida en libertad condicional, tengo la impresión de haber sido un personaje de una película en blanco y negro moviéndose por un escenario lleno de color. A mi alrededor chillaban los colores. Taxis amarillos, buzones rojos, vallas publicitarias azules. Su clamor me ensordecía.

Doblaba las esquinas, el cuello de la chaqueta alzado, poniendo atención en no tropezar con nadie. Me horrorizaba la idea de que la pernera de mi pantalón pudiera rozar el extremo del abrigo de alguien al pasar. Presionaba los brazos a los lados y avanzaba, avanzaba, avanzaba, sin mirar a derecha o a izquierda. Me espantaba pensar en la idea de que dos miradas, por azar, pudieran quedar apresadas, aunque solo fuera un instante, la una en la otra. Detenidas, durante unos segundos, la una en la otra. Sin poder desprenderse. Me causaba náuseas. Las contenía. Lleno hasta los topes. Cuanto más avanzaba, más sentía el peso en mi cuerpo. Era un cuerpo humeante entre muchos otros. Alguien chocó conmigo. Ya no pude contenerme más. Con la mano en la boca corrí hacia el parque y vomité.

Conocía el parque y también conocía el banco que estaba junto al cedro. La infancia lejana. Mi madre me habría hecho señas para que me acercara, me habría sentado en su regazo y me habría explicado el mundo señalando con el dedo índice. ¡Mira, un gorrión! Hacía pío-pío. Su respiración en mis mejillas. Un cosquilleo en la nuca. El pelo de mi madre ondeando lentamente a los lados. Cuando se es pequeño, tan pequeño que uno cree que va a continuar siéndolo eternamente, el mundo es un lugar acogedor. Esto fue lo que pensé al reconocerlo. El banco de mi infancia. Este banco en el que tuve que aprender que nada permanece igual y que, a pesar de todo, merece la pena estar en el mundo. Todavía sigo aprendiéndolo.

Él diría: Aquello fue una decisión.

Y, efectivamente, me decidí a atravesar el césped, a permanecer de pie junto al banco y a situarme frente a él. Me encontraba solo, envuelto en silencio. No había nadie allí que pudiera sorprenderme rodeando una y otra vez el banco, en círculos cada vez más estrechos. El sabor en la boca al sentarme, finalmente. El deseo de ser niño de nuevo. De volver a mirar desde unos ojos perplejos. Me refiero a que fueron mis ojos los que enfermaron en primer lugar. Después les siguió mi corazón. Y así estaba yo, sentado, con un atuendo demasiado ligero. Más ligera aún la piel, bajo la que tiritaba.

## 6

A partir de entonces, me dirigí hasta allí cada mañana. Miré caer la nieve, la vi derretirse de nuevo. Un jovial arroyuelo. Al tiempo que llegó la primavera, llegaron los hombres y sus voces. Yo miraba con la mandíbula tensa. Un nudo en la garganta. Era la grieta en la pared. Era ella la que me separaba de aquellos que estaban tejidos entre sí. Una parejita de enamorados pasó a mi lado cuchicheando y caminando lentamente. Las palabras secretas que se agolpaban a mi alrededor me sonaban extrañas, como pertenecientes a una lengua desconocida para mí. Estoy feliz, escuchaba, indescriptiblemente feliz. Una empalagosa manera de hablar. Presioné el nudo tragando hacia dentro.

Dudo que alguien percibiera mi presencia; y de haberlo hecho, me habría considerado una especie de fantasma. Se ve algo de modo claro, nítido, pero no se puede creer lo que se ha visto y se parpadea reiteradamente. Yo era un fantasma de este tipo. Incluso mis padres apenas podían percibirme ya. Cuando me los encontraba en casa, en la entrada o en el pasillo, murmuraban un incrédulo «Ah, eres tú». Hacía tiempo que habían dejado de contarme entre los suyos. Hemos perdido a nuestro hijo. Ha muerto antes de que le llegara la hora. Seguramente era eso lo que sentían. Una especie de pérdida en vida. Pero comenzaron a resignarse, poco a poco. La tristeza que al comienzo podían haber sentido por mí cedió ante la certeza de que no estaba en su mano el recuperarme, y, por muy extraña que fuera la situación para ellos, en la propia extrañeza se instauró pronto un cierto orden. Vivimos unos con otros bajo el mismo techo y, si no sentimos la urgencia de salir fuera, es sencillamente porque consideramos que es normal vivir así, bajo un mismo techo.

Hoy comprendo que es imposible no encontrarse con nadie. Desde el momento en que uno está aquí, respirando, se encuentra con el mundo entero. Un hilo invisible nos une a los otros desde el mismo momento del nacimiento. Para cortarlo es necesario algo más que una muerte, y de nada sirve oponer resistencia.

Cuando él apareció, yo no tenía ni idea.

Digo que apareció, porque fue realmente así. Una mañana de mayo apareció de repente. Yo estaba sentado en el banco, con el cuello de la chaqueta levantado. Una paloma alzó el vuelo. Me sentí mareado por su aleteo. Al cerrar y volver a abrir los ojos, él estaba allí.

Un *salaryman*<sup>[•]</sup>. De unos cincuenta y cinco años. Llevaba un traje gris, una camisa blanca, una corbata a rayas rojas y grises. A su derecha balanceaba un portafolios de cuero marrón. Caminaba, balanceándolo arriba y abajo, con los hombros inclinados hacia delante, la mirada esquiva. Un aire de cansancio. Sin mirarme, se sentó en el banco situado frente al mío. Cruzó las piernas. Permaneció así. Inmóvil. El rostro tenso, esquivo. Esperaba algo. Algo iba a pasar. Ya mismo, en ese instante. Poco a poco sus músculos fueron relajándose y se recostó emitiendo un suspiro. Un suspiro que en él parecía ser un acontecimiento inusitado.

Tras una mirada fugaz al reloj, se encendió un cigarro. El humo ascendía formando círculos. Este fue el comienzo de nuestra relación. Percibí un olor agrio. El viento hacía llegar el humo hasta mí. Antes de que hubiésemos podido decirnos nuestros nombres, fue aquel viento el que nos presentó.

¿Fue su modo de suspirar? ¿La manera en que sacudía la ceniza? Ensimismado, como olvidado de sí mismo. No sentía reparo alguno en mirarle, tal como estaba, sentado frente a mí.

Lo contemplaba como si se tratara de un objeto familiar: un cepillo de dientes, una manopla de baño o una pastilla de jabón que, de pronto, nos parece que miramos por primera vez, al verlos desprendidos por completo de su función. Puede que este sentimiento de familiaridad que desprendía al mirarlo fuera lo que despertó en mí un interés especial. Su figura, bien compuesta, era como esas miles de otras figuras que llenan las calles a diario. Emergen en masa desde el estómago de la ciudad y desaparecen en el interior de altos edificios en cuyas ventanas el cielo se fractura en parcelas individuales. En su mayoría son rostros afeitados provenientes de los suburbios, típicos en su aspecto ordinario, idénticos como dos gotas de agua. Él, por ejemplo, podría haber sido mi padre. Un padre cualquiera. Y sin embargo estaba aquí. Como yo.

Suspiró de nuevo. Esta vez más silenciosamente. Alguien que suspira de ese modo, pensé, no está únicamente cansado. Lo sentía, más que pensarlo. Sentía que se trataba de alguien que estaba cansado de la vida. La corbata bien anudada a la garganta. Se la aflojó, y miró de nuevo el reloj. Era justo mediodía. Cogió su *bentō*<sup>[•]</sup>. Arroz con salmón y salteado de verduras.

Comía despacio, masticando diez veces cada bocado. Tenía tiempo. Tomaba el té helado a pequeños sorbos. Yo continuaba mirándole fijamente. Apenas me resultaba extraña esta actitud mía. A pesar de que, por entonces, difícilmente soportaba ver a alguien comiendo o bebiendo en mi presencia. Él, sin embargo, lo hacía con tal cuidado que me olvidaba de las náuseas. O, mejor dicho, lo hacía siendo tan completamente consciente de lo que hacía que el acto cotidiano se convertía en algo relevante. Recibía cada uno de los granos de arroz que ingería con una sonrisa de agradecimiento.

De haberse tratado de cualquier otro, me hubiese alejado de allí corriendo, habría interpretado el movimiento de su mandíbula como una amenaza, el masticar de sus dientes me hubiera parecido peligroso. Encontraba escalofriante el modo en que introducía un grano de arroz tras otro en la boca y se deslizaban hacia el intestino. Yo mismo tragaba saliva sin pensar en ello. Ese algo en mi interior que me hacía contenerme, a pesar de todo, me resultaba un misterio, y me esforcé en renunciar a llegar hasta el fondo del mismo. Mejor no pensar en ello.

Tan pronto como terminó la comida, se convirtió de nuevo en un *salaryman* corriente. Abrió el periódico, leyó primero la sección de deportes. Los Gigantes<sup>[•]</sup>, decía un titular en grandes letras, se habían alzado con una victoria triunfal. Asintió con aprobación, mientras seguía con un dedo las líneas del texto. Un anillo. Así que estaba casado. Un fan de los Gigantes casado. Se encendió de nuevo un cigarro. Después otro, y otro más. El humo lo envolvía.

Con su presencia, el parque se volvió más pequeño. Ahora tan solo había dos bancos en él, el suyo y el mío, y el par de pasos que nos separaban al uno del otro. ¿Cuándo se levantaría al fin para marcharse? El sol había avanzado desde el sur hacia el oeste. Comenzó a refrescar. Él se cruzó de brazos. El periódico, manoseado, descansaba sobre sus rodillas. Una multitud de escolares atravesó el césped alborotando y haciendo ruido. Dos ancianas conversaban sobre sus enfermedades. Así es la vida, dijo una, nacemos para morir. Él se quedó dormido. La cabeza pesada. El periódico revoloteando en el suelo. Cualquier momento puede ser el último, escuché, a veces ya no siento nada aquí dentro.

Mientras dormía, su rostro se despejó. Mechones plateados en la frente, bajo los párpados un sueño seguía a otro. Una sacudida de los muslos. Mientras lo miraba experimenté un sentimiento sutil como el hilillo de baba que descendía por su boca abierta. Pero todavía no tenía una palabra para definirlo. Tan solo ahora se me ocurre un nombre para él. Compasión. Un súbito impulso de taparle.

Cuando finalmente despertó, parecía incluso más cansado que antes de dormirse.

Seis de la tarde.

Se ajustó la corbata. El parque se llenó con los sonidos del atardecer. Una madre gritó: Venga, vamos, volvemos a casa. El tono cariñoso de su llamada para volver a casa. Un pinchazo en el ombligo. Se alisó el pelo sobre la frente, bostezó, se puso en pie. El portafolios a su derecha. Vaciló durante un segundo. ¿A qué esperaba? Se marchó, su espalda gris se ocultó detrás de un árbol. Lo seguí con la mirada hasta que desapareció por completo. Debió de ser precisamente en ese momento, en el breve instante en el que lo perdí de vista, cuando suspiré como él.

Y qué más daba. Sentí un escalofrío. Me lo quité de la cabeza. En cualquier caso, ¿qué podía importarme a mí alguien a quien no iba a volver a ver? La náusea de antes se apoderó de nuevo de mí. Era insoportable el modo en que me había inmiscuido en el destino de un extraño. Como si me importara. Me estremecí presa del asco. Ya lo dije: No tenía ni idea. Aquella noche al tumbarme en la cama sobre las sábanas ondeantes, aquella noche no tenía ni la más mínima idea de por qué yo, poco antes de ahogarme, veía su rostro desmoronarse en la pared. Me abandoné a las aguas de mi ignorancia. Por la rendija de las cortinas divisé la luna en lo alto.

Su recuerdo estaba todavía presente cuando, al día siguiente, volví a recorrer el camino hasta el parque. En mis sueños se me había aparecido como un grano de maíz, un cigarro, un bate de béisbol y una corbata. La última imagen era borrosa: un hombre en una habitación sin paredes. A cada paso que daba, la imagen palidecía. La borré de mi mente.

Cuando llegué a mi banco me sentí aliviado al encontrar el suyo vacío. Allí donde estuvo sentado una vez no había quedado huella alguna de su presencia. Un equipo de limpieza estaba vaciando en aquel momento los cubos de basura. Las colillas ya habían sido barridas y apartadas en una bolsa de plástico. No quedaban restos de ceniza que me hicieran pensar en él. El parque era tan grande como era, sencillamente. En una de las briznas de hierba que crecían aquí y allá, entre la grava, destellaba una gota de rocío. Me agaché hacia ella, estaba caliente por el sol de la mañana. Cuando me puse en pie de nuevo, él estaba allí, como el día anterior, apareció de pronto.

Lo reconocí por su modo de caminar. Un poco inclinado. Como si quisiera esquivar a alguien. Así caminan quienes están acostumbrados a moverse entre una masa bulliciosa. Llevaba puesto el mismo traje, la misma camisa, la misma corbata. El portafolios se balanceaba. Una imagen repetida. Se sentó, cruzó las piernas, esperó, se recostó. Suspiró. El mismo suspiro. Expulsó el humo en círculos por la nariz y por la boca. Tratar de borrarle de mi memoria era ya en vano. Él estaba allí, se había hecho un sitio en mí, se había convertido en una persona de la que podía decir: lo reconozco.

Llevaba un pedazo de pan. Continuamente lo sacaba del papel, lo partía en pequeñas mitades, formaba bolitas con ellas y se las echaba a las palomas que las recibían arrullando. Para vosotras, le oía murmurar. Y cuando terminaba: Tsch-tsch. Un torbellino de plumas blancas giraba a su alrededor. Una de ellas aterrizó sobre su cabeza. Se enredó en su pelo peinado hacia atrás y le dio un toque juguetón. Si hubiera estado allí sentado en camiseta y pantalón corto se le hubiera podido confundir con un niño. Incluso el aburrimiento en el que se sumergió después era el de un niño. Se agitaba nervioso de aquí para allá. Hundía los talones en el suelo. Hinchaba los carrillos. Dejaba escapar el aire lentamente.

Yo debía pensar en la obstinada eternidad de un día que acababa de despuntar y que se extendía sin límites. La certeza de que se pasaría no podía hacer nada frente a la insípida melancolía de su transcurrir. Y la melancolía, pensaba a continuación, era la palabra que ambos llevábamos escrita en la frente. Nos unía. En ella nos encontrábamos los dos.

En el parque no había ningún otro *salaryman*. En el parque yo era el único *hikikomori*<sup>[4]</sup>. Algo raro había en nosotros. En realidad, él debía haber estado en su oficina, en un alto edificio, y yo en mi habitación, sentado entre cuatro paredes. Ninguno de los dos tenía por qué estar aquí o, al menos, no teníamos por qué comportarnos como si perteneciéramos a este lugar. Una estela bien alta sobre nuestras cabezas. No deberíamos mirar hacia lo alto, a este cielo azul, tan azul. Inflé las mejillas. Dejé escapar el aire lentamente.

A mediodía llegaron otros como él. Vinieron en pequeños grupos, se sentaron en los bancos más apartados, con las corbatas echadas hacia atrás sobre los hombros, y comenzaron a charlar alegremente entre ellos, cada uno con su *bentō*. Al fin una pausa, rio uno, por fin se pueden estirar las piernas. Su risa contagió a los otros.

 Por qué el no estaba con ellos?, hacía conjeturas al respecto. Tal vez sencillamente era un viajero de paso que había perdido su conexión. Y debía esperar hasta... O, simplemente, era que... No lograba encontrar una explicación.

En esta ocasión, en su *bentō* había bolitas de arroz, tempura y una ensalada de algas. Separ  sus palillos, se detuvo, disimuladamente frotó el dorso de su mano contra los ojos. Pude ver cómo temblaba su mandíbula, en tensión. Avergonzado, me di cuenta de que estaba llorando. Era un llanto entrecortado, y yo era su único testigo. Continuaba sintiendo vergüenza por él:  qu n llora así en pleno día?  Qu n se pone en evidencia de ese modo? Y no solo por él, sino también por mí,  su espectador! No debía llorar, no delante de mí. Tenía que haber cerrado la puerta tras de s . Tenía que saberlo. Que llorar es un asunto privado. Sentía escalofríos al recordar el cadáver atropellado en el asfalto. Espantoso. Permanecer de pie junto a él, aturdido por la consternación. Una mano blanca, retorcida, me señalaba. A mí entre todos los presentes. Querría haber sido ciego. La luz de la ambulancia me increpaba. Nunca más, me jur , me vería implicado en el dolor ajeno.  l tenía que saberlo. Que llorar y morir son asuntos privados.

Un carraspeo. Más sereno, aunque todavía con la mandíbula temblorosa, se incorporó, ya sin parpadear. El cigarrillo que descansaba entre sus labios cayó tras el matorral. Una cremallera se abría y se cerraba. El crujido de las ramas. Ya había visto suficiente. Antes aún de que se recobrara, yo ya estaba en pie y había huido. Salí del parque, atravesé el cruce, pasé por delante de la tienda de comestibles de los Fujimoto. En dirección a casa. Mi habitación. El sonido de la cerradura. Estaba a salvo. El polvo centelleaba, corrí las cortinas.

A la mañana siguiente dormí más de lo habitual. Dejé sonar la alarma del despertador, permanecí tumbado y me dormí de nuevo. Soñé con un hilo invisible que me quitaba el aire al respirar. Finalmente, me desperté jadeando. No había pasado nada. Con esta frase, no ha pasado nada, y las consiguientes, no pasa nada, jamás pasará nada, me puse en camino.

Cuando llegué al parque, él estaba sentado, inclinado sobre su periódico. Junto a él, la caja *bentō* vacía. Roncaba. Los Gigantes y el secreto de su éxito, leí sobre sus rodillas, mientras pasaba sigilosamente a su lado. La corbata, aflojada, se balanceaba suelta alrededor de su cuello. El pelo encrespado en la nuca. Me di por vencido. Y también esto fue una decisión. Darle por vencido y ponerle un nombre mientras él estaba allí roncando. Había llegado incluso a ponerle un nombre. No Honda. Ni Yamanda. Ni Kawaguchi. Le llamé sencillamente Corbata. El nombre le iba bien. Gris rojizo.

De modo que Corbata.

Es la corbata la que lo lleva a usted, no al revés. Esto se convirtió más tarde en nuestra broma privada. La corbata lo lleva a usted. Entonces esbozó una sonrisa, después se rio, rompió a reír con un estruendoso bramido. Tienes razón. Es un error creer que soy yo quien la lleva. Yo no llevo nada, nada de nada. Después se detuvo abruptamente y se quedó en silencio, no dijo nada más. Si hubiese previsto ese silencio le habría llamado de otro modo. Pero por su risa, por la risa que precedió a su silencio, bien se había merecido que lo llamara así. Se reía en muy contadas ocasiones.

El nombre me comprometía con él. Si antes había sentido una vaga compasión por él, comencé ahora a sentir una vaga responsabilidad. Estar a su lado, no dejarlo solo. Era grotesco sentirse obligado hacia un hombre del que ya no podía únicamente decir: Lo he reconocido. Sino: Lo conozco. Sé cómo respira cuando duerme. El nombre me involucraba. Ya no me sentía libre de levantarme e irme de allí sin más. Tal es el poder que tiene un nombre.

Pasaron quince días. Él aparecía cada lunes, a las nueve en punto, y cada martes, miércoles, jueves y viernes. Tan solo el fin de semana faltaba a su cita. Entonces lo echaba de menos. Me había acostumbrado de tal modo a su presencia que, en su ausencia, mi propia presencia en el parque me parecía que carecía de sentido. Sin él, sin las preguntas que me sugería, yo era un signo de interrogación que no satisfacía ningún fin. Un signo de interrogación sobre un papel en blanco y que pregunta al vacío.

Un día de junio, un viernes cargado de nubes, justo en el momento en el que él comenzaba a cabecear, empezó a lloviznar. Se sobresaltó, se tapó la cabeza con el periódico, mientras yo, un precavido preso en libertad condicional, abrí mi paraguas, encogía las piernas, me acurrucaba bajo el techo protector. Primero cayeron algunas gotas, las gotas pronto se transformaron en chorros. Él estiró las manos bajo la lluvia, dejó caer el periódico, cerró los ojos. Observé cómo recogía el agua en sus manos. Las había puesto en forma de cuenco. Splash-splash, le salpicaba. Yo estaba sorprendido. A ningún *salaryman* le gusta sentarse bajo la lluvia. Alrededor, el parque estaba deslavado y borroso. La gente huía en todas direcciones. A ningún ser humano en su sano juicio le gusta sentarse bajo la lluvia. Parecía haberse abandonado completamente y no conocer mayor dicha que la de mojarse. Miré fijamente con incredulidad su rostro de felicidad. Abrió los ojos. De pronto, me miró a través de la lluvia. Me levanté de un salto. No contaba con eso. No contaba con aquella mirada imprevista que había tomado conciencia de mí. No estoy solo, se leía en ella, tú estás aquí. Entonces volvió a cerrar los ojos.

Yo había abandonado mi condición de ser imperceptible, había salido de mi concha. Aunque no es del todo cierto. Su mirada y el reconocimiento con el que me había alumbrado tan solo iluminaron un poco el espacio a mi alrededor. Por las mañanas me saludaba inclinando la cabeza. Yo la inclinaba también. Por las tardes levantaba un poco la mano al marcharse. Yo levantaba la mía. Un entendimiento mudo. Tú estás aquí. Yo estoy aquí. Ambos teníamos derecho sencillamente a estar en aquel lugar.

Únicamente había cambiado algo entre nosotros. Lo intuía. Ahora que se había fijado en mí, me había convertido en una imagen en su interior. Ahora tenía una imagen mental de mí y su saludo diario se dirigía a esa imagen que él se había creado de mí. La contemplaba. Tranquilamente. Su modo de mirar no era molesto. Me había acogido en sus recuerdos. Él recordaba un día, junto al mar, la arena fina, la hierba hirsuta en las dunas. Recordaba la barba de su padre, como duros rastros en la mandíbula. Recordaba una cierta luz, la de aquella mañana entrado el otoño, cayendo sobre la espalda de su mujer. Una sonrisa en un escaparate, por casualidad. La cálida piel de un gato frotándose contra él. Tenía miles de recuerdos, miles de imágenes, y ahora que había reparado en mí, yo era una de ellas.

Yo se lo permitía. Le ofrecía mi perfil, me mantenía quieto para que me pudiera retener. Y también yo lo miraba. Lo retenía en mi interior. Así fue como nuestra mínima camaradería se convirtió en una mínima amistad.

Hablar entre nosotros en este momento habría sido una transgresión. Existía un límite, el camino de grava. Aquí estaba mi banco, más allá el suyo. Entre ambos: briznas de hierba, una pelota rodando, un niño gateando detrás de ella.

Durante dos años me había acostumbrado a desaprender el habla. He de confesar que no lo había logrado. La lengua que había aprendido me atravesaba, e incluso cuando estaba en silencio, en mi silencio, era parlante. Mantenía monólogos interiores, hablaba continuamente en el interior de la mudez. El sonido de mi voz, sin embargo, se había distanciado en mi interior. En ocasiones me despertaba por las noches bañado en sudor por una pesadilla, solo para continuar encontrándolo en ese brutal ahhh que traspasaba mi estómago, mis pulmones, mi garganta. Quién es el que grita, me preguntaba, antes de volver a quedarme dormido. Atravesaba un paisaje en el que cada sonido se extinguía en el momento mismo de su nacimiento. La última frase que pronuncié fue: No puedo más. Punto. Un punto vibrante. Después algo se cerró de golpe. El esfuerzo que hubiera supuesto continuar hablando allí donde había dejado de hacerlo se enfrentaba al absurdo de atrapar con palabras lo que no se dejaba expresar.

Mi habitación continuaba pareciendo una cueva. En ella había crecido. En ella había perdido literalmente mi inocencia. Me refiero a que hacerme mayor implicó una pérdida. Uno cree que ha ganado algo. En realidad se pierde a uno mismo. Me lamentaba por aquel niño que una vez fui y al que en escasas ocasiones aún escuchaba golpear mi corazón rabiosamente. Con trece años ya era demasiado tarde. Con catorce. Con quince. La pubertad fue una batalla en cuyo final me había perdido. Odiaba mi rostro reflejado en el espejo, aquello que despuntaba en él y quería brotar. Las cicatrices de mi mano eran consecuencia de mi intento de querer repararlo. Innumerables espejos rotos en pedazos. No quería ser un hombre que cree haber ganado. No quería acostumbrarme a ningún traje. No quería ser un padre que le dice a su hijo: Hay que ser funcional. Voz paternal. Mecánica. Él funcionaba. Al mirarle, veía el futuro en el que lentamente, demasiado lentamente, perdería mi vida. Nada funciona, repuse yo. Y después: No puedo más. Esta última frase era mi *leitmotiv*. El lema que me guiaba.

Yo estaba sentado en mi banco, con este lema como guía, cuando él apareció de nuevo, a las nueve en punto. Fue un jueves, lo recuerdo: llegó encorvado, como si llevara encima una pesada carga. Me pareció que había envejecido por la noche. Las arrugas en su cuello al inclinar la cabeza para saludarme. También yo le saludé. Aún más, le saludé con una invitación. De modo incomprensible hasta para mí mismo, le saludé con la cabeza, a aquel hombre envejecido, y saludé de nuevo con la cabeza cuando se acercó hacia mí titubeando, atravesando el límite, y me ofreció un cigarro.

Ōhara Tetsu. Se inclinó ligeramente. *Hajimemashite*<sup>[•]</sup>. ¿No fumas? Haces bien. Es mejor que no empieces. Crea dependencia. Mira, yo lo necesito. Se sentó a mi lado, su portafolios entre nosotros. El clic del mechero, una calada al cigarro. Es una de esas cosas, dijo, que no puedo dejar. Asentí de nuevo. Lo he probado todo. No sirve de nada. No consigo dejarlo. Me falta voluntad. Seguro que sabes a qué me refiero. Una voz reservada tosió. En la empresa, continuó diciendo, fuman todos. Es a causa del estrés. En la empresa. Se inclinó, apagó el cigarrillo. El resto de la mañana lo pasamos en silencio, en nuestro banco. Con un solo gesto de la cabeza se había convertido en nuestro.

De vez en cuando pasaba alguien a nuestro lado. Una madre empujando el cochecito de un niño. Un hombre cojeando. Un grupito de escolares haciendo novillos con sus uniformes arrugados. La Tierra giraba. Pájaros alzando el vuelo. Una mariposa que se posaba durante un segundo en el banco de enfrente. Sentados uno junto al otro, la observábamos alejarse suspendida en el aire. La vaga intuición de que a partir de ahora no había ya marcha atrás.

Esto es de Kyōko, dijo al sacar su *bentō* a mediodía. *Karaage*<sup>[•]</sup> con ensalada de patata. De mi mujer. Es una cocinera maravillosa. ¿Quieres? ¿No? Sonrió un poco avergonzado. Tienes que saber que se levanta todas las mañanas a las seis para prepararme el *bentō*. Desde hace treinta y tres años. Cada mañana a las seis. Y lo mejor de todo: ¡está bueno! Se frotó la barriga. Casi demasiado, dijo con voz entrecortada, para alguien como yo. Pero no es verdad, ¡soy afortunado! Diciendo eso volvió a su comida.

Con mis ojos interiores vi a Kyōko, su mujer, de pie en la cocina, en camisón. El aceite silbando. Un manchón de escabeche en la manga. Pica y remueve. Pela. Corta. Echa la sal. Toda la casa está llena del sonido del picar y remover. Del pelar. Cortar. Salar. Él se despierta y, todavía medio dormido, piensa: Soy afortunado. Lo piensa con una tristeza difícilmente soportable por su carácter inconmensurable: Soy endemoniadamente afortunado. Se levanta. Se dirige al cuarto de baño. Se inclina sobre el lavabo y abre el grifo del agua fría, muy fría. Se lava el rostro, el pelo, la nuca. Abre el grifo un poco más. Saca la cabeza. La sumerge de nuevo. Permanece bajo el agua. Cierra el grifo. Todavía con la cabeza gacha, escucha el gorgoteo en el desagüe. Abre el grifo. Lo cierra. Abre. Cierra. Mira cómo el agua se divide en gotas y estas en otras más pequeñas. Un pegote de pasta de dientes en el borde del lavabo. Blanco sobre blanco. Lo coge con los dedos y...

... Kyōko no lo sabe. Un ligero eructo. Hablaba como consigo mismo: Kyōko no sabe que vengo aquí. No se lo he dicho. Dilatando las sílabas: No le he di-cho que he per-di-do mi tra-ba-jo.

Después, una pausa. Me había convertido en cómplice. Nada más pronunciarlo en voz alta, su secreto nos había hecho aliados. Era el peso en mis pies, la imposibilidad definitiva de levantarme e irme. Había confiando en mí, únicamente en mí. Miraba mis zapatos, demasiado ajustados. Los suyos, dados de sí, yacían abandonados. A medio metro frente a ellos había situado los talones. Brillantes, de cuero negro. Se me pasó por la cabeza que eran como los zapatos de mi padre. ¿Es posible que, en ocasiones, también mi padre eche de menos confiarse a alguien? Con cierta amargura constaté que sabía menos acerca de él que de aquel cuyo nombre había conocido hacía apenas tres horas. Una razón más para permanecer sentado a su lado y, de nuevo, asentir con la cabeza por encima de su portafolios.

Extraño. Retomó el hilo de nuevo. No es que yo no quisiera decírselo a Kyōko. No, yo quería, pero entonces no tuve el valor para decírselo. Algo me detuvo. Tal vez la costumbre. Humo gris saliendo de su boca. La costumbre de levantarme temprano y lavarme la cara. Ella me hace el nudo de la corbata. Al salir le digo: Que tengas un buen día. Y ella contesta: Tú también. Se despide de mí. En la primera esquina del camino me vuelvo de nuevo hacia ella. Su figura enfrente de la casa. Como una bandera ondeante. Podría volver corriendo. Pero entonces viene el autobús. Me subo. Llega a la estación. En el tren expreso. Hacia A. En el metro. Hacia O. De algún modo, se reía, la cosa marcha. No yo. Continuaba riendo. La cosa marcha.

¿Y tú? ¿Qué te ha traído hasta aquí? Yo me encogí de hombros. ¿No lo sabes? Hummm, tú todavía eres joven. ¿Dieciocho? Yo estaba congelado por el frío. ¿Diecinueve? ¿Veinte? Increíble, tan joven. Tener toda la vida por delante. Y no a las espaldas. Suspiró. Increíble, pensar que uno mismo fue tan joven alguna vez... Y al mismo tiempo, ¿eso qué quiere decir? Me refiero a que para cada uno de nosotros solo hay una edad. Yo tenía, tengo y tendré siempre cincuenta y ocho años. Pero tú. Ten cuidado con la edad que eliges. Se pega. Se queda adherida a uno. La edad que escoges es como un pegamento que se endurece a tu alrededor. La idea no es mía. La tomé de un libro. De una película. Ya no lo sé. Se recuerdan cosas. Increíble. Se recuerdan cosas durante toda la vida.

Mientras él leía el periódico, yo pensaba en lo que me había dicho. Pero cuanto más pensaba en ello más se me escapaba el qué y, en su lugar, era el cómo lo que me tenía atrapado. El tono gastado con el que había dotado a las palabras de un sabor amargo. Joven o increíble, ambas, tal como las había pronunciado, poseían una cargada nota aromática. Y ambas, tal como yo las había percibido, eran una y la misma palabra. Así habla, pensé, quien ha callado durante mucho tiempo. Todas las palabras son una y la misma, y tan solo con dificultad se puede comprender lo que las separa. Pegamento o vida, no había gran diferencia entre ellas.

Se quedaba dormido de repente. Esta vez le había pillado en la segunda página de la sección deportiva. Su cabeza caía adormilada sobre el respaldo del banco. Las palmas de la mano abiertas sobre la imagen del equipo de los Gigantes. Una red de líneas que atraviesan cruzando el corazón. Una mancha de tinta negra en el índice derecho. De nuevo parecía un niño. Inocente. Desprotegido en su inocencia. Y de nuevo sentí el deseo de arroparle, aquel espontáneo deseo de protegerle de una desgracia.

Cuando despertó eran ya más de las seis y media. Se estiró bostezando y se frotó los ojos. Un par de minutos más, dijo con un guiño, y el día habrá terminado. Hoy, nada de horas extras. Dobló el periódico. Lo mejor del trabajo es volver a casa. Esa es mi primera frase al entrar, nada más cruzar el umbral. Huele a ajo y jengibre. Verdura fresca rehogada. Permanezco en la entrada, aspiro ese olor y digo: Lo mejor del trabajo es volver a casa. Kyōko me dice que soy un tonto. En su boca suena como el saludo más tierno. No hay nada ofensivo en ello, ¿entiendes? Perfectamente podría llamarme algo mucho peor. Mentiroso o embustero. Pero pondría en ello la misma ternura que en su modo de llamarme tonto. Y sin embargo, prefiero no saber. Mientras haya esperanza, no quiero saber cómo sería si le dijera la verdad. ¿Y para qué, en todo caso? Se merece algo mejor, algo mucho mejor que la verdad.

Las seis menos cinco. Se arregló la corbata. Sin darse mucha prisa. Más bien como si tuviera que contenerse. Un caballo embridado que se tira a sí mismo de la brida. Una y otra vez levanta el brazo, se retira el puño de la camisa, mira el reloj. Me voy. Las tres menos seis. No, un poco más. Las dos menos seis. Ahora sí. La una menos seis. Bueno, pues, ¿hasta mañana? Yo asentí. Él dijo en voz muy baja, casi imperceptible: Gracias. Una última ojeada a la muñeca. Las seis en punto. Se puso en pie de golpe. A continuación me levanté yo. De pie, nos miramos a los ojos de frente. Éramos de la misma altura. Adiós. Mi voz. Tras dos años de silencio era de una transparencia cristalina. Adiós. Eso fue todo. Un encontronazo quebrado de vocales y consonantes. Enmudecí una vez más. Volvió a atravesarme de nuevo: Me llamo Taguchi Hiro. Tengo veinte años. Veinte años es la edad que escogí para mí. Torpemente hice una reverencia, permanecí inclinado hasta que se hubo marchado. Una extraña satisfacción: Todavía puedo hacerlo. Presentarme a alguien. No lo he olvidado. A pesar de que mi nombre parece desmigajarse en mi lengua.

Mientras caminaba hacia casa, continué tirando del hilo de su historia. Tal vez era suficiente con la confesión que me había hecho y esta tarde, al llegar a casa, se sinceraría. Pero tal vez no. Tal vez lo aplazaría hasta haber gastado los últimos ahorros. Y tal vez era eso lo que esperaba: que Kyōko lo descubriera. Que un día se despertase con el vago presentimiento de que algo no iba bien. Haría averiguaciones, descubriría sus intrigas, y le pediría explicaciones. Y tal vez era en eso justamente en lo que nos parecíamos. Ambos nos quedábamos mirando mientras todo se nos escapaba, y ambos sentíamos un secreto alivio por no estar en condiciones de arreglar las cosas. Tal vez esa era la razón por la que nos habíamos encontrado. Para constatar de modo irrefutable y simultáneo que no nos era posible retroceder en los acontecimientos, no en aquel punto, no a partir de ese momento. Y tal vez por eso su historia era también la mía. Trataba de aquello que había abandonado y que, precisamente por eso, era imposible anular.

Tantos hombres regresando a casa. Tantos zapatos caminando al unísono. Perdí el compás. Allá lejos, bajo la farola, vi pasar a mi padre, de vuelta del trabajo, junto a un arbusto en flor. La mirada clavada en el suelo. Él no pudo verme. Tuve el tiempo justo para ocultarme tras una máquina expendedora de bebidas. Quise ahorrarnos, a él y a mí, la vergüenza de encontrarnos por la calle y no saber qué decirnos. Tan solo cuando ya había doblado la esquina sentí no haberle deseado, al menos, las buenas tardes.

Un día magnífico, ¿no? Cuando el cielo está tan azul apetece hacer una excursión al mar. Es una pena, la verdad. Miró hacia abajo negando con la cabeza. No tengo que ir a trabajar, y sin embargo, me quedo aquí. Pero mañana también podría irme. Se sentó. Suspiró. Así que Taguchi Hiro. La verdad, pensé que eras mudo, y en algún sentido, tengo que admitirlo, no me hubiera importado. Bueno, no exactamente, entiéndeme bien. Se rascó la barbilla. Sobre el fondo verde de los árboles a su espalda una corredora alzaba los brazos en el aire. Continuó corriendo, con una cinta roja sobre la frente. Desde la calle llegaba el sonido apagado de un claxon. El ruido de los coches creciendo y apagándose se enredaba en los arbustos, quedaba fuera del círculo que nos rodeaba.

De pronto, continuó hablando. De algún modo, me parecería bien que Kyōko supiera que vengo aquí. Me consolaría la idea de que ella lo supiera, instintivamente, de modo visceral. Al saberlo sería mi cómplice, participaría por amor a mí. Patético, ¿verdad? Pensar que colabora conmigo de modo voluntario. Hoy temprano, mientras me ataba el nudo de la corbata, dijo, y lo dijo en serio: Si uno estuviera suficientemente loco como para cambiarlo todo... Huir un día, dijo, y cogió aire brevemente. Ese hubiera sido el momento de confesarle que yo hace tiempo que estoy fuera. Pero entonces ya había terminado de atarme la corbata y lo único que me quedaba era la vergüenza. Me avergüenzo de mi vergüenza. Cuánta fuerza empleo en ocultármela a mí y a Kyōko. Porque es así: no solo he perdido mi trabajo. La pérdida que más pesa es la de la autoestima. Con ella comienza el hundimiento. Cuando uno se encuentra al final de un andén abarrotado, ve las luces del tren que se acerca y se sorprende a sí mismo calculando el instante en el que un salto a la vía hubiera supuesto la muerte. Dar un paso al frente. Sentir: Ahora, ¡ahora!, ¡ahora! Y después: ¡Nada! ¡Una nada tan oscura! Ni siquiera valgo para eso. El tren arranca. Está lleno de gente. Uno se ve reflejado en la ventana que pasa frente a él y ya no reconoce su propio rostro.

¡Bueno! Se puso tenso. Ya está bien. No paro de hablar. Debes de pensar que hablo por los codos. Ya basta de hablar de mí. Te toca. Cuéntame algo.

¿Qué?

Da igual. Lo primero que se te ocurra. Te escucho.

Y diciendo esto, se reclinó en el banco. Verdaderamente parecía que no tuviera más propósito que el de escuchar.

¿Por dónde empezar? Busqué una palabra que hiciera justicia a las últimas que él había pronunciado. Es difícil, dije, contar algo. Lo primero que me viene a la mente es lo difícil que es contar algo. Cada hombre es una acumulación de historias. Pero yo. Dudé. Yo tengo miedo de acumular historias. Me gustaría ser solo una en la que no pasara nada. Y si mañana, a primera hora, usted se arrojara a la vía del tren, ¿qué más daría lo que yo pudiera contarle? ¿Acaso tiene alguna importancia? Ya le digo. Es difícil. Lo primero que me viene a la cabeza es: nos deslizamos sobre hielo derretido.

Una bella frase. La repitió. Nos deslizamos sobre hielo derretido. ¿Es tuya?

No, no es mía. Es de Kumamoto. Tragué saliva. De Kumamoto Akira.

El hecho de hablar me desbordaba. Yo era como la cuenca seca de un río en la que, tras años de sequía, cae una fuerte lluvia. El suelo enseguida se empapa por completo y después ya no hay modo de parar. El agua sube y sube, rebasa la orilla, hace caer los árboles y arbustos, se derrama sobre la tierra. Cada palabra que pronunciaba era como una liberación.

Kumamoto escribía poemas. Sus cuadernos escolares estaban llenos de ellos. Siempre estaba buscando el poema perfecto, era su idea fija. Se sentaba con un lapicero colocado detrás de la oreja y totalmente abstraído del mundo, como un auténtico poeta. Él mismo era un poema.

Ambos estábamos en el último curso. Ambos sentíamos la misma presión por tener que aprobarlo todo. Él se lo tomaba más a la ligera que yo. O, mejor dicho, hacía como si así fuera. Para qué aprender, decía burlándose, si mi camino ya está trazado. Es evidente. Ahí están las huellas de quienes han ido por delante de mí. Mi tatarabuelo, mi abuelo, mi padre, todos abogados. Ellos lo han ido allanando para mí. No tengo que estudiar. Ya lo han hecho ellos por mí. Yo solo tengo que rumiar y después escupir. Esto es lo único que les debo. ¡Mira esto! Me mostraba uno de sus cuadernos. Roto. Mi padre dice que la sociedad no necesita bichos raros. Bien, pues tiene razón. Pero yo, sencillamente, no puedo evitarlo. He pasado horas intentando recomponerlo.

Bajo uno de los pedazos de cinta adhesiva podía leerse: El infierno es frío.

El verso más perfecto, dijo, que había escrito hasta la fecha.

El fuego del infierno no es un fuego caliente.

Me congeló en él.

No hay lugar más frío que este desierto ardiente.

Gruesas líneas trazadas con lápiz. Presionadas sobre el fino papel. En algunas partes faltaba un pedazo de página. No importa. Kumamoto se golpeó tres veces en el pecho. Está todo aquí dentro. *Mi jisei no ku*<sup>[•]</sup>.

Al principio no le comprendía. Le entendía tan poco como los poemas que escribía. Los leía y reconocía las palabras que les daban forma. Entendía el significado de infierno, y de fuego, y de hielo. Pero el abismo que describían hubiera requerido un tipo de lectura que se dirigiese hacia las profundidades, y yo tenía miedo, porque intuía con claridad que era precisamente allí donde me encontraba y, sin embargo, no quería tomar conciencia de ello. Por otra parte. Si entonces lo hubiera comprendido, algunas cosas habrían sido diferentes, pero ¿cómo podía saberlo? ¿Quién sabe para qué es bueno algo y si tiene alguna importancia que lo sea? Por lo que puedo recordar, «bueno» era una palabra que Kumamoto nunca llegó a utilizar.

A pesar de ello, nos hicimos amigos. Buenos amigos. Me admiraba su imperturbabilidad. Irradiaba la luz de un ser humano que sabía con precisión adónde se dirigía y que allí, en aquel lugar, se iba a encontrar terriblemente solo. No confiaba en las opiniones. Se reía con aquellos que se reían de él. A su padre, por ejemplo, le decía: Tiene usted razón, desde luego. Sencillamente, no puedo hacer nada por evitarlo. Lo decía con un guiño. Era algo que decía por decir, y con un gesto irónico.

¿Por qué me admiraba él a mí?

No lo sé. Tal vez porque estaba de su parte, absolutamente. Confiaba en él y en su jovialidad. Estaba convencido de que me encontraba ante alguien que permanecería joven para siempre y que, con el pelo blanco como la nieve, cuando yo estuviera muerto, seguiría soñando con el poema perfecto.

La mayoría de las veces nos encontrábamos al final de la tarde. Le gustaba el atardecer. Según decía, la luz en ese momento era triste y alegre al mismo tiempo. Se afligía por el día que pasaba, y se alegraba por la noche que acababa de comenzar. Paseábamos sin rumbo por las calles. Kumamoto, tirando de mí, y a su alrededor el olor de un paisaje extraño. Olía como a tierra con un centímetro de hielo, a las raras plantas que se ocultan bajo el hielo. Si llegan a brotar, me preguntaba, ¿qué saldrá a la superficie?

La respuesta era un cruce.

Kumamoto se detuvo. Sobre él se deslizaban las letras de neón de un anuncio de champú. Hombres y mujeres nos rodeaban en amplios arcos pasando cerca de nosotros. Éramos como una isla en medio de aguas ondeantes. Un abrazo, Kumamoto me sujetó de nuevo. Me agarró por los brazos con ambas manos. Lo tengo, gritó, ¡no existe el poema perfecto! Su perfección debe consistir precisamente en que es imperfecto. ¿Lo entiendes? Yo no quería comprender. Él, susurrando en mi oído, dijo: Tengo una imagen en mente. La veo claramente delante de mí. Sus colores son deslumbrantes y cegadores por su nitidez. En el momento en que lo comprendí por completo explotó, y lo que ahora anoto son solo partes sueltas que no completan una unidad. ¿Lo entiendes ahora? Es como si intentase volver a pegar un jarrón roto pieza por pieza. Está tan hecho añicos que no sé qué fragmento va con qué fragmento, y al encajarlos unos con otros siempre hay un fragmento que sobra. ¡Pero ese fragmento! Ese es el que hace el poema. Gracias a él adquiere un sentido. Su voz era febril: Mi poema de despedida ha de ser un jarrón a través de cuyas grietas se filtre el agua.

Me soltó. Por un momento, perdí el equilibrio. En mis brazos sentía aún la presión de sus dedos.

Estás enfermo, musité yo.

Él respondió: Tú también.

Era una advertencia. La escuché y no hice caso.

Días después, durante la clase de física, Kumamoto me deslizó una nota. Decía: Hoy a las ocho. En el cruce. Quiero repararlo. Todavía guardo aquella nota. Sé exactamente en qué lugar de mi habitación, en qué cajón. Bajo esa piedra antiquísima en la que hay un insecto encerrado. A veces la saco y la leo, palabra por palabra, como si se tratase de una oración: Hoy a las ocho. En el cruce. Quiero repararlo.

¿Su enfermedad?

Creo que era su voluntad inquebrantable. Él quería y quería y quería. Repararlo. Sabía que no podría cumplir el compromiso que había adquirido con su padre, y sabía que su alegría no duraría para siempre. No puede decirse eternamente: No puedo hacer nada por evitarlo. A cierta edad, a la que él no quería llegar, hay que reconocer que siempre se puede hacer algo. Esta era su enfermedad: comprendió demasiado joven que nada es perfecto, y era demasiado joven para sacar de ello las conclusiones adecuadas. Tal vez quería advertirme de que esta era también mi enfermedad.

El aire estaba húmedo y pegajoso cuando salí de casa aquella noche. Se pegaba al cuerpo como un paño mojado. Yo me sentía inquieto, corrí, el asfalto líquido bajo mis pies. Divisé a Kumamoto a lo lejos. Su rostro se volvió hacia mí. Ojos ardientes. Alzó la mano, y me gritó algo. Su boca se abrió y volvió a cerrarse. No entendí lo que dijo. Su grito se había extinguido por completo, acallado por el ruido de la calle. Como si él, un nadador, se abalanzara al tráfico sin mirar frente a mis ojos corredores. Extendió la mano hacia arriba. El chirriar de unos frenos. La mano permaneció unos segundos en el aire pesado. Después se hundió. Alguien gritó: ¡Un accidente! Llegué hasta allí jadeando y me abrí paso a codazos entre la gente. Me interné entre la cadena de transeúntes. Kumamoto cubierto de sangre. Su mano, blanca y delgada. El aullido de las sirenas. Retrocedí. Ciego. Cegado. Me echaron de allí a empujones. ¡Eh, tú! ¿Va todo bien? Me había derrumbado en la acera. A mi lado una bolsa de basura rota. Carne enrojecida. Perdí la conciencia. Cuando la recuperé ya se lo habían llevado. Sobre mi cabeza el anuncio de una mascarilla facial. ¿Va todo bien? Me levanté y me fui.

Me marché a casa, con las piernas temblorosas. Todos los hombres con los que me cruzaba tenían sus ojos. Kumamoto estaba en todas partes. Un cuerpo denso, y debajo huesos, órganos. Nada de todo aquello permanecería. Su muerte, ¿estaba acaso muerto?, me había dotado de una mirada radiográfica. Recuerdo a una mujer que caminaba delante de mí. Hermosa. De formas delicadas. Miré su espalda, la observé, inspirar y espirar. Su columna vertebral balanceándose de un lado a otro. El movimiento de esta columna vertebral, comprendí de pronto, le conduce a la muerte. Recuerdo un hombre que, avanzando hacia ella, la cogió del brazo y besó sus manos. También él: ceniza y polvo. Mis padres. Lo recuerdo. El esqueleto de mi madre sentado frente a la ventana. El esqueleto de mi padre bebiendo una cerveza espumosa. Vaya, aquí estás, por fin. Calaveras desnudas que me examinaban con sus agujeros fijos en mí. Qué va a ser de ti. Vagabundeando por ahí hasta las tantas de la noche. ¿Lo has olvidado? ¡Tu futuro! Mi padre mordió un pedazo de salchicha cruda. Una dentadura feroz. Avancé dando tumbos por el pasillo. Mi sombra, detrás de mí, entró en la habitación. La puerta encajó sigilosamente en la cerradura.

Vamos, toma un trago. Tienes que beber algo.

La corbata a rayas rojas y grises me hizo volver al parque.

Continúa despacio, decía, muy bien.

Yo me alegraba de que no dijera nada más.

Porque qué más puede decirse, continué. ¿Qué más puede decirse cuando a uno se le han acabado las palabras? La puerta se cerró detrás de mí; después, sentí un vacío mudo. Me tumbé, sin habla, volví corriendo hasta el cruce con el pensamiento. La boca de Kumamoto. ¿Qué fue lo que dijo? Intentaba, una y otra vez, leer sus labios, una y otra vez fallaba en el intento. ¿Fue una palabra? ¿Una palabra como libertad? ¿O vida? ¿O felicidad? ¿Había sido un no? ¿O un sí? ¿O un saludo, sencillamente? ¿Tal vez: Que te vaya bien? ¿Fue mi nombre? ¿O: Padre? ¿Tal vez: Madre? O alguna otra cosa sin importancia y que era absurdo tratar de adivinar.

El resto de la noche permanecí en estado de ensimismamiento. No dormí, o mejor dicho, dormí el sueño de un sonámbulo. Tan pronto como cerré los ojos, su mano apareció en la cámara oscura de mis recuerdos. La mano de Kumamoto, emergiendo, terriblemente solitaria, sobre la negrura del asfalto. Me señaló. A mí, entre todos los presentes. Y lo que más me turbaba de todo aquello era la vergüenza que de pronto había bullido en mi interior. Ese: No lo conozco. No me pertenece. Cuando me echaron de allí a empujones me sentí aliviado. Estaba lejos de él, que yacía allí y sufría. La vergüenza pasó tan repentinamente como había llegado. Pero no servía de nada intentar convencerme a mí mismo después de que había sido una reacción natural. Estaba allí, la había sentido, continuaba allí, y con ella la ira. ¿Por qué Kumamoto había hecho público algo que le incumbía únicamente a él? ¿Por qué me había obligado a sentir aquella cobarde vergüenza? Nunca más, me juré, volvería nunca a depender de nadie. Nunca más me vería implicado en la suerte de nadie. Quería entrar en un espacio sin tiempo, donde nunca nadie volviera a turbarme. La vida debía continuar afuera. Yo quería encerrarme, esconderme de ella, impedir que me atravesara. En mi mirada se había clavado una astilla; a través de ella, podía acceder al sentido del poema epitáfico de Kumamoto.

A la mañana siguiente me quedé en la cama. Nada fuera de lo común. En muchas otras ocasiones me había saltado las clases y me había quedado dos o tres días en casa. Mis padres, suponiendo que tenía alguna razón inteligente para ello, me dejaron en paz. Lo principal es que traes buenas notas a casa. Las horas perdidas las compensaba pronto poniendo en ello el último empeño del que todavía disponía.

Esta vez, sin embargo, fue diferente.

Pasó una semana. Mis padres comenzaron a preocuparse. A la semana siguiente se enfadaron. Pasó otra semana más y se desesperaron. Se desesperaron durante mucho tiempo. Después volvieron a enfadarse. Al final se preocuparon. Y así fue, arriba y abajo, hasta que fui incapaz de distinguir si las semanas se habían convertido en meses y si los meses se habían transformado en años. Había echado el cerrojo de la puerta de mi habitación. Los golpes eran inútiles. No contestaba. Si mis padres estaban preocupados, enfadados o desesperados, sus golpes tenían un sonido gris, negro o blanco. Coloreaban el silencio que me había absorbido en su interior y que se asemejaba al silencio de un bosque oscuro. Se avanza por una senda sinuosa. Las copas de los árboles tiemblan, el sol cae oblicuo entre las ramas. En sus rayos centellean telas de araña, delicadas formas de hilos de ensueño. Uno piensa: Qué tranquilo está aquí todo. Y al instante siguiente reconoce su engaño. El silencio del bosque es un silencio pleno. Está lleno de voces de pájaros, de crujidos de madera podrida. Los escarabajos zumban. Una hoja cansada se agita en lo alto. El silencio murmura como si fuera música, como una canción sin principio ni fin. De esta canción proceden el resto de las canciones. En mi habitación descubrí que el silencio tiene cuerpo. Está vivo. Las gotas del grifo de la cocina. Las zapatillas de felpa de mi madre. El timbre del teléfono. La puerta de la nevera abriéndose. Mi padre bebiendo a sorbos. A través de la cerradura podía escuchar la respiración de lo que estaba fuera y me sentía aliviado de no tener que mezclar mi propio aliento con todo aquello. Un hormigueo en el cuero cabelludo. Percibía el crecimiento de mis propios cabellos.

¿Volviste a saber de él?

¿De quién?

De Kumamoto.

No, dije sacudiendo la cabeza. No sé qué fue de él, y si te soy sincero, no quiero averiguarlo.

¿Por qué no?

Él escribió un poema, ¿comprende? Ahora yo escribo el mío.

Y si todavía vive...

... aun así, he pasado dos años en mi habitación. Los dos últimos años de mi juventud, ¡regalados! Se los he regalado a él, y no puedo sino imaginar que en el fondo su alma tiene que estar muerta.

¿Puedo leerlo? ¿Tu poema?

Todavía no está terminado.

Pero está ahí.

¿Dónde?

En el reverso de tu mano.

Todas esas cicatrices. Escondí la mano a la velocidad de un rayo.

Salsifi negro, una ensalada de pasta, dos croquetas.

El par de migas que sobraron se las echó a las palomas que aleteaban reunidas a nuestro alrededor. Golpeó el suelo con los pies. Las palomas se alejaron con un zumbido. Volvieron ahuecando sus plumas. Ya habían olvidado que las había espantado hace un momento. Los pobres animales, murmuró. Debe ser duro. No tener memoria. Aunque tal vez no es tan malo como uno piensa. Quiero decir, si uno lo olvidara todo, ¿no se perdonaría todo también? ¿A uno mismo y a los otros? ¿No se liberaría del arrepentimiento y de la culpa? Un chasquido eléctrico, se quitó con la manga una mancha invisible del pantalón. No, no es cierto, uno tiene que acordarse, día tras día.

¿Quieres seguir contándome?

Sí, querría perdonar. La frase llegó así, exactamente así, desde mi interior.

No soy un *hikikomori* típico, continué. No soy como esos de los que se habla en los libros y artículos de periódico que de vez en cuando me dejan en el umbral de la puerta para que lea. No leo *mangas*, no me paso el día delante de la tele y la noche con el ordenador. No construyo maquetas de aviones. Los videojuegos no se me dan bien. Nada debe distraerme del intento de protegerme de mí mismo. De mi nombre, por ejemplo, de mi herencia. Yo soy hijo único. Preservarme de mi cuerpo, cuyas necesidades no han cesado. De mi hambre, de mi sed. Durante los dos años que estuve preso, mi cuerpo se apoderaba de mí tres veces al día. Entonces, andaba sigilosamente hasta la puerta, abría una rendija, cogía la bandeja que me había dejado allí mi madre. Cuando no había nadie en casa, me deslizaba hasta el cuarto de baño. Me lavaba. Esa extraña necesidad de asearme. Me lavaba los dientes y me peinaba. Tenía el cabello largo, había crecido. Una mirada al espejo: Todavía estoy aquí. Reprimía el grito asentado en mi garganta. También de él quería protegerme. De mi voz, de mi lenguaje. Ese lenguaje en el que ahora constato que no sé si existe realmente un *hikikomori* típico. Del mismo modo en que hay habitaciones muy diversas, existen también tipos muy diversos de *hikikomori*; escondidos en sí mismos por razones muy diversas y de modos y maneras muy diversos. De uno leí que dejó pasar su juventud ensayando continuamente la misma melodía en una guitarra de tres cuerdas; otro tenía una colección de conchas marinas. Por la tarde, al oscurecer, corría hasta el mar cubierto con una capucha y no regresaba a casa hasta que había amanecido.

Soy afortunado porque hasta el día de hoy me han dejado en paz. A otros les obligan a salir. Les prometen una reincorporación. Les prometen una recuperación. Trabajo. Éxito. Con esas débiles promesas en los labios les hacen regresar, paso a paso, a la sociedad, ese gran colectivo. Uno se acostumbra a ser complaciente. A estar en armonía con ella. Pero yo soy afortunado. No cuentan conmigo. No me envían a un trabajador social para que intente convencerme durante horas, desde el otro lado de la puerta de la habitación. Los libros y artículos de periódico que apenas hojeo, el *aftershave* de mi padre, de nuevo un golpe sordo, la huella de los dedos de mi madre en una bolita de arroz. Esa mínima porción de vida es suficiente, es lo más que puedo soportar. Se me consiente. Esta es la suerte que tengo. Ser parte de una familia que consiente mi encierro. Por vergüenza, entiéndase bien. Nadie debe saber que soy un *hikikomori*. Al vecino le dijeron que estoy de intercambio en América, y cuando volví a salir a la calle, le dijeron que había regresado y que necesitaba algo de tiempo para aclimatarme de nuevo al país. Es la suerte que tengo, formar parte de una familia que se avergüenza de mí.

Y tal vez es esta suerte la caracterización más decisiva de un *hikikomori*. La suerte de liberarse por tiempo indeterminado del acontecer y de ser acontecido, del juego interrelacionado de la causa y el efecto. Permanecer sin una meta humana a la vista y sin la voluntad de alcanzarla, en un espacio informe en el que no pasa nada. Una bola que permanece fuera de juego sin que ninguna otra la ponga en movimiento. En cuanto uno se encierra con llave, cae de la tupida malla de contactos y relaciones, y siente alivio por no tener que hacer nada al respecto. La liberación consiste en que ya no es necesario seguir contribuyendo. Finalmente, uno acaba confesando que el mundo le es por completo indiferente.

No resulta fácil tener un *hikikomori* en la familia. Sobre todo al principio. Se tiene conciencia de que allí está el umbral, detrás de su habitación, y de que en ella finge su muerte. Todavía está vivo, a veces se le escucha, muy de vez en cuando, moverse de un lado para otro. Se le deja la comida enfrente de la puerta y se la ve desaparecer. Se espera. Sin duda, en algún momento tendrá que ir al baño, al aseo. Es en vano. Yo al comienzo solo salía cuando tenía la certeza de que nadie perturbaría mi existencia. Mi existencia consistía en mi ausencia. Yo era el sillón en el que nadie se sentaba, el lugar en la mesa que queda libre, la ciruela mordida en el plato abandonado de nuevo frente a la puerta. Al faltar yo, había atentado contra la ley que dice que uno está aquí, y si está aquí, debe hacer algo, debe lograr algo.

Pero tampoco es extraordinariamente difícil tener un *hikikomori* en la familia. La desesperación que causa al principio se desvanece. Uno ya no se desespera por su ausencia, más bien se esfuerza desesperadamente por disimularlo. Es una deshonra. Nuestro único hijo. La gente ha empezado a hablar de nosotros. Nos miran con desconfianza en la tienda de Fujimoto. Corren rumores de que compro para tres, cuando en realidad solo debería comprar para dos. Al menos ha corrido las cortinas. Es mejor no imaginar lo que pasaría si le vieran. Ya sabes lo que sucedió aquella vez con los Miyajima. Al final, nadie volvió a interceder en favor de ellos.

Mi padre y mi madre estaban de acuerdo: el nombre y la reputación deben protegerse a costa de lo que sea. Discuten mucho sobre quién es el causante de mi retirada y de quién es la culpa. Discuten sin armar ruido, lo suficientemente bajo para que los vecinos no puedan oírlos. Es porque le mimaste demasiado. O bien: Tú nunca estuviste allí cuando te necesitó. Pero en lo que se refiere al nombre y a la reputación ambos estaban de acuerdo; y su acuerdo era una ventaja para mí, porque me permitía continuar en mi retiro.

Tan solo en una ocasión intentaron sacarme. En el punto álgido de su desesperación, descerrajaron la puerta con un cincel. Mi padre se precipitó en el interior, fuera de sí, ¡te sacaré de una paliza si es necesario! Alzó su mano. La mano de Kumamoto. Unos segundos en el aire. Yo me eché hacia atrás. La bajó con un silbido. Golpeó en el vacío. Caí sin fuerza al suelo. Dije: No puedo más. Lo dije más bien para mí. A partir de este momento me abandonaron completamente a mi suerte.

¿Me ha escuchado usted?

Un humm.

A continuación, guardó silencio. Su silencio no indicaba nada acerca de lo que yo había dicho y de la manera en que lo dije. Fue un humm, nada más, y con un humm el sol seguía en el cielo, sobre nuestras cabezas. Cuando comenzamos a hablar de nuevo nos detuvimos en asuntos intrascendentes. El fin de semana. El tiempo. Si sigue haciendo bueno, mañana iremos al mar. A Kyōko le encanta. Un pequeño viaje en coche a algún lugar.

Otro humm.

Después se quedó dormido.

Entonces comencé a pensar en que había dejado muchas cosas sin decir. Por ejemplo, que Kumamoto en alguna ocasión se había referido a mí como su gemelo. Más exactamente: su gemelo del alma. No le había dicho que lo echaba de menos. Ni que mi madre lloraba por mí muy a menudo. Ni que mi padre no olvidaba nunca pasarme la paga por debajo de la puerta. No le había dicho que eran precisamente estas omisiones las que dotaban de un contorno definido a mi historia. Kumamoto tenía razón, se pueden escribir poemas funerarios, cientos de poemas, acerca de una misma muerte; sin embargo, cada uno de ellos dirá una cosa diferente dependiendo de lo que decida omitirse.

El sábado y el domingo pasaban perezosamente. Nos habíamos despedido despreocupadamente. Bueno, pues que vaya bien. Nos vemos. No había surgido entre nosotros ninguna vergüenza, y por eso mismo yo esperaba impaciente la mañana del lunes. ¿Y si no volvía a aparecer? Esa pregunta me angustiaba. Sonaba como el traquetear de las vías. Como un ¡ahora, ahora, ahora! Un claro aviso: Un obstáculo en el camino. Les agradecemos su comprensión. Alguien susurra en su móvil: Otra vez han atropellado a alguien.

Por primera vez desde hacía mucho tiempo tenía ganas de distraerme. Mis padres habían salido, vi que se alejaban, vi las luces de su coche al abandonar el camino de entrada a casa. Poco después de que se hubieran marchado, me desplazé hacia el salón, de puntillas. Encendí el televisor. Un programa de cocina. A continuación, un partido de béisbol. La dejé puesta mientras, caminando ya con paso firme, iba del salón al dormitorio, del dormitorio al lavabo, del lavabo a la habitación de invitados. Una cama abandonada en medio de cartones. Libros destrozados. Un peluche. Un viejo juguete. El olor familiar de las cosas a las que alguna vez había tenido aprecio. La habitación de invitados se había convertido en un trastero. El último invitado que durmió aquí fue la amiga de mi madre, la tía Sachiko. Las visitas eran cada vez menos frecuentes y, si las había, consistían únicamente en un breve intercambio de palabras en la entrada. Toda la casa parecía esperar a que alguien llegara de nuevo para llenarla de vida. Era una casa triste. Para consolarla, desde la habitación de invitados me dirigí de nuevo al lavabo, del lavabo al dormitorio, del dormitorio al salón, y dejaba una huella en cada uno de los lugares que me apetecía en cada momento, para que supiera que todavía había en ella un poquito de vida. Cambiaba los objetos de sitio. Solo medio centímetro. Sacudía cojines y almohadas para darles forma. Cambiaba una toalla por otra. Y retrasé todos los relojes un minuto. En las paredes del pasillo las fotos sonreían desde un lejano pasado. Me detuve junto a una de ellas. Estábamos los tres frente a un fondo escogido para la ocasión. El Golden Gate. Una luna creciente e hinchada en lo alto. Nosotros nunca estuvimos en San Francisco. Di la vuelta a la foto y la puse mirando a la pared.

Entonces, ¿fueron a la costa?

No. Intentó reírse, pero sin éxito. Kyōko me dijo que parecía agotado, y que debía sentarme de una vez y estar tranquilo sin más. Me dijo que, si no descansaba, un día de estos el trabajo me iba a matar. Típico de Kyōko. Es que me conoce demasiado bien. Sabe que soy un hombre al que le cuesta no hacer nada. O al menos una vez lo fui. Pero de eso ya hace tiempo.

¿Dos meses?

Sí. Dos, aproximadamente. Desde que fui despedido el tiempo se ha vuelto aproximado. Por otra parte, en realidad ya no sé cómo pasaba las horas. Creo que trabajaba continuamente, no hacía nada más que trabajar. Eso sí, a diferencia de muchos otros, lo hacía con gusto.

Pero, entonces, ¿por qué está usted aquí?

Al final, ya no podía seguir el ritmo. Decía aquello sin dirigirme la mirada, con el rostro ligeramente ladeado. En la empresa todas las miradas comenzaron a recaer sobre mí. Diez jóvenes cabezas. Y entre ellas yo, una cabeza encanecida. Veinte manos. Entre ellas, las mías, demasiado lentas. Llamaba la atención como alguien que se desmorona. Incluso cada vez bebía menos a la salida del trabajo. Mientras mis compañeros bebían hasta el desmayo, yo solo bebía la mitad y, aun así, me caía en redondo. No es agradable estar ahí tirado y no saber cómo se va a llegar a la mañana siguiente. Uno comienza a plantearse todo tipo de preguntas. Se mira en el espejo y vuelve el rostro rápidamente. Evita pronunciar la palabra «viejo». Pero se le escapa, precisamente en el momento menos adecuado; e inadecuado es uno mismo, que de algún modo ya no se adecua en su interior.

En una ocasión tropecé. Fue mala suerte. Llevaba una pila de papeles a la oficina de un compañero. Una toma a cámara lenta. Allí estaba aquel cable. Lo vi. Ya estaba con un pie puesto en la parte segura. Tropecé con el otro. Los papeles salieron volando por los aires. A mi alrededor, números negros. Uno en rojo: cincuenta y ocho. Se reía de mí. Diez corbatas como testigos. Veinte ojos y una mirada. Está acabado, cuchicheó uno, está verdaderamente acabado.

La mala suerte, el único gran error que había cometido en mis treinta y cinco años de trabajo desencadenó una sucesión de errores e inseguridades. Me había estrellado en el sentido estricto del término, y lo que se me fue de las manos era algo más que un mero montón de papeles. Me observaba a mí mismo. Algo no estaba bien. Me palpaba los brazos y las piernas. Intentaba correr por los pasillos de un lado para otro. Intentaba dar un paso y después otro. Me compré unos zapatos con suela antideslizante. Solo para mantenerme firme: lo que había perdido no era la capacidad de andar en línea recta, sino un cierto impulso elástico, una evidencia. Ya no podía sostenerme a mí mismo. Iba por detrás de mí mismo.

Y aquel cansancio.

Llegó como la primera nieve del invierno. Un momento antes todavía estaba todo amarillo y rojo y azul, y ahora era todo blanco. Hace un momento todavía había una casa, un árbol y un perro, ahora solo había un montón informe, y ya no podía distinguir lo que había debajo. El cansancio me cubrió. Una plomiza pesadez. Sentado en el metro, de camino al trabajo, pensaba en cómo iba a apañármelas para mantenerme en pie. Me levantaría. Con una mano en el agarrador, me quedaría de pie, bien derecho, para impedir que me invadiera. Era una lucha contra la fuerza de gravedad. Se me caían los párpados. La oscuridad que aparecía cuando se cerraban cada vez tenía más y más poder sobre mí.

Ese pérfido cansancio.

Muy pronto no solo se apoderó de mis miembros, sino también, posiblemente, de mi cerebro. Comprendía lo que se me encargaba y, sin embargo, no podía entenderlo. Un peso en la nuca, un delgado hilo me mantenía en equilibrio, y un error tipográfico o una mancha en la camisa hubieran bastado para hacerme caer en lo insondable. Pero ya no me caía. Me quedé dormido. Tras treinta y cinco años, insisto, tras treinta y cinco años, me quedé dormido un lunes por la tarde sobre mi escritorio. Fueron tan solo unos segundos de sueño. No. No fue un vadear aguas poco profundas, sino más bien una inmersión en las profundidades del mar más insondable. Era un barco naufragado, devorado por las algas, y los peces nadaban en nubes irisadas a través de mi estómago.

Lo supe en cuanto me despertaron: Me han echado. En mi boca notaba el insípido sabor de un sueño que ya no podía recordar, y casi deseé que no me hubieran despertado de él.

Poco después fui despedido.

Aquello significaba que no era lo bastante eficiente.

Recogí mis cosas y las arrojé al contenedor más próximo. Me liberé de una carga. Sí, me avergüenzo al reconocer que por un delicioso momento no sentí más que alivio. No me necesitaban. Ya no tenía nada que demostrar. Finalmente, el sentimiento de haber fracasado me embriagó. Era el repentino avivarse de una vela cuya llama todavía es alimentada por un resto de cera a punto de desaparecer. Sabe que pronto se extinguirá. Y, precisamente por ello, arde, por última vez, con más claridad que nunca.

¿Hacia dónde dirigirme? No podría ir a casa. Todavía aliviado, me senté en un bar, no muy lejos de aquí, y salí tambaleándome cinco cervezas más tarde. Un tibio aire de primavera. Nubes a la deriva. En una de las esquinas por las que pasé, un borracho pronunciaba un vehemente discurso sobre la situación de la nación. Una tos pastosa, después escupió. Al cruzarse nuestras miradas, gritó: Mi hermano, ¿dónde has estado? Me alejé con repugnancia. Él me siguió y se acercó. Sentí su mano. Le empujé con todas mis fuerzas, le pateé como un loco. Él no se defendió, y aquello me enfureció. No me devolvió ninguno de mis insultos. Un bebé que decía apenas sin fuerzas: ¿Dónde has estado? Me incliné hacia él. Tenía el rostro morado. Mi querido hermano. Su voz estertórea me persiguió.

Una vez en casa, apareció de nuevo el cansancio. Las nudosas raíces a la entrada de la parcela. El asfalto agrietado alrededor. Llegué con dificultad hasta la puerta del jardín. Las macetas de Kyōko. Un guante. Los dedos dados de sí. La llave entró sin resistencia en la cerradura. Un tierno eco: ¿Dónde has estado? Lo mejor de trabajar es llegar a casa, balbucí.

Qué tonto eres.

Olía a setas y cebolla.

Nunca he engañado a Kyōko con otra mujer. Puedo afirmarlo con sinceridad. Ninguna tentación era tan poderosa como la promesa que le había dado.

Hashimoto, un amigo de los tiempos de la universidad, acostumbraba a burlarse de mí diciendo que era un cobarde. Él mismo, casado, no dejaba pasar ninguna de las oportunidades que se le brindaban. Y las oportunidades eran abundantes, ya que era un hombre apuesto y acaudalado. Me asombraba su capacidad para mariposear. Así lo llamaba él, mariposear. ¿Pero cómo consigues disimular? A lo que él contestaba: No tiene misterio. Todo comienza con la primera mentira. Se instala en el sistema. Echa raíces en él. En este primer estadio de su crecimiento se siente la tentación de arrancarla. A esta le sigue una segunda mentira. Las raíces se hacen más profundas. La tercera, la cuarta, la quinta mentira. A partir de este momento, sería necesaria una pala. La sexta. La séptima. Se necesitaría una excavadora. Las raíces ya se han extendido demasiado. Una red subterránea. No puede verse. Solo si se arrancara, se haría perceptible como el agujero que queda. La octava, la novena, la décima mentira. En algún momento el sistema queda invadido por completo. Si se intentaran extraer las raíces de la tierra, la superficie se vendría abajo.

Aún a día de hoy, Hashimoto continúa mariposeando. Hace poco me tropecé con él en un café. Le pregunté: ¿Cómo estás? Él: No hay grietas. Su risa no se había alterado. Conservaba su frescura juvenil. ¿Y tu mujer? Pues allí mismo está. Señaló en dirección a un grupo de mujeres, junto a una mesa de oportunidades. La del fular. Me espanté. Un rostro destrozado. Aparentaba cien, no, cientos de años. ¿Qué ha pasado? Rio enseñando los dientes: ¡La vida, tío! ¡La vida! Dijo subiendo un poco el tono de voz. Los seguí con la mirada mientras desaparecían subiendo las escaleras mecánicas, él estirado, ella encorvada: una pareja desigual. Sus espaldas iban una junto a otra, cada una por su lado.

A eso me refería. La mentira tiene un precio. Una vez que mientes te encuentras en otro espacio. Vives bajo un mismo techo, permaneces en las mismas habitaciones, duermes en la misma cama, das vueltas bajo la misma colcha. Pero la mentira se mete en medio y lo corroe todo. Es una fosa. No se puede sortear. Hace que la casa se parta en dos. ¿Y quién sabe si no ocurre lo mismo con la verdad?

Yo, que nunca engañé a Kyōko, me siento como si tuviera una amante. Su nombre es ilusión. No es una belleza, pero es lo suficientemente guapa. Tiene las piernas largas. Los labios rojos. El pelo ensortijado. Estoy loco por ella. En realidad no quiero comenzar una nueva vida con ella, pero construyo a su lado castillos en el aire. La llevo a los restaurantes más caros de la ciudad. La alimento. Le alquilo un apartamento. La mantengo. Cueste lo que cueste. Nos satisface a mí y a mí hombría. A su lado me siento de nuevo joven y fuerte. Ella murmura: Tienes el mundo a tus pies. Ella cree en mí y en mis posibilidades, así que yo creo en su creencia en mí y le dejo que me llene de cumplidos. Soy un aventurero acomodado.

En casa floto dentro de una burbuja. Es tan fina que solo rozarla la haría estallar. Por eso me esfuerzo en que nada me toque. Me siento frente al televisor y miro las noticias. Cuando Kyōko me pregunta cómo me ha ido en el trabajo, o por qué últimamente ya no hago horas extra, o si ya he hablado con mi jefe de tal o cual cosa, le digo: Shhh. Ahora no. Ella repite la pregunta. Esta vez de modo un poco más quedo. Yo digo: Después. Por favor. Ella sacude los hombros. Me atrevo a respirar. La burbuja en la que floto tiembla casi imperceptiblemente con el aliento de mi respiración.

Es una decisión.

Diciendo esto, desenvolvió su *bentō*. De nuevo arroz con salmón y salteado de verduras. Me he decidido a fingir. Porque esa fue mi promesa, que la vida cotidiana, nuestra vida cotidiana, se convirtiera en nuestro refugio. La cuestión es mantenerlo. Hasta el final.

Tras decir esto, me miró fijamente. Me hizo un guiño: El *bentō* que prepara Kyōko está demasiado bueno para querer perdérmelo.

¿Tiene hijos?, pregunté.

No. Se encogió un poco. No. ¿Por qué?

Estaba pensando ahora mismo en que sería muy buen padre.

¿Yo?

Sí, usted.

¿Y qué te lleva a pensar eso?

Porque usted mismo parece a veces un niño. Cuando come, por ejemplo; lo hace como un niño que no conoce más que lo que está haciendo en ese momento.

¿Y esto me convierte en un buen padre?

Bueno, digamos que le convierte en un padre de nuestro tiempo.

Se mordió la lengua.

La muchacha de allí, por ejemplo. ¿La ve? Remueve sin cesar con su dedo en el charco. Dibuja algo en él. Mira cómo se deshace la imagen. Y comienza de nuevo. Dibuja imágenes puras que se deshacen. Es un juego sinsentido y, sin embargo, feliz. La chica ríe sin parar. A menudo me pregunto por qué ya no se puede ser así, feliz absurdamente. Por qué, cuando uno se hace adulto, ha de sentarse en espacios estrechos y bajos, da igual dónde esté, o, a lo sumo, se mueve de un espacio a otro, cuando, sin embargo, de niño habitaba un espacio sin paredes. Al menos así lo recuerdo yo: cuando era un niño mi presente era mi refugio. Ni el pasado ni el futuro podían afectarme. Qué hermoso sería si hoy continuara siendo así. Si se pudiera trabajar, por ejemplo, sin pensar en los resultados. Trabajar con devoción, sin esfuerzo.

Volvió a morderse los labios.

Suspiré. Su suspiro se adelantó.

Me dio la razón, y dijo: Eso sería realmente hermoso.

Para mí, en todo caso, el tren ya partió, y me alegró de que se pusiera en marcha sin mí. Por lo que puedo recordar, nunca tuve el deseo de alcanzar un determinado fin. No por mí mismo, me refiero. Las buenas notas no eran para mí, sino para mis padres, que pensaban que llegaría a convertirme en un hombre de provecho. Era su ambición, no la mía. Era su imagen de una vida dirigida hacia delante.

Todavía conservo el uniforme de la escuela. Cuelga en la esquina más oscura de mi habitación, una vestimenta sin contenido. Se asemeja a una de esas figuras que aparecen en los sueños. No la conoces y, sin embargo, sientes una íntima afinidad hacia ella. Cuando la miras más de cerca descubres que se trata de tu sombra.

Si hoy me pusiera el uniforme, apenas podría llenarlo. Sería una imagen ridícula. Así de ridículo me sentía entonces, cuando lo llevaba. Un hombre que, disfrazado de escolar, finge aprender algo, pero que en realidad olvida todo lo que de importancia aprendió antes. También esa es una de las razones por las que soy un *hikikomori*. Porque quisiera aprender de nuevo a mirar. Desde mi cama miro el interior de la grieta que una vez hice al golpear la pared en un ataque de ira. La miro tanto tiempo que casi me introduzco en su interior. El tiempo tiene arrugas, y esta es una de ellas. Miro dentro de ella para recordar los muchos momentos en los que estuve mirando hacia otra parte.

Tenía catorce años. Era un escolar mediocre. Mis notas eran buenas, pero no demasiado. Había aprendido que mi supervivencia dependía de mantener esa mediocridad. Se trataba de ser normal. Bajo ningún pretexto había que dejar de ser normal. Porque quienes llaman la atención se ganan la enemistad de quienes, aburridos de su normalidad, no saben hacer nada mejor que atormentar a los que son diferentes. ¿Y quién quiere eso? ¿Quién se entrega voluntariamente a la tortura? Así que uno se adapta y se siente agradecido por no contarse entre aquellos que destacan por alguna razón.

Takeshi, sin embargo, destacaba. Kobayashi Takeshi.

Se había criado en América y acababa de regresar de allí. Cuando pronunciaba los nombres de Nueva York, Chicago o San Francisco, lo hacía como si en aquel momento estuvieran allí mismo, al doblar la esquina. Decía *hi*. Y *thank you*. Y *bye*. De su boca salían las palabras como un viento suave. Demasiado suave, lo encontraban algunos, por eso le acechaban. Un buen día apareció con un diente menos. Decía seseando: Es que me he caído. El diente fue sustituido, pero el seseo permaneció. Y lo que es todavía peor. Comenzó a cometer errores. Cuando el profesor de inglés le pedía que pronunciara algo en voz alta, se equivocaba. Cuando le pedía que leyera algo, se trababa. Poco a poco perdió la capacidad de pronunciar con fluidez la lengua con la que había crecido, la lengua que una vez había sido su patria. Llegó incluso a imitar nuestro acento. Decía San Furansisuko y, en un instante estaba lejos, muy lejos. En un lugar inalcanzable. Era espantoso escuchar cómo se esforzaba. A cada palabra que decía, se detenía por un momento, y la añoraba.

Pero lo peor de todo era que yo habría podido ser él. Y, sin embargo, a mí me dejaban en paz. Al menos era un observador, y era necesario alguien como yo, alguien que mirara primero, para después apartar la vista. Mi mediocridad se manifestaba precisamente en que hacía como si no hubiera visto nada. Lo paradójico de todo aquello fue que me convertí en un maestro. Con catorce años ya había alcanzado una gran maestría en pasar por alto intencionadamente el sufrimiento de los otros. Mi compasión se limitaba a ser un testigo mudo.

Humm.

Y de nuevo humm.

Él canturreaba una canción. Dio una calada a su cigarro. Continuó canturreando. Un montoncito de ceniza cayó sobre su pecho, una ligera brisa se lo llevó volando. El timbre de una bicicleta. Hubiera querido llorar. De los arbustos llovían flores de color amarillo pálido.

Takeshi no era el único, ¿verdad?

No. También estaba Yukiko.

Humm.

Miyajima Yukiko.

El nudo en mi garganta aumentó de tamaño. Aquel lunes no pude pronunciar más que su nombre.

Parece que va a llover. Bostezó.

Seguí su movimiento en el cielo blanco y turbio.

Mañana, ¿qué día es mañana? Cierto. Es martes. La semana acaba de empezar como quien dice. Si llueve... Revolvió en su bolsillo y sacó una tarjeta. Garabateó algo en ella, con la punta de la lengua ligeramente fuera, en letras mayúsculas: MILES TO GO. Un jazz-café. Cuando llueve, dijo, estoy allí.

Pero.

¿Pero qué?

Me sentí mareado. La mera idea de tener que pasar entre mesas y sillas, de atravesar un espacio sudoroso lleno de seres humanos, de sentarme, de enfrentarme a la mirada del camarero, de beber en un vaso en el que sabe dios quién había bebido antes. Todavía estaba intentando acostumbrarme al parque y a nuestra amistad. Esta idea superaba mis posibilidades.

Es sencillamente, balbucí, que fuera hay más espacio entre las personas.

Comprendo. Se había puesto en pie. Entonces hasta la próxima vez que brille el sol. Eran las seis. En la parte posterior de la tarjeta leí su nombre, Ōhara Tetsu, y su dirección. Una tarjeta de visita. Soy un cobarde, me dije. Aquello me llevó hasta algo que estaba en mi habitación, en el cajón, bajo la piedra centenaria... Interrumpí mis pensamientos.

Rápido, rápido. Por el pasillo. ¿Quién se está riendo? La foto del viaje a San Francisco que no tuvo lugar cuelga en la pared como si nunca le hubiera dado la vuelta, cuidadosamente enderezada y limpia de polvo. La mano de mi padre apoyada en mi hombro. El «di *cheese*» de mamá suena desde fuera del marco. Yo, lleno de acné, con la gorra torcida, y los dedos índice y corazón separados, haciendo el signo de la victoria. Un instante congelado en el tiempo. Un grano en un reloj de arena que al instante siguiente se deslizará por su estrecho talle. Un par de granos de arena más y me habría librado de la mano de mi padre. El «*cheese*» de mamá se habría desvanecido. Y ahora qué le pasa al jovencito. Déjale. Está en una de esas fases. La verdad es que preferían no saberlo. La verdad es que yo prefería que no lo supieran. Habíamos sellado un pacto: mejor no saber nada los unos de los otros. Este pacto es el que mantiene a las familias unidas durante generaciones. Éramos portadores de máscaras. Detrás nuestros rostros ya no eran reconocibles porque nos habíamos pegado a ellas. Era doloroso arrancárselas. Tan doloroso que el dolor de no poder mirarnos frente a frente se hacía más llevadero que el de mostrar el verdadero rostro. Mi yo de la foto ya lo sabía. Sabía que no hay mejor lugar para esconderse, ningún refugio más idóneo, que la familia. Es el recuadro vacío con los bordes amarillentos que queda en la pared cuando se quita un marco. Sin hacer ruido, tiré aquella foto en la papelera que estaba frente a la puerta. Regresé de puntillas por el pasillo hasta mi habitación. En cuanto la puerta se cerró tras de mí, me pregunté si mi *yo-hikikomori* y mi completa indiferencia frente al mundo no serían también una mascarada. Mi respuesta fue: Estoy cansado.

Pasaron dos días. La gotas de lluvia repiqueteaban. Miré a través de la rendija de las cortinas, el cielo estaba bien cosido. Ninguna rotura en las nubes a la vista. Caminaba de un lado para otro en la habitación. Como un animal enjaulado que sueña con la amplitud de la estepa. Una y otra vez tocaba los barrotes de la reja, acero frío en la piel del deseo. Al tercer día por fin logré engañarme a mí mismo y escapé. La jaula había sido solo un pensamiento.

La lluvia se escurría por el borde de los tejados. Caminaba con el paraguas inclinado delante de mí, con los zapatos húmedos. MILES TO GO. Me había propuesto al menos pasarme por allí. Pasar frente a las letras de neón parpadeantes, y tal vez captar alguna mirada furtiva. Tal vez. Con ese «tal vez» en mente vagabundeaba como un animal huido —un león, tal vez, o una pantera— a través de las calles azotadas por la lluvia y el viento.

Debe de ser ese de allí. El «tal vez» estaba en mi pecho y desde allí se había extendido al resto de mi cuerpo, bombeaba impulsándome hacia delante, hasta la puerta, y más allá de ella, giraba en la esquina, rodeaba el bloque de pisos, y de nuevo: pasaba de largo, doblaba la esquina, rodeaba el bloque de pisos. No sé decir cuántas veces lo hice. Según mi recuerdo fueron kilómetros lo que caminé. Cuando por fin toqué el picaporte —frío metal en la mano anhelante—, estaba agotado, como si regresara de un largo viaje.

El café estaba lleno de humo. Se escuchaba un ligero tintinear de vasos. Una nada contenida, nada. Alguien hablaba por teléfono. El derretirse de una bola de helado. Crujía. La luz era tenue. ¡Hiro! Su voz, como un hilo, tiraba de mí. Ven, siéntate. ¿Qué quieres beber? ¡Una Coca-Cola! Chasqueó los dedos. Me alegro de que hayas venido. Yo me hundía en la blanda superficie acolchada de una silla de piel.

Su aspecto era diferente a cuando estaba en el parque. En cierto modo, parecía más grande. Sin el cielo sobre su cabeza era un hombre más grande. Mientras que yo, que me volvía más y más pequeño, no sabía hacia dónde mirar. El cristal empañado frente a mí. Lo sabía, había caído en una trampa. En realidad, ¿qué tenía yo que ver con él? ¿Cómo había llegado hasta este punto? ¿Cómo era posible que yo, con la soga la cuello, estuviera escuchando una trompeta junto a un extraño, rodeado de extraños?

¡Sencillamente magnífico! Se balanceaba al ritmo de la música. Pierde uno por completo la noción del tiempo y del espacio. ¿Qué pasa? ¿Te encuentras mal? ¡Estás completamente pálido! ¿Qué puedo hacer por ti? ¿Necesitas algo?

Negué con la cabeza.

Pero ¡claro! ¡Te has superado a ti mismo! No tengas miedo, ahora estás al otro lado. Te diré algo que debería tranquilizarte: no pasa nada. Ya lo verás. Este no es el tipo de sitios en los que pasa algo. Todos los que vienen aquí lo hacen precisamente por eso, porque no pasa nada. Al llegar aquí te introduces en una cápsula de música fuera del tiempo y del espacio. ¿Por qué crees tú que he escogido este café? Pues solo por eso, porque estaba seguro de que se parecería a tu habitación. Eso está bien. Ahora has recuperado un poco el color en las mejillas. Al decir esto, él se volvió más pequeño y yo crecí, hasta que ambos adoptamos de nuevo nuestros tamaños originales. Lo único que continuaba molestándome era darme cuenta de todo el valor que había en mí. Había sido necesario tener valor para venir aquí, había necesitado valor para confiarme a él.

*To want a love that can't be true.* Una voz gutural de mujer.

Esta es la canción preferida de Kyōko, dijo riendo. Es la canción que pone cuando tiene ganas de llorar. Extraño, ¿no? A veces siente ganas de tumbarse sobre el suelo e inundarlo por completo con sus lágrimas. Ella lo describe como una suerte de purificación. Purifica sus ojos, dice ella, para poder ver con mayor claridad. No llora de tristeza. Lloro para poder arrojar una mirada más clara sobre las cosas de la vida. Los ojos, y esto dicho por ella suena como una verdad nueva o recién redescubierta, son las ventanas por las que mira el alma. ¿Que si lo comprendo? ¿Que si lo tolero?

Nos presentaron. Me enseñaron una foto suya. Veintitrés años, mecanógrafa, le gusta leer y cantar, dibuja. Su padre es empleado de banca, su madre, ama de casa. Es hija única. Así fue como me la describieron. Miraba a la cámara con rostro formal, las manos juntas sobre el regazo, bien colocadas. ¡Pero el peinado! El peinado no le favorecía mucho. Consentí en citarme con ella sin haberme hecho una idea clara de cómo era. Me gustaba, y no me gustaba. En el fondo cedí ante la presión de la familia. Tenía veinticinco años y un trabajo bien remunerado. Lo único que me faltaba era una mujer, hijos, un hogar confortable. A juzgar por el modelo de mis padres, no se trataba de algo deseable ni indeseable. Era sencillamente lo que se esperaba de mí, y lo que yo mismo también esperaba. Porque no se es un ser humano completo hasta que uno no tiene a alguien a su lado.

Nos encontramos para cenar en un hotel. Mis padres estaban más nerviosos que yo. Okada-san<sup>[•]</sup>, la mediadora, con la comisura de los labios ligeramente contraída hacia arriba. Una muñeca de cera que por momentos podía ser muy, muy blanda, y al momento siguiente volverse muy, muy dura. La encontré simpática y antipática a un tiempo. Hay gente que es así. Te dejan en la incertidumbre, sin saber cómo juzgarlos. ¡Ah! ¡Ya están aquí! Hizo señas con sus manos céricas. ¡Matsumotosan! Un movimiento rígido. La mujer que estaba ahora frente a mí no tenía nada que ver con la mujer de la foto.

No era formal, ni mucho menos. Se reía en voz alta. Se comportaba como alguien que había adoptado el firme propósito de no mostrarse agradable. Con los labios fruncidos, me miró de arriba abajo y dijo: Se confirma de nuevo cómo puede engañarse uno. Las fotos no son más que una copia. En comparación, el original carece por completo de interés, dijo sonriendo. Aquello cayó como una bomba.

Le gusta leer y cantar, subrayó Okada-san con insistencia. Mis libros y canciones preferidas, afirmó Kyōko a continuación, son los que tratan de una hija a la que quieren casar en contra de su voluntad. Un silencio turbador. Okada-san se secaba la frente y las cejas con un pañuelo, nuestros padres hurgaban contrariados en la comida de su platos. Y por si acaso no lo habían notado, dijo con la boca llena, en la foto llevo una peluca. Me atraganté. Resoplé. Ella se levantó de pronto y me golpeó en la espalda. Bueno, pues ahora ya sabe usted que también puedo golpear con fuerza. No solo puedo leer y cantar. Si es necesario, puedo propinarle un golpe del que no se olvidará fácilmente. Oh, qué simpática, intervino Okada-san, es un espíritu de su tiempo. Una característica que se echa de menos a menudo en las mujeres jóvenes. Yo rompí a reír incontroladamente. ¡Disculpe! No hay nada que perdonar. Un hombre no debe disculparse por su risa y una mujer no debe hacerlo por sus lágrimas. A veces, dijo Kyōko dejando el tenedor y el cuchillo sobre la mesa, tengo ganas de tumbarme en el suelo e inundarlo completamente con mis lágrimas. ¿Será capaz de comprenderlo? ¿Lo aguantará? Su frente se había llenado de arrugas. Su rostro, su rostro original, inclinado hacia la barbilla, examinándome de frente. Sí, quiero hacerlo, contesté. Quiero intentarlo. Ella, sorprendida, dijo en voz baja: Qué tonto es usted.

Se ruborizó.

Su rubor no era el de un hombre joven que habla acerca de su primer amor. Era el sonrojo de un hombre envejecido que hace una reverencia ante el primer y último amor de su vida. Era un sonrojo transparente. Resplandecía a través de su piel translúcida e iluminaba por segundos todo el espacio a nuestro alrededor. Yo me enrojecí con él. Un chasquido. Un sonido rasgado. El disco se había terminando. Alguien gritó: ¡Otra vez Billie Holiday! Un murmullo de asentimiento, unos y otros brindaban por encima de las mesas.

¿No resulta curioso? Más que todo lo demás, lo que me enamoró de Kyōko fue ese «tonto». Fue su mirada directa y libre que me atravesaba. Quería ser atravesado por ella.

Pero era difícil. Cada vez que nos encontrábamos, ella salía caminando en otra dirección. Creo que ni ella misma sabía hacia dónde. Caminaba sin pensarlo demasiado. No necesariamente con la esperanza de llegar a algún sitio, sino de pura alegría por estar en camino. Soy una planta, decía, necesito el fuego, el aire, la tierra, el agua. Sin estos elementos me marchito. Y ¿no consiste el matrimonio precisamente en marchitarse? El fuego se apaga. El aire se enrarece. La tierra se seca. El agua se agota. Yo me volveré mustia. Tú también. Se retiró el pelo de los hombros. Olor a lavanda. ¿Y si no es así?, repuse yo. ¿Y si los actos cotidianos, nuestra vida cotidiana, es la promesa que puedo ofrecerte? Tu cepillo de dientes junto a mi cepillo. Tú te enfadas porque se me olvida apagar la luz del baño. Escogemos un papel para empapelar la habitación que al año siguiente nos parece espantoso. Tú me dices que estoy echando tripa. Tus despistes. Otra vez has dejado el paraguas olvidado en alguna parte. Yo ronco, tú no puedes dormir. En sueños susurro tu nombre. Kyōko. Tú me haces el nudo de la corbata. Me despides con un gesto cuando me marcho a trabajar. Yo pienso que eres como una bandera ondeante. Lo pienso con un punzante dolor en el pecho. Por el amor de dios, ¿no basta con esto? ¿No es todo esto suficiente para ser feliz? Ella se mostró evasiva: Dame tiempo, lo pensaré.

Esperé. Esperé durante todo un mes. Al fin llegó una carta. Su letra manuscrita. Redondeada. Flores secas prensadas en su interior. Mi respuesta es sí, leí. Sí, quiero perder cientos de paraguas, pero siempre y cuando no eches tripa. Yo le contesté con otra carta. Abruptamente. Vayamos a escoger papel de pared.

Así es ella. Esta es mi mujer. Había sacado una foto de su cartera. Lo primero que pensé fue: Mi madre. A continuación: Quiere arreglar las cosas. Quiere llorar.

Nuestra boda, continuó diciendo, tuvo lugar pocas semanas después en un templo sintoísta. Okada-san estaba allí, con un rictus de culpabilidad. Ya no había ninguna duda: era un ser humano desagradable, muy desagradable. Tenía ganas de decir que lo sentía. Y, en lugar de eso, como cera endureciéndose, decía: ¡Os deseo una felicidad duradera! Kyōko le dio las gracias con una sonrisa inocente: ¿Qué es duradero? Somos como fuegos artificiales. Nuestra luz brilla y se desvanece, desprendemos chispas que ya están apagadas.

Café solo. Le echó leche de una jarrita. Dos terrones de azúcar. Lo revolvió lentamente. Sacudió la cucharilla. La depositó con cuidado. Nuestra primera mañana. Era como café en el que se mezcla leche y azúcar. Desperté y Kyōko ya no estaba a mi lado. La almohada todavía guardaba su forma, un cabello sobre la tela. La sábana estaba aún caliente, deslicé mi mano bajo la colcha. Desde la cocina llegaba el sonido burbujeante de la cafetera, un regalo de bodas. Caminé lentamente con los pies descalzos. Permanecí de pie, mirando por la puerta entreabierta, solo veía lo que sucedía a través de la rendija. Su espalda, ligeramente inclinada sobre la cocina. La sartén crepitando. Metió el dedo en una fuente un instante para probar el guiso. Una pizca de sal, un poco de pimienta. Estornudó, y al estornudar se giró. Su voz, un campanilleo agudo: El desayuno está listo. Sobre la encimera, envuelta en una servilleta azul, estaba la caja de *bentō*. Para ti. Puso al lado una manzana. Un bodegón.

Y también aquello fue una decisión.

En una ocasión escuché decir que la primera mañana juntos resulta determinante en el futuro. Es decisiva. En ella se decide quién se levanta primero, quién hace el café, quién prepara el desayuno. Kyōko podía haberse quedado perfectamente en la cama, darse la vuelta y murmurar: Cómprate algo por el camino. Lo decisivo, lo que me hizo quedarme sin aliento junto a la rendija de la puerta fue que, de ser así, yo no la hubiera querido menos por ello.

Aplazamos nuestra luna de miel. En mi empresa por aquel entonces todos los brazos eran bienvenidos y, cómo son las cosas, nunca tuvimos ocasión de recuperarla. Las viejas guías turísticas polvorientas: París, Roma, Londres. Las encontré de nuevo hace poco, en la última balda de la estantería, debajo del todo. Las esquinas dobladas, notas aquí y allá. Kyōko había marcado con un rotulador todos los monumentos y lugares que quería visitar. La torre Eiffel, el Coliseo, el Puente de la Torre. Corazones de papel. En una de las páginas di con un dibujo, era un retrato mío. «Tetsu fumando en Montmartre» se leía debajo. Salía favorecido. El último botón de la camisa estaba abierto. El pelo revuelto por el viento. La mirada perdida en la lejanía. Mi yo más joven. Me invocaba. No tenía nada que objetar, cerré el libro con un sonoro golpe.

En quién podría haberme convertido.

En quién me había convertido.

En quién me convertiré cuando descubra quién soy.

Kyōko ya lo sabe. Estoy seguro. Tan solo está esperando a que incline mi cabeza frente a ella: Tenías razón. No existe una rutina feliz. Es necesario luchar por ella cada mañana. Tosió. El cenicero, entre nosotros, lleno a rebosar. Nunca logramos llegar ni siquiera a Miyajima<sup>[•]</sup>.

Miyajima. Una palabra clave. La repitió: Miyajima. ¿Cómo dijiste que se llamaba? ¿Era Yuriko? ¿Yukiho? Lo tengo en la punta de la lengua. ¿Yukiko? ¿Sí? La niña de nieve. Por favor, hágame de ella. No tengo inconveniente en cerrar los ojos y escuchar, sencillamente. Es más fácil hablar si no te miran. Y es más fácil escuchar sin mirar. Dio una larga calada a su cigarro. Después se recostó en el asiento con los ojos cerrados.

Los Miyajima eran nuestros vecinos, comencé diciendo. Su casa estaba al lado de la nuestra. Cuando era niño, yo tendría unos ocho años, iba muy a menudo a llamar a su puerta y a preguntar por Yukiko. En el vecindario era la única niña de mi edad y, a pesar de que mis padres desconfiaban de los suyos porque no se sabía de dónde venían, toleraban que nosotros, todavía niños, jugáramos de vez en cuando frente al templo, un par de bloques más arriba. Demasiadas palabras en una frase. Lo sé. Demasiadas palabras que no pueden expresar lo despreciados que éramos, ella y yo, en un mundo lleno de diferencias, donde una palabra basta para separar a unos de otros.

Al llamar al timbre, dije yo, la madre de Yukiko asomaba la cabeza por la puerta y decía con voz ronca: Viene en un momento. La puerta se cerraba de nuevo, y, transcurridos unos minutos, se abría de nuevo. Olor a moho cada vez que iba y venía, olor a moho también en la ropa de Yukiko. Llevaba una blusa con sucios volantes, y una falda que le quedaba demasiado grande y que se había atado a la cadera con una cuerda de embalaje. A uno de sus zapatos le faltaba el cordón. Pobre muchacha, escuchaba decir a la gente cuando pasábamos corriendo junto a ellos. Unas palabras que eran enseguida acalladas por la risa de Yukiko: ¡Hoy vamos a volar! Ella extendía sus brazos y volaba por delante de mí, hasta el pino inclinado. Al llegar junto al tronco, cerraba sus alas. Pegaba el oído al árbol: Acaba de crecer un milímetro.

Eran días etéreos. Me refiero literalmente a que volábamos. Los cimientos del templo eran el cielo sobre el que corríamos a toda velocidad. Recogíamos flores y las dejábamos sobre lápidas de desconocidos. Atrapábamos cigarras. Mariposas. Libélulas. Después de cogerlas las liberábamos al instante. Libres, nosotros mismos. Si hacía calor nos echábamos cubos de agua sobre brazos y piernas. Nos picaban los mosquitos. Cazábamos a los gatos del templo. Escuchábamos con atención el monótono canto de los monjes. De entre ellos aparecía una negra joroba. Niños de Buda nos llamaba por entonces. Y nos arrojaba un caramelo a cada uno. Así es el sabor de la iluminación, así de dulce.

En casa muy raramente hablaba acerca de Yukiko. Cuando me preguntaban por ella, me daba la sensación de que no lo hacían por interés, sino porque sentían cierta inquietud. Uno tiene que saber, decía mi madre, con quién se juega los cuartos. Y también: En los modales se detecta de qué madera es una persona. Con tales dichos me dejaba marchar, pero incluso estando libre me sentía atrapado en alguna medida. No sé si era el tono de voz de mi madre o la manera en que torcía el gesto cada vez que salía el tema de los Miyajima, pero algo me decía que era peligroso revelar demasiados detalles. Así que me guardaba para mí que a la chaqueta de Yukiko le faltaban dos botones, y también el hecho de que a mí aquello me daba exactamente lo mismo.

Pero el sentimiento de una amenaza incierta permanecía. Era una pequeña espina en el pecho que penetraba profundamente, y toda espina, por pequeña que sea, provoca una herida en la carne cuando se la presiona lo suficiente. Se percibe como un cuerpo extraño que cada vez domina más y más el propio cuerpo.

¿Cómo puedes ser tan diferente? Le pregunté una vez cuando estábamos sentados a la sombra del pino. La respuesta de Yukiko fue una frase aprendida de memoria: Porque caí de una estrella.

¿De una estrella? Aguanté la respiración.

Asintió. Mis padres me encontraron. En una caja en el río. Llevaba una nota colgando del cuello. En ella decía que era la princesa de Lyra, destinada a llevar la vida de un humano terrestre lejos de la patria. Pero ¡chiss! Es un secreto. Si alguien se entera, te juro que me desharé en polvo de estrellas.

¿Y tu ropa? Cada vez sentía más curiosidad.

Ella apretó los ojos, reflexionó mientras mantenía los ojos cerrados con fuerza, los abrió y exclamó: ¡Un disfraz! ¡Todo es un disfraz! Para no deshacerme llevo puesta la ropa de una mendiga. Enrolló entre sus pequeños dedos las puntas de la cuerda de embalaje, y añadió susurrando: A veces siento nostalgia.

Yo dije: Yo también.

¿Quiere decir eso que me crees?

Sí. Te creo.

¿Y prometes no traicionarme?

Te doy mi palabra de honor.

Su mano en la mía.

Amigos. Para siempre.

Con una navaja grabamos nuestros nombres en la corteza. Nuestro árbol de la amistad, anunció Yukiko. Había sacado un hilo rojo del bolsillo de su falda, lo ató a una rama y continuó diciendo: Este hilo rojo nos recordará que estamos unidos el uno al otro. Estás en deuda conmigo porque yo he confiado en ti; y, dado que has prometido que no me vas a traicionar, yo estoy en deuda contigo. Es un acuerdo solemne. La sombra continuaba avanzando. En lo alto, a través de las agujas del pino, el sol caía lentamente sobre nuestras cabezas.

Cumplimos nueve años. Después diez. Cada año que pasaba se agudizaba mi percepción. O en realidad se enturbiaba. Mi fe en los antiguos cuentos de la infancia empezaba a flaquear en la medida en que me hacía preguntas, y de pronto comencé a mirar con ojos escrutadores, con ojos escépticos, con unos ojos que ya no eran capaces de ver nada. Como los agujeros en las medias de Yukiko, así se había deshilachado mi mirada. Al final tuvieron razón mis padres en lo que me decían. No tenía ni idea de con quién me juntaba y, si bien continuaba dándome completamente igual si los modales eran buenos o malos, sin embargo sentía cada vez más rabia de que Yukiko me ocultara la verdad acerca de su procedencia.

¿De dónde vienes? Intentaba sonsacarle. Nos sentamos espalda con espalda mientras arrancábamos con las manos briznas de hierba. El hilo rojo sobre nosotros había perdido el color. Dime, ¿de dónde?, ¿de dónde vienes en realidad? Sus hombros presionaban suavemente los míos. Pero si ya lo sabes. ¿Que yo se qué? No puedo decírtelo. ¿Pero por qué no? Sus omóplatos temblaban. ¿Por qué no? Un silencio óseo. Arranqué de la tierra un manojo de hierba y lo arrojé contra la pared del templo. Por favor, perdóname. Se despegó un poco de mí. Una rendija fría entre nuestras espaldas, el viento soplaba a través de ella. Me hubiese gustado decir: Está bien, te perdono. Tan solo la furia que sentía me hizo contenerme, un dolor furioso.

Al día siguiente llamé a la puerta de los Miyajima, su madre asomó la cabeza, como siempre, y dijo con su voz ronca: Viene ahora mismo. La puerta se abrió, olía a moho y a descomposición. Desde dentro llegó primero un grito fuerte, después más quedo, un cuchicheo cada vez más bajo. ¿Qué quiere decir que no quieres verlo? ¿Qué es esa tontería? De ninguna manera, ¿te avergüenzas? El cuchicheo se interrumpió. En la casa reinaba el silencio, un único grito vino a romper este silencio: No puedo más. Después reinó de nuevo el silencio. La puerta se abrió, olía a descomposición. La madre asomó la cabeza: Si vienes en otro momento. Tal vez mañana. Tal vez pasado mañana. Mi hija, la princesa, está de mal humor.

Incontables veces me acerqué hasta la puerta y llamé. Incontables veces permaneció cerrada. Detrás, Yukiko, una estrella resplandeciente. La claridad de su brillo te hace pensar que permanece, cuando en realidad hace mucho tiempo que se ha extinguido. Los ojos de los vecinos puestos en mi nuca, en vano estiraba la mano hacia ella. Cuando sus habladurías llegaron a mis oídos, tenía que haberme dado cuenta de que ella estaba a años luz en el universo. En la casa de los Miyajima comen perros y gatos. En la casa de los Miyajima preparan hormigas a la parrilla. En casa de los Miyajima recogen agua de lluvia en un cubo para beber. En casa de los Miyajima... Las malas lenguas se cebaban con ellos. En la urbanización eran el punto débil en el que se asentaba el miedo de los demás. El miedo a ser como ellos. También a mis padres les inundaba este temor. Lo veía al percibir su evidente satisfacción cuando me sentaba a la hora de la cena con la cabeza gacha. Se dice que los amigos vienen y van. Mejor será que te resignes. Cuando pase un tiempo mirarás hacia atrás y comprenderás que todo tiene su razón de ser. Frases vacías cuya vacuidad me dejaba vacío. No tenía nada que objetar a sus palabras. Con el último resto de resistencia le escribí una carta. Querida Yukiko, escribí, encontrémonos de nuevo junto a nuestro pino. Quiero verte y comprender. Despedirme. Decirte que, pasé la goma de borrar tantas veces en este punto que el papel se volvió fino y quebradizo.

*To want a love that can't be true.* Una brusca sacudida bajo sus párpados. Me detuve. La canción daba vueltas con un chasquido sobre sí misma. En la mesa de al lado un tipo, empleando una voz monótona, pidió un whisky con soda. Alguien levantó una cortina. El repiqueteo de la lluvia. La cortina volvió a caer pesadamente sobre la ventana. El café, desencantado por la luz del día, parecía de nuevo hechizado en la oscuridad. Me resultaba increíble haber pensado que dentro no habría espacio entre la gente. Cada uno de nosotros permanecía sentado, hundido en su asiento y perdido en sus pensamientos. ¿Ella acudió a la cita?, preguntó él, todavía con los ojos cerrados. En el interior del humo espeso que nos envolvía su corbata ya no era roja y gris. Era gris, solo gris.

Que si acudió a la cita, repitió. Y como yo no contestaba, añadió: Pero tuvo que acudir, ¿no? ¡Acudió a la cita! Por la urgencia de sus palabras parecía como si yo no fuera el único que hubiera esperado su llegada, parecía que él también la hubiera estado esperando. Como si los dos dependiéramos de que viniera.

Sí, dije finalmente, Yukiko acudió.

¡Así que fue! Respiró aliviado.

Pero...

... ¿qué?

Se había convertido en una extraña. Habían pasado poco más de cuatro meses, pero me costó reconocerla. Llevaba el uniforme de la escuela y parecía una muchacha corriente, su cola de caballo balanceándose a la espalda. Se acercó cohibida, desviando la mirada. Se colocó delante de mí con la cabeza gacha. Solo entonces la reconocí por su olor. Esa timidez. Me entraron ganas de hacerle daño. La cogí por los hombros, con mis manos de once años, y la sacudí. Le di una bofetada, y ella la aceptó en silencio. ¿Por qué no me miras? Levanté su barbilla. Tienes que mirarme. Por lo menos tienes que mirarme. Te odio, ¿me oyes? Te odio porque me obligas a formar parte de los otros. A formar parte de esos que dices. Por fin, me miró: Lo que dicen es verdad. Nuestras miradas se desprendieron. Cerca. Más cerca. La besé. Lejos. Más lejos. Algo se había acabado. La eché de allí de un empujón y ella se giró para marcharse. Se fue, un pájaro sin plumas, sobre la explanada de arena. Hemos terminado, le grité. Para siempre. Pero allí estaba ella, sus calcetines blancos desaparecían tras los matorrales. Del templo llegaba el zumbido del Sutra del corazón<sup>[\*]</sup>.

¿Cómo describir la amargura? Yo era un vaso, un vaso hecho pedazos. Y el espacio que antes abarcaba se había hecho uno con el espacio circundante. Una extensión desierta en la que me perdía, cuchillos afilados bajo mis pies. A cada paso resultaba más incierto el hecho de que fuera a llegar en algún momento a alguna parte.

Durante bastante tiempo evité pasar por delante de la casa de los Miyajima. En lugar de girar a la derecha, iba hacia la izquierda, en lugar de avanzar hacia delante, daba un rodeo y, cuando era imposible evitarlo, me cambiaba de acera. Temblaba al pensar que Yukiko podía estar en la ventana, o que podía subir la calle en dirección a mí. Esta idea me hacía sentirme pequeño e insignificante. Podía señalarme con el dedo, podía recordarme mi culpabilidad. Y al mismo tiempo lo deseaba. Yo era tan pequeño e insignificante que al mismo tiempo hubiera deseado que fuera peor amiga de lo que yo fui.

Pero no lo era.

Olvidé demasiado pronto que en el pasado habíamos sido amigos, y, del mismo modo que lo olvidaba, lo que había ocurrido iba perdiendo significado. Mi capacidad para olvidar borraba de mis labios el sabor de los suyos. Tan solo recordaba de modo muy vago el momento en el que ambos se habían tocado. ¿Había sido en realidad un beso? Me parecía que más bien había sido un ligero roce. Pero incluso esto llegué a olvidarlo.

Tengo que reconocer que eludirlos era un ejercicio sencillo.

A pesar de que los Miyajima eran nuestros vecinos más cercanos, pasaron años sin que me cruzara con ninguno de ellos. Se rumoreaba que el padre estaba postrado en la cama debido a una enfermedad, y que la madre tenía ocupaciones nocturnas. Sea lo que fuera lo que se quería decir con aquello, lo cierto era que muy raramente se la veía y, cuando ocurría, era pasando a toda prisa, con el pelo revuelto sobre la frente y cargada con bolsas y bártulos. Se murmuraba que andaba por ahí llevando mercancías prohibidas, otras veces que estaba loca, y, de hecho, estaba loca. Incluso si nadie podía asegurar haberla visto, se podía afirmar al menos que llevaba la locura escrita en el rostro. Esas cosas se ven, era la conclusión unánime; esas cosas se notan, sin necesidad de verlas. Tan solo el hecho de que Yukiko, la pobre muchacha, como la continuaban llamando, hubiera logrado el primer puesto en un concurso de matemáticas se reconoció como algo meritorio. Pero ¿quién podía saber si aquello era verdad? ¿Quién sabía si no era una historia inventada? Lo cierto era que con los Miyajima era mejor no tener nada que ver. También para mí aquello fue una certeza hasta que el destino (por entonces lo llamé una estúpida casualidad) quiso que nuestros caminos se cruzaran por última vez.

Tenía dieciséis años. Había comenzado un nuevo curso escolar. En la clase se leyeron los nombres de los alumnos en voz alta. Yo estaba sentado allí, aburrido, dando vueltas con la mano a un lápiz mordisqueado. A mi alrededor, a otros treinta les ocurría lo mismo que a mí. Las vacaciones, que no habían sido tales, se habían terminado otra vez, y uno tenía el oscuro presentimiento de que siempre iba a ser así, que la vida, que no era tal, pasaba como una exhalación.

¡Fujiwara Rie!

¡Presente!

¡Hayashi Daichi!

¡Presente!

¡Kugimoto Sakuya!

¡Presente!

¡Miyajima Yukiko!

¡Presente!

El lápiz se rompió. No levanté la vista. ¡Estaba aquí! ¡Aquí! ¡Aquí!

¡Ōyama Haruki!

¡Presente!

¡Taguchi Hiro!

¡Presente!

Hilos rojos, los hilos del destino. Para siempre.

¡Ueda Sakiko!

¡Presente!

¡Yamamoto Aiko!

¡Presente!

Ella es una espalda. Una espalda estrecha. Eso es todo. A veces siento nostalgia. Mariposas amarillas, azules, verdes. El polvo en sus alas. Un hábito de monje. El Sutra del corazón. Monótono. Te odio. ¿Me oyes? Me da igual. Los amigos van y vienen. ¿No puedes irte? Princesa. Estoy en deuda contigo. Psss, Psss. Desierto. Amplitud. El cielo se desmorona. Quería decirte. Hemos terminado.

La punta del lápiz en la superficie de mi mano.

Un dolor pasajero.

Si con el transcurso de los años había logrado esquivar a los seres humanos que vivían junto a mí, también en el aula lograría (esto me propuse aquel primer día) trazar un amplio círculo alrededor de la mesa situada tres filas delante de mí. Al menos había sitio para no tropezarse con nadie, y ya lo dije: tenía práctica en ello. Nada me parecía más fácil que pasar junto a alguien con exquisito cuidado. Lo único que no podía saber era, de hecho, que ya el segundo día iba a tener que poner a prueba esta habilidad.

No tengo ni idea de quién dejó caer aquella última gota que colmó el vaso. Todo comenzó con un comentario inocente: Apesta. Yo lo escuché. Alto y claro: Apesta. Una sonora carcajada, esto también lo escuché. Después, con un gesto mudo, se taparon la nariz. La voz de Yukiko susurrando: ¡No, por favor! Una nueva carcajada: Apesta como si llevara un pescado debajo de la falda. Alguien la agarró. Lo vi. Con total claridad: se retiró asustada. Qué miras, me increpó uno. Entonces, aparté la mirada. No había visto nada. Y continué sin ver nada el tercer, el cuarto y el quinto día, tampoco el sexto, ni todos los días que le siguieron. Nada de nada.

Qué peste, gritaban abriendo bien sus bocas. El que apeste tiene que pagar quinientos yenes. ¿Qué pasa? ¿No los tienes? Mañana los pagas. Maldición, apesta como una puerca. *Oink, oink*. Hasta un hámster muerto huele mejor que tú. ¡Eh, princesita de las matemáticas! ¿Cómo se divide un buey por una vaca? A gran velocidad, aquello que comenzó como un simple comentario degeneró en un cuerpo de texto al completo.

Yukiko habría necesitado entonces un amigo.

Pero yo.

Yo no tenía boca. Ni me sumaba a los comentarios de los otros, ni decía nada en contra. Me bastaba con quedarme fuera, mientras el mundo se desmoronaba dentro. Cada mañana, cuando Yukiko llegaba a clase, su pupitre estaba dado la vuelta y cambiado de sitio. Dibujada en la pizarra, la caricatura de un cerdo gruñendo. Tenía una pata levantada. Debajo, su nombre. Ella lo borraba línea por línea. Yukiko se convertía en Yuki. Después Yuki se convertía en nada. Todavía con la esponja húmeda en la mano, se daba la vuelta, buscaba con la mirada y me encontraba apartado en un rincón. En su mirada había una chispa, aquel brillo de entonces: Te juro que me convertiré en polvo de estrellas. Así me miraba, precisamente como si quisiera decir: Me disuelvo.

Si hubiera hecho. Si hubiera dicho. Nada causa mayor desconsuelo que el pluscuamperfecto de subjuntivo. Las posibilidades que implica no pueden cumplirse, y, a pesar de eso, o precisamente por ello, determinan lo sucedido en realidad. Si hubiera intervenido entonces de algún modo, si hubiera tenido la ocasión entonces, no estaría aquí sentado ahora.

Dejé en manos de Yukiko la posibilidad de defenderse. Pero ella no hizo gran cosa, solo permaneció en silencio. Un círculo de tiza mágico que se volvía cada vez más y más estrecho. Parecía un animal haciéndose el muerto. Durante un ratito funciona. Pero después los atacadores se imponen y no abandonan a la presa hasta que han logrado olisquear cuál es su punto más débil. Bastó un movimiento imperceptible, y supieron dónde debían seguir hurgando. El juego ya no era un juego, era cuestión de vida o muerte. De camino a casa ignoré cómo la empujaban contra una pared en el estrecho pasadizo, ignoré cómo la amenazaban con los puños en el aparcamiento vacío, ignoré cómo la falda se deslizaba más arriba de sus rodillas. Continué avanzando, me comporté como un testigo mudo, tal como había aprendido a hacerlo. Si interviniera —aquello era entonces un presente de subjuntivo, y, por ello mismo, todavía era una posibilidad factible—, yo sería el próximo de la lista, con toda certeza. Mejor será no llamar la atención. Mejor será que me dé la vuelta antes de que alguien pueda verme.

De modo que ya lo sabe.

Sí.

¿Y lo comprende entonces? Que yo...

... ya has dicho suficiente.

No, no es suficiente. Todavía no he terminado.

El extremo ardiente de un cigarro.

Hoy hace usted horas extra.

Había abierto los ojos y parecía buscar un punto en el que poder fijarlos. Parpadeando, me miró a mí en primer lugar, después hacia la barra del bar, luego de nuevo a mí, por último al suelo. El crujido de la tarima, un borracho buscaba desorientado el camino hacia el baño. Se detuvo confundido entre las mesas, alguien debería haberle cogido del brazo. Y, sin embargo, permanecía allí, como un monumento sin sentido ni finalidad. Es una lástima, dijo con un balbuceo. El sonido de una trompeta le interrumpió.

No, no es suficiente, repetí. Pero mi voz sonó ronca. Tal vez, pensé, debería ahorrarnos el final a ambos. A nuestro lado se hablaba acerca de los peces, sobre si los peces dormían en algún momento. Tal vez, pensé de nuevo, debería darme ya por satisfecho. Entonces se me pasó por la cabeza un viejo dicho: es difícil despertar a alguien que no duerme. El borracho continuaba quieto, en medio de la sala. El camarero lo esquivaba al pasar, como si formara parte del mobiliario. De hecho, permanecía totalmente inmóvil. Alguien hubiera podido decir que se había quedado dormido de pie. Primero se balanceaba ligeramente a derecha e izquierda, como si lo estuvieran empujando, pero inmediatamente después volvía a detenerse. Pasaron unos minutos hasta que volvió a ponerse en movimiento. En lugar de dirigirse al baño, se dio la vuelta, regresó a su asiento y pidió otra copa.

Tengo que llegar hasta el final, pensé, es lo menos que puedo hacer.

Todavía no he acabado, me escuché decir.

La encontraron en el patio del colegio, con los miembros dislocados. Se había arrojado desde el quinto piso. En el lugar donde había caído, el suelo se llenó de flores. Rosas marchitas, claveles, crisantemos. Una de las tarjetas que había junto a ellas decía: Lo sentimos, estamos avergonzados. Querida Yukiko. Yo no escribí ni una sola palabra. En cualquier momento, pensaba yo, aparecerá tras un matorral y correrá de nuevo, balanceando su cola de caballo, dándome la espalda. Y regresará. Hasta llegar a mi lado. Y volverá a marcharse. Paseará entre las tumbas. Con un papel en blanco entre las manos, comencé a correr. Tal vez, tal vez, latía en mis sienes, ella estará allí, junto al templo, esperándome. Y nos sentaremos a la sombra del pino arqueado y no permitiremos que el viento pase entre nosotros.

Hilos rojos.

Me detuve, sin aliento.

El árbol estaba lleno de hilos rojos. Nuestro árbol de la amistad. En cada rama colgaban cinco hilos, uno por cada uno de los años pasados. Jadeaba. ¿Cómo había podido trepar tan alto? ¿Cómo había sido capaz de alcanzar la frondosa copa? Nuestros nombres habían crecido hacia arriba, en dirección al sol. ¿Cómo pudo saber ella que vendría a este lugar? Al fin miré y comprendí. Pero no del todo. Quien crea una obra de arte semejante es porque quiere guardar un secreto hasta el final. El maullido de uno de los gatos del templo. ¿Era el mismo de entonces? Lo cogí en volandas y lo mantuve así hasta que estiró las garras hacia mí. Sangre caliente. Todavía la conservo. Querida Yukiko, escribí en mi antebrazo. Quiero decirte que me gustas.

Lo único que quedó fue un hueco en la urbanización. Poco después desalojaron la casa de sus padres. Desde la ventana de mi habitación podía ver cómo los trabajadores, con máscaras en la nariz y la boca, sacaban fuera toda clase de basura, trastos y desperdicios. Montones de bicicletas estropeadas. Cazos abollados. Una carretilla llena de revistas y periódicos. Radios. Cojines. Colchones devorados por los ratones. Tres cestas de pantallas de lámpara. Y clavos. Y tornillos. Parecía evidente que los Miyajima habían estado viviendo desde hacía tiempo de la basura de los vecinos. Es una vergüenza, decía mi madre. Estaba de pie, junto a mi espalda. ¡Lo que han podido llegar a recoger! ¡Mira, nuestro despertador! ¡Así que allí está! Ella decía «nuestro despertador» como si fuera nuestro para siempre. Lo decía de pasada. Pensando ya en otra cosa. Comprendí que no tenía ningún sentido recordarle que se había deshecho de aquel despertador hacía más de un año porque su sonido le resultaba demasiado cargante. ¡Que despierte a otro! Diciendo esto, lo había arrojado al contenedor.

Una última carretada con plásticos. Salí fuera. Latas de conserva vacías. Pilas. Un espejo resquebrajado en el que mi rostro adquiriría un aspecto grotesco, horriblemente desfigurado. Agarré una de las bolsas que habían dejado delante de la entrada y saqué una piedra. Había un insecto encerrado en su interior. La guardé en el bolsillo del pantalón. Metí la mano y palpé la superficie. Era fría y lisa, un amuleto. Tras su máscara, uno de los trabajadores murmuró: Ya está bien por hoy.

La casa fue demolida. Según decían, sus materiales no tenían ningún valor y no merecía la pena conservarla. De camino al colegio vi cómo acordonaban la calle y, al regresar a casa, una excavadora estaba derribando la última pared. Temblaba el suelo bajo mis pies. Unos días más tarde, allí donde tantas veces me detuve y llamé al timbre, había una superficie allanada y, un tiempo después, edificaron una nueva vivienda. Llegó una nueva familia: un padre, una madre, un niño. Buena gente, decían, tal vez algo estirados. ¿En qué se notaba? Nuestro viejo Nissan junto al suyo, nuevo. Apenas se hablaba ya de los Miyajima. A juzgar por lo poco que se sabía, y no se quería saber demasiado, se habrían tenido que trasladar, ahogados por las deudas, a una de las barriadas más deprimidas de la ciudad. Y a nadie le hubiera extrañado encontrárselos en alguno de los parques de S. cubiertos por una lona azul. Sí, con gusto se habría comentado que se les había visto por allí. Habría sido un miedo beneficioso. Poder decir: Han caído en lo más bajo. Y porque no querían desprenderse por completo de este miedo, aun sin saberlo a ciencia cierta, afirmaban: No hay duda. Incluso aunque ahora no lo estén. En algún momento caerán en lo más bajo. Solo cuando los Fujita, que vivían un bloque más arriba, comenzaron a tener problemas matrimoniales y deudas de juego, se dejó de hablar de los Miyajima.

¿Y después?

Después no pasó nada. Quiero decir, las cosas eran como eran, sin más, y tuve que resignarme a ello. Cumplí diecisiete años. Después dieciocho. Creció la presión. La resistía apretando los dientes y pensando: Esto es lo que implica convertirse en adulto. Superar las cosas tal como son y, en caso de que uno no pueda sobreponerse a ellas, darlas por superadas. Olvidar. También en esto consistía, en olvidar una y otra vez. De no haber existido Kumamoto, lo hubiera logrado. Pero él tenía los ojos de Yukiko. La misma mirada: Me deshago.

Es...

Terminé la frase por él.

... una decisión.

No. Dijo sacudiendo la cabeza. Al menos no es una decisión que hayas escogido entre un abanico de opciones. Ahora soy capaz de verlo. En este café. Señaló a derecha e izquierda. No somos libres, ninguno de nosotros. Si bien es cierto que esto no nos descarga de responsabilidad. Que, a pesar de nuestra carencia de libertad, continuamente tomamos decisiones por cuyas consecuencias tenemos que responder. Y que, por eso mismo, con cada decisión que tomamos somos cada vez menos y menos libres.

Aquella idea, a pesar de su densidad, aligeró nuestros movimientos mientras estábamos sentados allí y también fuera, en la calle. La lluvia había amainado, lloviznaba levemente.

¿Mañana otra vez? Pregunté.

Sin ninguna duda.

En la ciudad no se ven las estrellas. Su aura, demasiado clara, ilumina el cielo, y no al contrario. Y en lugar de la Lira se ve en lo alto un avión que pasa volando peligrosamente cerca de los tejados de las casas.

¿Que qué había descubierto?

Que yo ya no era solo una imagen, era alguien que esconde a otro en su interior. La imagen de una muchacha. Un oído junto al tronco. Le había pedido al monje del templo que no quitara los hilos rojos. Él consintió, sin necesidad de darle a conocer mi historia. Es realmente curioso. Aquello fue todo lo que dijo al respecto. De vez en cuando pasaba por allí y me sentaba al pie del árbol. Pero con el tiempo los hilos perdieron su color y cayeron de las ramas hasta quedar únicamente dos. Es realmente curioso, repitió entonces el monje exactamente con la misma entonación, y cuando cayeron también los dos últimos dijo: Así es la vida.

El pino encorvado todavía está allí. Aquella noche la pasé bajo su cobijo, con el cuello del abrigo levantado. No me importó en absoluto que goteara sus agujas sobre mí. Más bien me sentía consolado al sentarme allí y abandonarme, con los dedos rígidos, cabalgando sobre las horas de oscuridad. Probablemente mis padres me estarían esperando. Estarían esperando el sonido de mis pasos en el pasillo. Incluso puede que se preocuparan pensando en dónde podía estar, o incluso, tal vez, cogerían el auricular del teléfono y marcarían el 110<sup>[•]</sup> para, súbitamente avergonzados, colgar de nuevo. Porque ¿cómo era posible conjurar a un fantasma? ¿Qué explicación tenía el que hubiera desaparecido alguien que ya estaba, en cualquier caso, desaparecido? ¿Cómo describir que se le echa de menos ahora, a pesar de que desde hace mucho tiempo ya no estuviera? Y, sin embargo, a medida que avanzaba la mañana únicamente deseaba una cosa: que alguien me buscara y me encontrara. Que me cogiera de los hombros, me abofeteara el rostro y me preguntara: ¿Cómo es posible, cómo hemos podido equivocarnos tanto? Y que después me tomara del brazo y dijera: Deja que volvamos a intentarlo, desde el principio.

A juzgar por la incidencia del sol, debían de ser cerca de las ocho. Las nubes se habían disipado hacia el oeste al llegar la noche. Fue en aquel momento cuando descubrí que había olvidado mi paraguas en la cafetería. Este objeto era una prueba del día anterior. De no haberlo dejado olvidado, dudaría de si todo aquello no había sido un sueño. Así podía estar seguro: la sensación de sequedad en la boca era consecuencia de haber hablado mucho, el olor rancio en el pelo era causa del abundante humo de tabaco. Ambos estaban relacionados. Del mismo modo que lo estábamos él y yo. Al levantarme y sacudirme el barro de las piernas, pensé: Y si salta hoy a las vías del tren. Tenía la certeza de que me hubiera arrastrado con él hasta la muerte, sobre el traqueteo de las vías. Las rayas de su corbata transversales pasaban frente a mis ojos. Me puse en camino.

Buenos días.

Él me adelantó.

¿Has dormido mal?

Yo le seguí. Nuestros pasos sonaban al unísono. De vez en cuando él se detenía. Buscaba algo. Lo encontraba. Continuaba avanzando lentamente con un cigarro en la comisura de los labios. Se detenía de nuevo. Sus movimientos eran tan lentos que en algún momento dejamos de caminar para deambular como dos *flâneurs* entre la premura de la gente. En el cristal de un escaparate encontré reflejadas nuestras figuras, lejos del pulso del mundo. Justo después de la lluvia es cuando la luz tiene mayor claridad. Se dirigía a mí hablándome por encima de su hombro. Llegamos a nuestro banco. Qué bien estar aquí de nuevo. Estiró las piernas.

¿Crees que hay vida después de la muerte?

La pregunta llegó de improviso.

Me refiero a Yukiko. Ayer por la noche, estando ya en la cama, me pregunté si era posible que hubiera vuelto a nacer. Pongamos, por ejemplo, en México. Ella tendría ahora dos o tres años. Ya habla. Aprende rápido. En cuanto le dicen una palabra la repite como un lorito. Tiene dos hermanos: Jorge y Fernando. Se les puede ver a los tres jugando juntos. Los dos mayores están pendientes de que su hermana no se trague una pieza del juego de construcción. También ellos reencarnados. Quiero decir, la idea de que Yukiko podría estar ahora, con todo el conocimiento que ya posee, en una casa en Puebla, en una habitación, en un cuerpo que se llama Isabella; la idea de que podría darse cuenta, en un determinado instante, mientras apila las piezas unas sobre otras, de que ya ha estado aquí antes. Conoce el sol que atravesando las persianas cae sobre sus manos mientras juega. Conoce la voz de su madre cuando la llama. Es un reconocimiento. Pensando en esto me quedé dormido. En que nosotros, reencarnados, estamos aquí para reconocer algo. Una idea seductora, ¿no crees? Podrías encontrártela un día. En México. O en algún otro lugar del mundo. En algún momento arrojado al azar por los dados del tiempo su manga podría rozar la tuya, y sería una verdadera lástima desaprovechar ese momento. Una pérdida que no puede compararse con nada. Y aún hay más, con nosotros podría pasar lo mismo. Me explico. Hoy en el andén, rodeado de tantos hombres y mujeres, me pregunté si no echaría de menos a cada uno de ellos si faltaran; e incluso si ellos no me echarían de menos a mí mismo si yo no estuviera allí. Si no estamos en este mundo para acompañarnos unos a otros. Cuando el tren por fin inició su marcha y miré pasar mi reflejo en sus ventanas, y en los rostros adormilados detrás de ellas, aquello ya no era una pregunta, sino más bien una intuición: todos nosotros estamos conectados, unos con otros.

Si tuviera que escoger. Dibujó con la punta del zapato un círculo en la grava. Habría dos hombres con los que me gustaría encontrarme de nuevo. ¿Me permites? Un carraspeo, se rascó la cabeza. Dos hombres de quienes me gustaría sentir su roce al pasar junto a mí.

Uno es mi profesor. Watanabe-Sensei<sup>[•]</sup>. Yo le llamaba sencillamente el profesor. Cuando tenía diez años a mis padres se les metió en la cabeza que debía tomar clases de piano. Esperaban que hubiera en mí un talento oculto. Embutido en una camisa y unos pantalones, y con una corbata ridículamente espantosa alrededor del cuello (ya por entonces llevaba estas cosas), me enviaban camino arriba, a casa del profesor, con la esperanza de que saliera a la luz el genio que llevaba dentro. La casa del profesor estaba algo apartada, sobre una colina, y para llegar a ella era necesario ascender por una calle sin asfaltar y atravesar un espeso bosque. El profesor vivía allí, sobre la ciudad y su bruma, con su mujer enferma de tuberculosis. El aire puro, se decía abajo entre la gente, le haría bien. Era una casa grande. Al entrar en ella se tenía la impresión de que la casa le estaba respirando a uno. Dependiendo del momento del día, la luz entraba a través de una u otra de las ventanas. A todas horas la casa del profesor estaba inundada de luz.

Pero había algo más. Un olor ligeramente ácido. Como el de un hospital. Lo recuerdo. El profesor se reía: Huele así cuando alguien muere. Y señalaba a una puerta entornada. Mi mujer, una sonora risotada, está en su lecho de muerte. Me parte el alma. El tiempo es oro, dijo riendo a continuación. Así que vamos a ver lo que eres capaz de hacer. Yo aporreaba desganado las escalas arriba y abajo. El profesor miraba mis manos con severidad: ¿Qué es esto? ¡Vaya, tocas como si no tuvieras ni un ápice de vida en tu interior! ¡Hasta un muerto tiene más sentimiento que tú! Se rio de nuevo. Yo pensé: No tiene corazón. Este hombre está hecho de piedra. Cómo es posible que se ría así mientras yace allí su mujer. Habla de sentimientos y él mismo carece por completo de ellos. Lo pensé con un natural y evidente menosprecio, sin cuestionarlo.

En una ocasión, llamaron al timbre y el profesor se dirigió a la puerta. Entonces yo, sentado al piano, maté una mosca de un manotazo. Estaba a punto de desmembrarla, comenzando por las patas, cuando se acercó a mí por la espalda y dejó escapar de pronto un grito tan doloroso que pensé que le había ocurrido algo grave. Me tiró del taburete de un empujón. Cerró la tapa del piano y me increpó: Renacuajo, cómo se te ocurre matar en mi casa a una criatura inocente. Me planté delante de él tieso como un palo. Me asustó, tenía el rostro descompuesto. De pronto, comencé a sentir una ira cada vez mayor hacia él, que continuaba gritando y se movía arriba y abajo haciéndome tantos reproches por una tontería. Él tomó aliento, y yo aproveché la pausa. Con los labios temblorosos por el enfado, le dije: Es usted quien no deja de reírse mientras su mujer tose en la habitación de al lado. Se produjo un silencio incómodo. Se quedó helado. Al fin, me miró fijamente durante lo que me pareció una eternidad. Después bajó la mirada, tras lo que me pareció una rigidez eterna. Dio un paso hacia mí. Se detuvo, y dijo con voz queda, muy queda: Es por eso, justamente, por lo que nunca te convertirás en pianista. No escuchas. No tienes oído. Solo oyes lo que se percibe en la superficie, no lo que hay debajo. Recoge tus cosas. La clase ha terminado. Dile a tus padres que eres el alumno con menos talento que he tenido. Es un despilfarro querer enseñarte en qué consiste la música. El que al escuchar una risa solo escucha una risa es sordo, te lo aseguro, más sordo que los sordos. Yo río para ella. ¿Entiendes? Río porque sé que le gusta oírme reír. Pero hay tristeza en ello. ¿Lo oyes? Río de nuevo. Ella tiene que saber que estoy triste porque se va. Pongo agradecimiento en ello. ¿Lo oyes ahora? No podía parar de reír. Pongo en mi risa todo lo que siento por ella. Y ella lo sabe. Lo escucha. Mi risa tiene que acompañarla. Se había caído al suelo de la risa. Yo me acerqué, sin rastro ya de ira. Y entonces me di cuenta de que lloraba. Sus mejillas estaban inundadas de lágrimas, lloraba y reía al mismo tiempo.

El profesor tenía razón. No me convertí en pianista. No obstante permanecí durante un año más siendo alumno suyo. La mayoría de las clases las pasaba escuchándole con atención. Mozart. Bach. Schumann. Chopin. Entremedias tenía que describir qué y cómo lo había escuchado. Llegué a desarrollar lo que él denominaba sensibilidad auditiva. Su palabra preferida era *kanjou*<sup>[•]</sup>. La utilizaba casi en cada frase.

Poco antes de morir su mujer, que empeoraba perceptiblemente, le pedí que interpretara un vals. Sin embargo, justo cuando iba a comenzar llegó desde la habitación, por la puerta entreabierta, una espantosa tos agonizante, tan agonizante que casi no parecía humana. El profesor, con los hombros abatidos, situó los dedos sobre las teclas y comenzó a tocar lentamente, al ritmo de las toses. No disimulaba las toses con la música. Tocaba con ellas. Tocaba del mismo modo que tosía su mujer. No hay ninguna grabación de aquello, lástima. En todo caso, no estoy seguro de que una interpretación semejante sea susceptible de ser grabada. Cuando hubo terminado, dijo: Si todavía tienes que aprender algo es únicamente que no debes avergonzarte. Sobre todo no te avergüences de tener sentimientos. Da igual lo que sea, siéntelo de manera íntima y profunda. Siéntelo todavía un poco más íntimamente, un poco más en profundidad. Siéntelo para ti. Siéntelo para los otros. Y después: déjalo ir.

Vi a su mujer por primera vez durante el funeral. Vestida con un kimono blanco, con la cabeza recostada mirando hacia el norte, yacía en un ataúd cubierto con aromáticas lilas. Él estaba al frente. No reía ni lloraba. En la última fila alguien susurró: Qué desalmado. Este hombre es de piedra. Sin embargo, yo conocía mejor la verdad: en sus gestos impasibles, tan solo movido por su respiración, yo podía interpretar cómo él escuchaba en el interior de su silencio y allí se unía al silencio de su difunta mujer. Era como si la escuchara con atención, sigilosamente, como si escuchara sus pasos sigilosos alejándose.

¿Volvió a ver después al profesor? Reprimí un temblor en la voz.

Sí, le visité más de una vez. Naturalmente mis padres estaban decepcionados porque no me había enseñado más que a escuchar. Consideraban que había traicionado el talento que se escondía en mí, y durante muchos años se arrepintieron de haberme enviado a sus clases. El profesor, según su opinión, había frustrado para siempre todas mis inquietudes artísticas. Y perseveraban en ello. Casi se sintieron aliviados cuando, poco después de morir su mujer, murió él. Casi se sintieron aliviados de poder enterrar, por fin, su esperanza.

Sea como fuere, la casa en la colina existe aún. Una vez estuve allí con Kyōko. A través de las ventanas ocultas tras los tablones, pudimos reconocer el piano en el que reposaba un cuaderno de música polvoriento. La puerta de la habitación de su mujer estaba abierta de par en par, pero a través de las rendijas no pudimos ver mucho más que una cama estrecha. Nos sentamos en uno de los escalones que conducían al jardín y escuchamos con atención durante largo tiempo cómo el viento murmuraba entre los árboles. Le escucho tocar, dijo Kyōko, y señaló a las ramas que se balanceaban en lo alto. Su dedo señalando al cielo: Escucho a todos los que están allá arriba y tocan.

Sea como fuere.

La razón por la que me gustaría encontrarme de nuevo con mi profesor es que quisiera admitir ante él que fui un mal alumno. Lo siento, querría decirle. Siento que haya malgastado el tiempo conmigo.

Repasó con la punta del zapato el círculo dibujado en la arena, colocó dentro un pie y volvió a sacarlo. Se había aflojado la corbata: Es que, si no, no puedo respirar.

Pensándolo mejor, titubeó. En realidad preferiría que la muerte fuera un final. Un corte limpio con la nada que vendrá después. Penetrar en el interior de un vacío en el que ya no hay personas, ni historias. Completamente libre. O ¿cómo será si no? Su voz sonaba como un papel arrugado. Tienes que saberlo. No te he contado toda la verdad. Su respiración se hizo uniforme. Cuando me preguntaste si teníamos hijos, Kyōko y yo. Tenemos. Tuvimos un hijo. Su nombre era. Es Tsuyoshi. Se aflojó el cuello de la corbata, se recostó bruscamente sobre el respaldo del banco, respiró con mayor libertad y continuó hablando. Su voz, como un papel arrugado que se desdobra cuidadosamente y se intenta volver a alisar lo mejor posible: Tsuyoshi. El fuerte.

En contadas ocasiones hablamos de él. Y cuando lo hacemos, es Kyōko quien saca el tema, no yo. Se hace un ovillo sobre el sofá, como un gato, esconde el rostro en un cojín y habla en su interior. Siempre lo mismo: ¿Sabes? Le llamaba luciérnaga. Su sonrisa era tan luminosa. Y ¿sabes algo más? El jersey azul de punto que hice para él. He vuelto a descoserlo, punto por punto. Y ¿sabes otra cosa? El conejito de trapo en la cabecera de su cama. Los mofletitos rojos mientras dormía. Y ¿sabes? Ese parecido. Siempre es lo mismo. Habla de cosas que yo no puedo recordar. De pompas de jabón, de molinillos de viento. Yo lo único que recuerdo es la vergüenza, como una ola de calor, la vergüenza de un hombre que escucha con indiferencia: Su hijo tiene una deficiencia. Nunca será como los demás. El sentimiento, ¡la ausencia de cualquier sentimiento! Debe tratarse de una equivocación. Ese niño no es mío, se han confundido. Es un error, ese niño, no lo quiero.

¡Buenas noticias! Kyōko salió a mi encuentro.

Lo mejor del trabajo...

... es llegar a casa. Me cogió del brazo y me arrastró por el pasillo hasta el dormitorio. Nuestra casa estaba igual que después de que la hubiéramos comprado. Ella la había amueblado, atravesando las estancias y tomando medidas: El sofá lo pondremos aquí y las ventanas irán allí. Las bolas de nieve y las cajitas de música sobre la cómoda. La bailarina en la mesa auxiliar. En esa pared irá la mujer desnuda con las piernas en la arena, en aquella otra colgaremos el marinero de ojos sombríos. Nuestro hogar. Todos nuestros muebles, objetos y fotos. Pero, lo más importante: los libros de Kyōko. Todos los años me decía que necesitábamos un nuevo estante.

Tienes que aconsejarme. Me sentó a su lado en el sofá. Yo me hice el tonto. Seguro que hoy la col y el pimiento estaban de oferta. Se rio. Mi mano sobre su vientre. ¡Ajá, ya lo tengo! ¡Fresas y melocotones! Su vientre, sacudido por la risa. Había en ella felicidad. Y esperanza. Algo de miedo. Y de nuevo felicidad. Shhh, shhh, dije de pronto, acabarás despertándolo. Y entonces, susurrando, dijo: Pronto seremos una familia. La palabra se deshizo entre mis labios. Una familia, repetí, y me fundí con la palabra: Una f-a-m-i-l-i-a.

Tenía una imagen del niño que, todavía sin forma, todavía sin estar allí, todavía sin nombre, crecía entre nosotros. Tenía la imagen de un ser humano que vendría a este mundo, crecería en él y, de algún modo, lo convertiría en un mundo mejor. Era una imagen típica. Típica en sus particularidades. Mi niño, nuestro niño, sin duda, hará justicia a la imagen que tengo de él. La satisfará, puede que incluso la supere en la medida de sus posibilidades. Irá más allá de sus límites, se alzaré por encima de esa imagen de sí mismo. De una manera u otra, se convertiría en la continuación de lo que yo y mi padre antes que yo habíamos comenzado. Llevé esta imagen dentro de mí, bajo mi pecho, durante nueve meses, los mismos que Kyōko llevó el niño en su vientre. Ni Kei-chan<sup>[•]</sup> podría arruinar mis creencias.

Estaba ya bien entrada la noche cuando, pocos días antes del alumbramiento, escuché a Kyōko andando a tientas por la casa. La encontré, el vientre redondeado, frente al armario empotrado de la habitación del niño, rodeada de toquillitas de colores y chaquetitas y calcetines diminutos.

¿No puedes dormir? Me acerqué a ella.

No. Se giró hacia mí. La luna a su espalda. Tuve un sueño. Hablaba como si todavía estuviera soñando. He soñado con Kei-chan.

¿Quién es Kei-chan?

La niña de la mancha de vino de oporto. Se decía que la mitad de su rostro estaba cubierto, desde la frente hasta la nuca, de una mancha roja, roja como el vino de oporto. Se rumoreaba en secreto. Sus padres, al tanto de las habladurías, la mantenían oculta durante el día. Solo cuando, al llegar la noche, salían con ella al exterior, su padre la llevaba sobre los hombros y le mostraba las calles en las que nosotros jugábamos. Su madre le cantaba mientras corría a su lado. Todo esto se contaba en voz baja. Paseaban los tres juntos por la noche y evitaban la luz de las farolas. Y si alguien se cruzaba con ellos, se ocultaban rápidamente tras un arbusto, disimulaban su presencia poniéndose junto a una pared o pasaban a toda prisa agachando la cabeza. Cuando todavía vivíamos en el vecindario, yo tenía siete años, tal vez ocho, pasaba con frecuencia por delante de su casa. Las ventanas tapadas, a veces, las cortinas moviéndose. Imaginé que Kei-chan me hacía señas. Qué sola se tiene que sentir, me repetía. Hubiera querido tener el valor de devolverle el gesto. Es curioso. Soñar con ella ahora, después de todos estos años. Hacía mucho tiempo que no pensaba en Kei-chan. En el sueño era ella la que me decía: Qué sola debes sentirte. Yo le contestaba: Sí, mucho. Sin ti me siento muy sola.

Solo ha sido un sueño. Estuviste soñando. Me arrodillé junto a Kyōko en el frío suelo y doblé una de las chaquetitas, no mucho mayor que la palma de mi mano.

¿No es cierto? Kyōko se desveló por completo de pronto. Nosotros también queremos a nuestro niño si...

... ¡qué tontería! No la dejé terminar de hablar.

Y cuando estuvimos tumbados en la cama: Es un varón. El médico me lo dijo, es un varón.

Yo, ya medio dormido: Se llamará Tsuyoshi.

El nacimiento, yo no estuve allí, debió de transcurrir sin complicaciones. Compré flores de camino al hospital. Su delicado aroma se mezclaba en mi nariz con el olor ligeramente agrio que conocía de la casa del profesor. Pensé en él mientras subía las escaleras, silbando una melodía, mientras empujaba las puertas. Pensé en él mientras avanzaba por el pasillo frente a las habitaciones y las camas, frente a las numerosas placas con nombres, y también cuando leí por fin Ōhara Kyōko. Ya en la entrada sentí que mi vida a partir de ahora tomaría un nuevo rumbo. Era un sentimiento victorioso. Al cerrar la puerta todo terminó. No lo quieren traer a mi lado. Fue la primera frase de Kyōko a mi llegada. No sé por qué. Pero no me lo quieren traer. Algo va mal. No sé por qué. Su mano rodeaba la mía. Tetsu, por favor. Quiero que me lo traigan. Y si no tuviera ojos ni boca. Me da igual. Tengo que verle. Las flores, en cierto modo marchitas, muertas, algo se endureció en mi interior. Me libré de la mano de Kyōko, su mano volvió a caer sobre la cama. ¿De qué hablas? Está todo bien. Tengo una imagen. ¿Me oyes? Tengo miles de imágenes. Grité: ¡Miles! Estamos jugando juntos al béisbol, Tsuyoshi y yo, él es el bateador, yo el receptor. Tú le coses un uniforme, negro y naranja, como el de los Gigantes. Le interesa la historia. No. La geografía. Le compro un globo terráqueo, y ambos damos una vuelta con nuestros dedos alrededor del mundo. Nos pegamos. Para divertirnos, por supuesto. Nos pegamos como en las películas que vemos por la noche juntos, mientras duermes. Él es más fuerte que yo. Tiene un puño poderoso. Me golpea con él en el estómago y pienso: se convertirá en un hombre fuerte. Estudia Medicina. No. Tecnología. No. Económicas. Es el mejor de su promoción, y estoy orgulloso de él. No lo digo, pero estoy orgulloso. Lo niego. Estoy tan orgulloso que lo niego. Mi orgullo es tan grande que hago como si no existiera: él no es únicamente el mejor de su promoción, sino el mejor hijo y, en definitiva, el mejor hombre con el que nunca en mi vida me haya cruzado.

El doctor.

Mentón afeitado.

Unos pequeños ojos tras unas gruesas lentes.

No hay ninguna duda. Lo hemos comprobado. Su hijo es disminuido. Además, tiene una lesión cardíaca. No, no puede corregirse. No es algo que pueda corregirse. Es necesario que lo comprendan. Algo así es definitivo. Se quedará así. No puede solucionarse con una operación. ¿Me comprende? ¿Ōhara-san? Es importante que lo comprenda. Su hijo no será nunca como los demás.

Yo no comprendía una palabra de lo que decía. Cuando me preguntó si estaba preparado para verlo, negué con la cabeza y salí fuera, sin despedirme. Creo que tenía miedo de que pudiera parecerse a mí.

Una semana más tarde vinieron a casa. Ellos dos, Kyōko y Tsuyoshi. Yo no me consideraba parte de ellos. La palabra «familia», con la que una vez me había fundido, se había solidificado formando un espeso grumo en mi boca. La mascaba, se me atragantaba. Su sabor me daba náuseas. Estaba allí de pie, en el pasillo, tapándome la boca con la mano, sin lograr reponerme para llegar hasta la habitación donde ellos estaban.

Tsuyoshi no lloraba. Bajo mi pecho se había gestado la imagen de un bebé llorando. La imagen de una madre que lo acunaba entre sus brazos para calmarlo. La imagen de mí mismo que los miraba a los dos con una sonrisa apacible. Está bien, habría dicho, está bien, y hubiera querido dar unas palmaditas en la espalda del niño y en el brazo de ella. Ahora, sin embargo, me mantenía al margen. El silencio me lo permitía. En aquellos días nuestra casa era silenciosa. Todos los ruidos parecían quedar amortiguados, ahogados en el silencio. Aquello era difícil de soportar. Anhelaba un ruido ensordecedor. Anhelaba un portazo, una pared de cristal que se rompiera en pedazos, algún ruido que se pareciera a lo que me había imaginado que sería el llanto de un bebé. La inquietud me arrastraba hacia fuera. Me levantaba antes de lo que era necesario, me iba de casa antes de lo necesario, me sentaba antes de lo necesario a la mesa de la oficina. La silla giratoria rechinaba, la máquina de escribir cliqueaba. Hacía el doble de horas extra. Casi hasta el *karōshi*<sup>[•]</sup>. Después me iba a beber a un karaoke, balbucía canciones tristes y hermosas, con el micrófono pegado a la boca. Salía dando tumbos. Paseaba por las zonas más ruidosas de la ciudad. Pensando en un ser humano que, esto no debía cambiar, nunca había nacido.

¡Y sin embargo Kyōko!

Ella florecía. Yo observaba cómo, a medida que pasaban los días, estaba más y más hermosa. Con ese brillo en los ojos de las madres cuando se inclinan sobre la cama de sus hijos, entregándose por completo en cada movimiento, aun cuando eran tan mínimos que prácticamente pasaban inadvertidos. Mira, ya agarra, decía entonces. Mira cómo se ríe. Mira, tiene tus ojos. ¿No te parece? Los ojos de papá, le decía. Y como yo no contestaba, añadía: Tienes los ojos de papá. Yo, desde el pasillo, sentía envidia. Envidiaba su capacidad para considerar a ese niño, a ese silencioso niño, contra toda razón, contra todo entendimiento humano cabal, como nuestro. Por aceptarlo como era y por no decir ni una palabra, por no mencionar su deficiencia. Y más aún: por no reconocer en él ninguna deficiencia. Y, sin embargo, tenía que darse cuenta de que era un error. Sin duda lo hace, pensaba yo, solo está disimulando. Sí, sin duda, se está engañando. A los compañeros de trabajo les dije que nuestro hijo había llegado al mundo sano como un roble. Diez dedos en las manos y en los pies. Me felicitaron y rompieron en aplausos. Recuerdo el ruido de aquellos aplausos que no terminaban nunca. Y recuerdo también que durante aproximadamente treinta segundos sentí algo parecido a la felicidad.

Nuestros padres vinieron de visita. Los de Kyōko. Los míos. Un vistazo de culpabilidad y compromiso a la habitación del niño. Después conversamos con té y galletas acerca de la subida de los precios, del tifón en el sur y del *affaire* de un actor con una cantante. Se trataba de una conversación forzada, que se interrumpía constantemente. Tan solo la avivaba el esfuerzo de no desviar el tema hacia Tsuyoshi. Yo salí al jardín a fumar un cigarro. Un bochorno sofocante, pronto caería una tormenta. Mi madre me había seguido. La escuché a mi espalda sonándose con un pañuelo. Pobre hijo, dijo. Se refería a mí. No sabe uno cómo pasan esas cosas. Los Matsumoto. Tal vez. Okada-san nos ocultó algo. Teníamos que haber investigado más a fondo. Lo que es seguro es que no se debe a nosotros. Murmuró una maldición. Permití sus comentarios. Encontraba consuelo en sus murmuraciones: Es Kyōko. Sin duda es ella. Era tan informal desde el comienzo. Todo esto se podía haber previsto viendo su informalidad. Basta ya. Lo dije en voz baja, sin levantar la voz: Ya basta.

¿Lo coges? Kyōko lo apretaba contra mi brazo. Tengo que ir a ver el agua. Ella ya estaba en la cocina. Me quedé a solas con Tsuyoshi, por primera y última vez. Su peso me sorprendió. Tanto como el calor de su cuerpo. Lo había imaginado ligero y frío, como algo que no puede atraparse: una brisa. Algo que pasa un momento, y un instante después desaparece de nuevo. Me miraba fijamente, sus puños estirados hacia arriba. Sujeté su cabeza. Tenía el pelo sedoso. La naricilla chata. La boca abierta. Tú. Lloras. Un poco. ¿No puedes llorar por mí al menos una vez? Los bebés hacen eso. Lloran durante todo el día. Sus llantos son como para volverse loco. Pero tú. ¿Por qué tú no lloras? Le pellizqué en las mejillas. Primero con fuerza, después con más fuerza, con tanta que me dolían los dedos. Su llanto fue un estertor, lo dejé espantado. Los niños no hacen ese sonido, solo un anciano resopla de ese modo. Me marché rápidamente. Necesito aire. Cuando volvió Kyōko, yo ya estaba fuera, bajo el arce. Me encendí un cigarro. Hoy pienso: Si me hubiese quedado sentado un momento más, y hubiese esperado su sonrisa, habría descubierto que su discapacidad era insignificante comparada con la mía. Que lo que se había endurecido en mi interior me impedía, en lo más íntimo y profundo, sentir la ternura de sus mejillas. De nosotros dos, era yo quien padecía la lesión cardíaca más grave.

Kyōko no me hizo ningún reproche. Supo de mi sentimiento acallado y tuvo miedo en aquel mismo instante de que pudiera confesarlo. Todos aquellos que habían venido a darnos la enhorabuena. Ella los llamaba, bromeando, dolorosamente, las visitas del pésame. Venían para expresar su compasión. Qué pena que no esté sano. Y qué mala pata también que no se haya podido ocultar. Kyōko tenía miedo, sin duda, a escuchar de mis labios el mismo lamento desvalido. Como si hubiera muerto. Un suspiro de indignación. En lugar de sentir indignación por mí, se indignaba por el comportamiento de la gente.

En una ocasión, fue idea de Kyōko, asistimos como invitados a la casa del Sol. Era una casa en la que padres como nosotros con hijos como Tsuyoshi se juntaban para intercambiar experiencias. Pertenecer al grupo. De pronto aquel pensamiento se transformó en algo angustioso. Formar parte de un grupo. Preparé una sonrisa, me la puse, y la llevé como un cartel en que podía leerse: Por favor, no molestar. Me escudé detrás de él. En la ronda de presentaciones dije sonriendo: Me alegro de poder estar aquí. Conté cinco niños. Nueve padres y madres. Faltaba uno. Yo. A pesar de ello, me dieron la bienvenida: El placer, sin duda, es nuestro.

Tsuyoshi era el más joven. Tenía nueve meses. Los otros niños tenían tres, seis y diez años. El mayor tenía dieciséis. Me resultó extraño. El chico de dieciséis, creo que se llamaba Yōji, se entretenía pintando un dibujo. Permanecía sentado, pero no dejaba de dar brincos a todos lados, excitado, con una cera en la mano, nos miraba bizqueando con disimulo, se inclinaba de nuevo sobre la hoja de papel. Mientras tanto, junto a él, la pequeña Miki de diez años explicaba con entusiasmo que cuando fuera mayor quería construir casas. Su padre le sujetaba por los hombros orgulloso: Así que arquitecta. Mi hija será arquitecta. Pero qué insensato, pensé. Mi sonrisa todavía estaba allí. El bebé de tres años gateaba entre mis piernas. ¡Ta-chan, ven aquí! La madre intentaba llamar su atención con un patito de goma. Hablaban entre ellos, alguien tropezó con un juguete tirado en el suelo. Una muñeca, con los miembros retorcidos, sobre un osito de peluche sin ojos. El niño de seis años, Akiko, la golpeó con violencia.

Ojisan<sup>[•]</sup>.

Di un respingo. Una mano roja, roja como el fuego, me empujó suavemente.

Era Yōji. Le costaba hablar. Cada palabra salía con esfuerzo por su boca como si la acabara de aprender y la pronunciara por primera vez: He pintado un dibujo. Está aquí. Mire. Es usted. Me puso la hoja de papel debajo de la nariz.

En ella vi dibujado un rostro. Anguloso. La boca era una línea. Sus extremos se extendían hacia abajo. Los ojos eran dos agujeros de los que salían sendos rayos. Con cuernos en lugar de orejas. Era el rostro de un demonio. El padre de Yōji se disculpó: No ha salido muy favorecido. Sé que puedes hacerlo mejor, le dijo. Tiene cierto parecido, dijo Ojisan riendo. Yōji suspiró y volvió de nuevo a su silla.

También él suspiró. Y pensar que aquel niño pudo ver mi alma. Y no solo él. Se secó el sudor de la frente con la manga. Este calor. La hierba se seca. De todas las estaciones el verano es la que menos me gusta. Una débil tos. Estábamos en el parque. Me di cuenta de que esta vez no había dejado su portafolios entre nosotros como de costumbre. Me di cuenta de ello, y no me importó. Nuestro banco era un banco dispuesto para la espera. Ambos esperábamos juntos algo que nunca pasaría.

¡Tsuyoshi!

Un grito.

De nuevo algo resonaba entre las paredes de nuestra silenciosa casa.

Entré corriendo en la habitación del niño. Allí está Kyōko. Gritando. Sobre su cama. Sosteniéndolo entre sus brazos. Su cabeza caía pesada hacia un lado. No respira. Está frío. Ven, rápido. Date prisa. Al hospital. Un olor ligeramente agrio. Pienso en el profesor. El motor en marcha. El coche, un grito en movimiento. En el espejo retrovisor veo a Kyōko con el rostro descompuesto por el llanto. Tsuyoshi está más abajo, sobre su regazo. A él no puedo verle. Tetsu, por favor, conduce más deprisa. Por el amor de Dios. Conduce tan rápido como puedas. Aquel momento en el que, de pronto, dejó de gritar y, en lugar de ello, susurró: No respira. Está muerto. La luz azul del semáforo sobre el rostro de Kyōko. No corras. Ve más despacio. Conduce más despacio. Quiero tenerlo junto a mí todo el tiempo que pueda. Retiro el pie del acelerador. Freno. De nuevo, lo admito, me recorre esa vergüenza, como una ola de calor. ¿Quién ha muerto? No lo conozco. Alguien toca el claxon detrás de nosotros. Se escucha un insulto. Un sentimiento, la ausencia de sentimientos: no se dirige a mí. No va conmigo cuando nos dicen: Lo sentimos, no se puede hacer nada.

No tiene ningún sentido, lo sé. Pero quisiera, sinceramente me gustaría, poder decir que aquel mismo día tomé conciencia de la pérdida que había sufrido. Que tomé conciencia de la pérdida de mi hijo. Que reconocí la pérdida que implicaba no haberle llamado ni una sola vez por su nombre. Aquel nombre que yo le había puesto. Tsuyoshi. El fuerte. Era así como me lo había imaginado. Fuerte como un puño que me golpeaba en el estómago, como sucedía en aquellas películas que nunca vi con él. Pero la conciencia de a quién y qué había perdido al perderle a él llegó mucho después, años más tarde. Y cuando llegó fue una pérdida por partida doble. La rotura de una cicatriz. Se la sujeta y se comprende que no tiene arreglo. Que no es algo que tenga solución.

Regresamos los dos solos a casa. Tirado en el suelo del pasillo había un sonajero. Kyōko se agachó y lo recogió. Yo dije, dije en voz alta: Tal vez era mejor así. Kyōko se giró rápidamente hacia mí. Sus pupilas dilatadas: ¿Para quién hubiera sido mejor? ¿Para ti, tal vez? Con esta pregunta me dejó allí plantado, entró en la habitación del niño, cerró con pestillo la puerta tras de sí. Yo agudicé el oído en busca de una señal, no escuché nada más que el tictac de mi reloj de pulsera. Después de una hora desistí, me senté frente al televisor y subí el volumen.

Años más tarde.

Kyōko se había hecho un ovillo en el sofá, como si fuera un gato, y hablaba con la cabeza hundida en un cojín. Siempre lo mismo: ¿Sabes? Aquella tarde de agosto. Cuando dijiste: Tal vez sea mejor así. En mi vida he sentido un odio como el que sentí contra ti en aquel momento, cuando dijiste aquello. Con tu traje. Tu corbata ladeada. Las manchas oscuras en tus axilas. Me senté en la cama de Tsuyoshi y sentí un amargo odio contra ti. Durante seis meses luché por no sentirlo, por no sentirlo cuando llegabas a casa borracho, por no sentirlo cuando en medio de la borrachera te quejabas de que tu vida era un callejón sin salida. Pero me llenaba por completo. Al fin. Era el triste anhelo de superarlo y llegar al otro lado. Una muerte amigable. La deseaba. En medio de aquel odio, la muerte aparecía como una amiga que me recibiría con cariño y me abriría su corazón amablemente. Noche de paz. Quería contar ovejitas hasta que la última de ellas hubiera saltado la última valla. Y, sin embargo, ¿tú qué crees? ¿Qué crees que me lo impidió? ¡Escucha bien! Tan solo la idea de que tenía que levantarme a las seis de la mañana y prepararte el *bentō*. Absurdo. ¿No es verdad? No puede existir un absurdo mayor. La idea de que me necesitabas. A mí. Y que un día como hoy te diría: Puedo ver a través de ti y de tu impotencia. Tras toda esa impotencia veo un hombre que sufre. Esta idea fue la que me salvó. De pronto te vi coger el coche para ir al trabajo, y regresar, te vi ir de nuevo al trabajo y regresar. Y de pronto comprendí con claridad que hacías rodar una pesada roca, y que yo la hacía rodar contigo. Siempre lo mismo. Uno junto al otro, ambos subimos rodando una roca por una escarpada montaña.

Tres bolitas de arroz. Tempura. Una ensalada de algas.

Si Tsuyoshi todavía viviera ahora tendría treinta y un años. Una buena edad. Partió los palillos en dos. Una edad a la que se puede mirar tanto hacia delante como hacia atrás. ¿Quieres?

Asentí.

Aquí, toma una de las bolitas de arroz. ¿Te gusta?

Sí. Es la mejor bolita de arroz que he comido nunca.

Él se rio, se secó riendo los ojos con el reverso de las manos. Unas lágrimas invisibles. Me gustaría poder sentarme con él y comernos el *bentō* de Kyōko. Tal como lo hago contigo, a eso me refiero. ¿No te parece? Señaló con los palillos aquí y allá. Todos los que están en este parque son de un tipo determinado. El hombre de allí, cogido del brazo de la mujer. Este es Hashimoto. La anciana con bastón que cojea detrás de ellos: su mujer. El que está allí enfrente con un libro, con el lápiz en la boca, es Kumamoto. A la sombra del árbol, con la falda remangada por encima de la rodilla: Yukiko. Aquel que está sentado en la fuente dando de comer a las palomas. Ese podría ser el viejo profesor. Todos los que están aquí. Bajo este cielo. Solo es necesario buscar con la mirada.

Si eso fuera cierto, me hubiera gustado decir, quisiera ser su hijo. Pero no lo dije. En lugar de eso le pedí un favor. Hay algo, comencé a decir.

¿De qué se trata?

Hay algo que usted podría hacer por mí.

Di lo que sea.

Por favor, dígame a su mujer la verdad, sin falta, esta noche. Dígame que perdió su trabajo. Se lo debe. Después de todo lo que han pasado, después de todo lo que no pasó.

Te lo prometo, lo haré. Y tú, tú tienes que prometerme algo también. Que esta noche, sin falta, te cortarás el pelo. Durante todo este tiempo me lo he callado, pero tienes un aspecto espantoso con esas greñas.

Nos reímos juntos: Bien, trato hecho.

El lunes no nos vamos a reconocer el uno al otro.

¿Usted vendrá?

Claro, por supuesto.

¿Y después?

Después, vuelta a empezar.

Aquella tarde fui yo quien se quedó dormido. Me quedé dormido y soñé que estaba en mi habitación. Un sudor frío en las manos. Yacía estirado sobre mi cama, un cadáver. Intentaba moverme con todas mis fuerzas. Y entonces escuché la voz de mi padre: No hay nada que hacer. El muchacho está muerto. Yo quería gritar: ¡No, estoy vivo! Pero no tenía boca. Sobre mí había un espejo. En él vi que no tenía ni boca ni ojos. A través de los ojos que no tenía, vi que mi rostro era una pared blanca. La voz de mi madre. Siento lástima por él. Nunca encontró su rostro. En ese momento se abrieron las cortinas. A través de la ventana entraba una luz deslumbrante. Caía sobre la pared blanca en la que me había convertido. Y, de pronto, en el espejo, la vi desintegrarse, y con ella se desmoronaban las cuatro paredes de mi habitación. Un amplio espacio a mi alrededor. Alguien me tocó. Corrí hacia él. Durante la carrera recuperé la boca y los ojos. Me ardían las mejillas. Noté que estaba llorando. Mis lágrimas eran hilos rojos que caían desde mis ojos. Nunca aprendí a llorarle, grité, mi querido niño.

Al despertar él ya no estaba. Junto a mí, en el respaldo, colgaba su corbata. Me la puse y sentí su material, cálida seda. Vuelta a empezar, eso dijo. Aquellas palabras me habían cansado. Me arrastré a través del parque y salí fuera, pasé el cruce, pasé junto a la tienda de los Fujimoto, en dirección a casa. Mis padres esperaban preocupados en el umbral. Aquí estás. Gracias a Dios. Estábamos a punto de. Pero yo me sentía demasiado cansado para devolverles algo más que un apático *tadaima*<sup>[•]</sup>. Mis padres, a un tiempo: *Okaerinasai*<sup>[•]</sup>.

Esa misma noche. Teníamos un acuerdo, y lo cumplí. Con las tijeras en la mano derecha, me corté el pelo, mechón a mechón, hasta que la cabeza se volvió ligera y fría. Una vez estuvo cortado, los cabellos esparcidos por el suelo ya no me pertenecían. Lo mismo, pensé, le pasará a él. Una vez que lo diga en voz alta, el lastre de la verdad se desprenderá de él, y después ya no recordará por qué lo había aplazado tanto. Se mirará al espejo, como yo, y se verá a sí mismo como un ser al mismo tiempo extraño y familiar. Él pensará en mí y dirá: Confesar la verdad es como cortarse el pelo.

Pero aún prevalecía lo conocido. La pregunta: ¿Qué vendrá a continuación? Nuestra amistad era el espacio más grande en el que yo había entrado nunca. Había empapelado sus paredes con imágenes de todo lo que nos habíamos dicho el uno al otro, y la idea de que tal vez tendría que abandonarle, de que debería dejarle atravesar una puerta ignorando hacia dónde le llevaría, exponerme a lo desconocido, esta idea me rondaba amenazante. Al mismo tiempo, esperaba que hubiera aplazado su confesión, y que apareciera el lunes y me diera a entender, sin mediar palabra, que había fallado. Era una esperanza mezquina. Intenté reprimirla. Durante todo el fin de semana intenté dejarla de lado. En la mañana del domingo solo quedaba de ella el débil deseo de tener de nuevo la ocasión de decirle que me hubiera gustado ser su hijo.

Las nueve. Aquel debía de ser él. Camisa de manga corta, un estampado hawaiano. Se acercó a mi lado, su rostro extrañamente rejuvenecido. No, me había equivocado, no era él. Pero sería aquel de allí. Los hombros inclinados hacia delante. Caminaba de lado, como si quisiera esquivar a alguien. Sí, aquí estaba. Al momento: No. Y de nuevo: Sí. Después: No, no es él. Y de nuevo, no. ¿Cómo era posible? Seguro que le había surgido algún asunto. Un retraso. Seguro. Llegaría enseguida. Aquella figura entre los arbustos. ¿Era aquello un hombre? ¿O una mujer? ¿O un niño? ¿Y si fuera él? Esperaba. Los ojos expectantes. Seguro que había sido un malentendido. Tanta gente yendo y viniendo. Antes no me habrían llamado la atención. ¿Y si le había pasado algo? Cada vez que le confundía con alguien encontraba una razón para justificar su ausencia. Primero era un dolor de cabeza, después la muerte de un pariente lejano, una gripe estival, alguien que necesitaba urgentemente su ayuda. Con la corbata entre el dedo índice y corazón, yo esperaba, sin tener ya claro a quién.

Mediodía. En el parque florecieron los *bentōs*. Se sentaban distribuidos en pequeños grupos, comían, bebían, charlaban. Pensé en Kyōko y me pregunté si también hoy se habría levantado a las seis de la mañana, como de costumbre. O si se habría quedado acostada, y, todavía en la cama, le habría pedido que se quedara con ella. Si sabría de mi existencia. Y si, de haberle sucedido algo a él, se habría acercado hasta aquí para darme la noticia. La mujer de allí enfrente podría ser ella. Me dio la impresión de que estaba buscando a alguien, pero al instante descubrí que ya había encontrado a quien buscaba y caminaban agarrados del brazo. De pronto me sentí avergonzado por haberme dado tanta importancia. Me subí el cuello del abrigo. ¿Quién era yo para creer que ella podía sentir algún tipo de compromiso conmigo? La seguí con la mirada, hasta verla desaparecer entre los árboles. El *salaryman* que iba a su lado había situado su mano, muy suavemente, sobre su nuca.

Allí estaba de nuevo. Aquel sentimiento. Sentir que no eres nadie y, aún menos que nadie, que no eres nada. Un sentimiento de impotencia. Me apresaba con sus cadenas y me decía: ¡Ahora, corre! Yo lo intentaba, me inclinaba a un lado y a otro, pero no lograba avanzar más de un milímetro. Temblaba por el esfuerzo que me había costado llegar tan lejos. Ese temblor, un continuo escozor en la piel que se desprendía desde dentro de mí, había sido el que tras la muerte de Yukiko me había recordado que, a pesar de todos mis esfuerzos por ser normal, a pesar de todas las batallas libradas por esa causa, y, precisamente por ello, en algún sentido, era diferente.

Lo tapaba lo mejor que podía. Nadie debía notar que lo ocultaba. Y si en alguna ocasión no había modo de hacerlo, entonces era yo el que se reía de ello con más fuerza, lo señalaba y decía: ¡Qué extraño! La mayoría de las veces escondía las manos en mis bolsillos. Cada vez que me llamaban por mi nombre me echaba a temblar. ¿Habían vuelto a pillarme? ¿Lo habían descubierto? Yo, que actuaba como si nada hubiera sucedido, ponía el mayor celo en no ser visto. ¿Y quién es más invisible que aquel que se adapta? Con las manos en los bolsillos del pantalón aparentaba ser alguien, alguien cuyo rostro no esconde secretos. Esta era la presión a la que me refería. Ni los exámenes, ni las notas. La presión consistía en tener que disimular mi ausencia de rostro. La lucha por ser digno de crédito. El primer espacio al que me retiré no fue la habitación en casa de mis padres sino, mucho antes de aquello, mi frente despejada. Cuando salía el tema de Yukiko (los profesores mencionaban su historia de vez en cuando para advertirnos del peligro), yo hundía mis manos todavía más, me iba silbando indiferente al lavabo y allí me encerraba, esperando durante varios minutos hasta que el temblor había cedido un poco. Taguchi, golpeaban la puerta, ¿qué haces ahí dentro? Yo: Ya lo sabes. Ah bueno, una risita maliciosa. Tío, sí que necesitas tiempo. Yo salía entonces, con una sonrisa irónica y evasiva.

En casa, cuando me sentaba con mis padres a la mesa, evitaba que su atención recayera sobre la cuchara y el tenedor temblorosos. Con toda seguridad nada sospechaban de las tácticas que había desarrollado para contener el temblor bajo la piel y mantenerlo oculto hasta que, de nuevo a solas, dejaba que saliera otra vez a la superficie, con alivio. Cada vez comía en mi habitación más a menudo. Ni mi padre ni mi madre preguntaban por qué lo hacía. Ya se sabe cómo son estas cosas, decían, está en una edad difícil. Si me hubieran preguntado no hubiera podido ofrecer mejor respuesta. Su actitud comprensiva con los conflictos de mi edad era la mejor disculpa que yo mismo hubiera podido darles: Por favor, perdonadme, pero no tengo ganas de sentarme con vosotros. Por favor, perdonadme, pero no me da la gana de explicaros por qué. Una mirada temblorosa. Si de alguien tenía necesidad de ocultarme, era de mí mismo.

Pero yo me veía.

Estaba allí al lado y me miraba.

Como en una película.

Me veía intentar lo imposible, engañarme a mí mismo. Era normal, me decía, haber mirado hacia otro lado. Lo más normal del mundo, haber ignorado la llamada ahogada de Yukiko, ¡ayúdame, por favor! Normal, continuar mi camino cuando su mirada se fijó en la mía y, mirándome fijamente, lo entendió de pronto: no va a ayudarme. No puedo esperar ninguna ayuda por su parte. La decepción cuando dejó de mirarme mientras yo continuaba caminando y, dos esquinas más adelante, me detenía sin aliento. Percibí entonces una suave palmada, como si algo muy fino hubiera sido aplastado, desgarrado, triturado, por algo muy basto. ¿Y quién no lo habría hecho? Alejarse corriendo de allí a toda prisa. ¿Quién no hubiera hecho lo mismo? De este modo me convencía a mí mismo, y observaba cómo me creía, cómo quería creerme a toda costa, y cómo esta creencia me proporcionaba serenidad, una tranquilidad simulada. Olvida a Yukiko. Ya la olvidaste una vez. Observaba esa impresión aparente de haberla olvidado. Ella era el punto negro en una superficie blanca. Si se la ignora durante el tiempo suficiente, deja de existir. La realidad es un comodín, una mera variable para una cantidad susceptible de tomar diversos valores. Se la enmienda. Esto no es un crimen. Tan solo se convierte en un crimen cuando la realidad enmendada se considera más real que la propia realidad, y se la defiende en contra de nuestras propias convicciones.

Si al menos hubiera llorado una vez. Me miraba actuar, con los ojos secos. Tensar la mandíbula. Tragar. Romper algo. Rápido. El espejo. Hacerlo añicos. Y de nuevo, golpear con el puño. Un dolor benéfico que encubre el verdadero dolor. Aquel que no está aquí. El que uno se obliga a no sentir. Recoger los pedazos y tirarlos. Saberlo, estar convencido de que en los ojos secos también hay lágrimas. Y, a pesar de ello, no llorar. Tensar la mandíbula. Tragar.

Había otros como yo. Resultaba fácil reconocerlos. Difícil reconocerme de nuevo en ellos. Los conocía por su modo de caminar como si estuvieran huyendo. Por las manchas rojas en el cuello cuando alguien se dirigía a ellos. Una jovialidad exagerada. Un alarde crispado de una normalidad de la que, precisamente por ello, se diferencian. Los encontraba repugnantes. A todos. En su transparencia vislumbraba que eran diletantes que me amenazaban a mí y a mi lucha por la credibilidad. Un error por su parte y sería aún más difícil proteger mi falso rostro. Aquello que nos unía unos a otros era, al mismo tiempo, aquello que nos separaba. Cada uno de nosotros en su propio caparazón. A la más mínima sacudida escondíamos en ella nuestras cabezas.

Cuando cumplí diecisiete años mi padre me propuso que hiciéramos juntos un viaje al mar. Hoy nos iremos al mar, dijo. Solos tú y yo, padre e hijo. Esa era su manera de proponer las cosas. En el coche escuchamos viejos *enkas*<sup>[•]</sup>. Sake y mujeres, decía uno, no hay nada más bello que estas dos cosas. Mi padre cantaba al unísono mientras yo miraba en silencio por la ventana. Para mí era como si no nos moviéramos del sitio. Eran las casas, los campos de arroz y las nubes los que se movían, no nosotros. La luna pálida. Debajo, una línea azul. Se acercaba. El mar.

Mi padre, la camisa hinchada como una vela, determinaba la dirección. Yo caminaba pesadamente detrás de él a través de la arena. El rugir de las olas. Una gaviota luchaba contra el viento. Dos rocas. Haremos una pausa aquí. Hace tiempo que no nos sentamos juntos los dos. Es la primera vez, repuse yo. Un carraspeo incómodo. Sea como fuere. Es agradable estar tan juntos. Deberíamos hacerlo más a menudo. Tan juntos. Se quitó los zapatos, los calcetines, escondió los pies en la arena. Lo hacemos con demasiada poca frecuencia. Se rio. Le reconocí por su delicada voz. Hubiera querido tirarle de la manga. Decirle: No tienes que hacerlo. No es necesario que te escondas de mí. Tu tristeza. No tienes por qué espantarla riendo. De nuevo carraspeó, enterró un poco más los dedos de los pies. ¿Sabes?, convertirse en adulto no es tan malo. Quiero decir. Tú tienes una meta, una meta definida, y das lo mejor de ti para conseguirla. No la pierdes de vista, y vas paso a paso hacia ella. Puede que tropieces, pero de nuevo te incorporas y sigues caminando. Al final la alcanzarás a pesar de todo. La meta. Mirarás hacia atrás y verás lo lejos que has llegado. Las huellas de tus pies sobre la arena. Y serás dichoso. Todas las desesperaciones del camino se disolverán. ¿Lo entiendes? ¿Sí? Asentí. Entonces, ¿alguna vez te sentiste desesperado? La pregunta se me escapó sin querer. ¿Cómo? ¿Yo? Se detuvo, los pies hundidos hasta los tobillos. No, ¿cómo se te ocurre? Solo hablo en general. Lo que quiero decir es que no debes dejarte vencer. Una ligera palmadita en el hombro. Estando así, uno junto al otro, da gusto hablar. Mi padre se sacudió la arena de los pies, se puso los calcetines, después los zapatos. Continuamos caminando. Conchas partidas, piedras saltando sobre el agua. Una barca en el horizonte. Es tiempo de regresar, volvamos a casa.

Resulta extraño pero, al descubrir que también mi padre tenía algo que esconder, al descubrir que también él, tembloroso, había obligado a aquello a permanecer bajo la piel, me sentí consolado. Al menos durante una temporada. Era tal como él me había dicho: hay que tener una meta. Hay que dar lo mejor de uno mismo. Hay que alcanzarla. Ser feliz en algún momento. Para eso solo es necesario un pequeño salto. Al otro lado, en el lado seguro, en el otro lado, con aquellos que no piensan demasiado. Con los que no evitan únicamente pensar en el dolor de haber traicionado a otro, sino en cómo, al mismo tiempo, se traicionaron a sí mismos. Yo quería llegar allí, tomaba impulso, todavía estaba en camino. Hubiera saltado si Kumamoto, un corredor de relevos, no me hubiera entregado en el último momento el testigo de la autenticidad. Confiesa. ¿Fue aquello lo que gritó? Confiesa por fin que tú padeces la misma enfermedad. Mi afirmación fue la puerta que se cerró tras de mí. La desesperación de mi padre llegó demasiado tarde. Cuando entró hecho una fiera en la habitación y levantó la mano, hacía tiempo que yo ya había perdido la capacidad de ofenderme. Él también lo vio, estoy seguro. En realidad era él quien había retrocedido ante mí. Erró el golpe a propósito.

El pálido cielo de la noche.

El parque comenzó a vaciarse. Se encendieron las luces alrededor. Un minuto más. Tal vez llegue ahora. Justo cuando me levante. ¡Happy! ¡Estate quieto! Una correa tensa. Un hocico de perro caliente en mi cuello. ¡Happy! ¡Deja eso! ¡Happy! ¡Ven aquí! ¡Happy! ¡Sé bueno! El *shiba*<sup>[•]</sup> hacía caso omiso. Saltaba una y otra vez sobre mí y me lamía la cara. Su lengua áspera. Lloriqueaba. Lo aparté a un lado y me puse de pie. ¡Happy! ¡Fuera! Le escuché ladrar todavía mucho después de haber dejado atrás nuestro banco.

Así transcurrió una semana. A las nueve yo ya estaba allí. Lo veía aparecer y me desengañaba: no era él. Lo confundía con un estudiante, con una *career woman*<sup>[•]</sup> fumando, con una sombra danzante. Imaginaba un dolor de estómago, la llegada inesperada de un viejo amigo, la ocurrencia espontánea de hacer una escapada a la montaña. Cuando se me acabaron las razones, llegó la temporada de lluvias.

#### MILES TO GO.

En la esquina, mi paraguas olvidado. No me demostraba nada. Ninguna voz que me atrajera hacia sí. De hecho, comencé a poner en duda si nos habíamos encontrado alguna vez. Si no lo habría inventado a él mismo (¿era esto posible?), tal como había inventado las innumerables razones de su ausencia. Solo la corbata era una prueba segura. La tocaba y sabía que existía. Un hormigueo en el cuero cabelludo. Los cabellos crecían de nuevo. En el café, sin embargo, el tiempo se había detenido. La misma música. *To want a love that can't be true*. A veces me entran ganas de tumbarme en el suelo e inundarlo por completo con mis lágrimas. No, algo así no se inventa, algo así tiene que ser real. Me dejé caer en el asiento y pedí una Coca-Cola. Enseguida. Con los ojos cerrados me esforzaba por recordar su rostro, pero los contornos se habían difuminado. Al igual que con Yukiko y Kumamoto, solo conservaba de él una cierta expresión. Un aire de tristeza. En su caso era un cansancio triste. Cuando abrí de nuevo los ojos noté que los individuos que me rodeaban estaban también atrapados en ese cansancio, y que todos parecíamos esperar a que alguien nos librara de él. Un infierno frío en que permanecíamos impasibles. De vez en cuando se repetía una frase: Sería necesario hacer algo.

Transcurrieron seis semanas más. Incontables ausencias que le relataba a él, a pesar de que seguía sin venir, hasta que encontré una respuesta.

Su tarjeta de visita. Me la había aprendido de memoria. Con la dirección en mente tomé la determinación de ir a buscarlo a su casa, y no pensé más hasta que llegué allí y presioné el timbre. Din-dong, esperé escuchar un ruido tras la puerta cerrada. Era la primera verdadera decisión que tomaba desde aquel momento en que le saludé inclinando la cabeza. La tomé ayer por la mañana temprano. Desperté. Frente a mí la grieta en la pared. Si pudiera reunir la locura suficiente para hacer todo de otra manera. Para romper de una vez con todo. Kyōko. Sentí que también ella se había referido a mí. Me vestí rápido. Con cada movimiento mi decisión cobraba solidez. Esperaría un ruido, y entonces. No hay que pensar en lo que pasará después. Pasará. Me deslicé hasta la calle. La corbata en el bolsillo del abrigo. La palpaba al pasar cada esquina. Me arrastraba hacia delante. Entre la multitud. Comprar un billete. Todavía sé hacerlo. Pasar los torniquetes. Entrar en el metro. Su mundo, día tras día, la mano en el agarradero. Yo me mantenía en pie, un poco inclinado, con los hombros echados hacia delante, remando contra la corriente. Mientras todos se dirigían hacia el interior de la ciudad, yo salía de ella. Miraba todo lo que él tenía que haber mirado antes que yo. Los horarios de los trenes. Los carteles. Los contenedores. Llenos a rebosar. Mi mirada se desbordaba. Ya no era únicamente mía porque, en cuanto se fijaba en algo, ese algo se fijaba en ella. Tantos hombres, tan juntos. Me subí al tren. Por todas partes zapatos de padre. Repetía la dirección en mi memoria. Han pasado siete semanas. El tiempo de un luto<sup>[\*]</sup>. ¿Por qué pienso ahora en esto? Y una vez fuera del tren. Aquí está el andén en el que lo admitió, en el que se había preguntado si alguien le echaría de menos si no estuviera allí. No había nadie. Caminé más lentamente. ¿Qué podía decir cuando la puerta se abriera? ¿No era acaso mi esperanza de encontrarlo al otro lado como aquella esperanza de mis padres, muy al comienzo, cuando pensaban que saldría de la habitación y les preguntaría si todo iba bien? Subí al autobús. Comenzó a circular. Junto a mí, en el asiento, un libro olvidado. Una prueba. ¿Para quién? El conductor me gritó: Te tienes que bajar aquí. El aire caliente en el rostro. Había llegado. Una pequeña caminata todavía. Y entonces.

*Mi-mi-mi.* El llanto de las cigarras. Atrapé una y la dejé de nuevo en libertad. Caminaba por una ciudad de sueño, urbanizaciones dormidas. Camisas blancas en las cuerdas de la ropa, unas casas iguales a otras. Jardines secos en forma de pañuelos de bolsillo. Palmeras en macetas. Mujeres y bebés. Los niños estaban en el colegio, los hombres, en el trabajo. ¡Allí, al otro lado! Las raíces nudosas. El asfalto levantado alrededor. La puerta del jardín. Miré hacia arriba. Había una ventana abierta. Las cortinas ondeaban. Llamé al timbre. Enseguida se abriría la puerta. Las flores de Yukiko. El guante. Volví a llamar. Desde la casa de al lado llegaba el sonido apagado de un piano interrumpido por el entrecuchar de los cacharros de cocina. Faltaba poco para el mediodía. Me senté en el bordillo. Lo experimenté: De modo que era así. Cuando la puerta está cerrada. De modo que es así. Cuando se está fuera y se espera en vano escuchar un sonido humano al otro lado. El sol picaba. Guiñé los ojos.

¿Hola? Una voz aguda de mujer. Llegaba subiendo la calle. Todavía con los ojos entornados intenté distinguir su rostro. Se acercaba a mí. Me levanté de un salto. ¿Ōhara-san?

Sí, soy yo. Y tú eres... ¿Taguchi Hiro? ¿Un amigo de mi marido? Por favor, disculpa. Él nunca.

Saqué la corbata del bolsillo.

¿O tal vez sí? Empujó la puerta del jardín, me invitó a que pasara. Había cogido la corbata y la sostenía en la mano con gesto de avidez. Los escalones de dos en dos. Al quitarme los zapatos en la entrada vi también los suyos, alineados meticulosamente. Junto a ellos, el portafolios. Del perchero colgaba su chaqueta. Olía a incienso, un olor deliciosamente amargo.

Seguí a Kyōko por el pasillo hasta el dormitorio. No había sonajeros en el suelo. Reinaba el silencio. Mientras ella ponía a calentar el agua para el té en la cocina, me senté en el sofá, con un cojín en la espalda, y miré a mi alrededor. El hogar. Frente a mí, el televisor. A su izquierda la cómoda. Sobre ella las bolas de nieve y las cajas de música. La bailarina giraba sobre sí misma en la mesa supletoria. En las paredes colgaban la mujer desnuda, con su cuerpo hecho un ovillo, y el marinero, bajo sus ojos una muchacha, el humo ascendente. Flores artificiales de color rosa. Un cisne con el cuello arqueado. Figuritas de cristal. Un cenicero lleno. Yo tenía un agujero en el calcetín, encogí los dedos. Una alfombra blanda. Libros encima, apilados. Los estantes estaban llenos. Hacía falta uno nuevo.

¿Quieres Yōkan<sup>[•]</sup> con el té? Kyōko llenó dos pequeños tazones. De haber sabido que venías. Pero, sonrió, no lo sabía, claro. ¿Taguchi Hiro, me has dicho? No creo recordar que me hablara de ti. ¿O lo hizo y no me acuerdo? A menudo me pregunto desde cuándo. Su sonrisa se vino abajo. A menudo me pregunto si de verdad le conocía. Fue una muerte tan repentina. Después uno se hace todo tipo de preguntas. Y cuando me vine abajo con su sonrisa: Sí, está muerto. Un fallo cardíaco. De camino a casa. En el tren. Un viernes. Hace siete semanas. Ayer enterré sus cenizas. De haberlo sabido, te hubiera avisado. De todos modos, te tienes que ir. Quiero decir. La corbata. La llevaba el día que murió. Puede ser. ¿Tú fuiste el último que? Ella no escondió su rostro. No lo escondió cuando comencé a contarle. Ni mientras le contaba. Ni después de que le hubiera relatado todo hasta el final. Pude ver cómo lloraba, cómo después se reía, recordaba, regresaba, palidecía, enrojecía y, finalmente, cómo estaba allí sin más. Cómo sujetaba con firmeza la corbata durante todo el tiempo, sin soltarla. Cómo la acariciaba entre sus dedos. Cómo se apropiaba de ella. Quería fundirse con ella por completo. Se fundía.

Qué es peor, preguntó Kyōko después de un rato. ¿El hecho de que me ocultara su situación o el hecho de que yo le ayudara a ocultármela? Has escuchado bien. Siendo completamente consciente de que había perdido su trabajo y de que no podía decírmelo a causa de la vergüenza, le ayudé a permanecer en esa vergüenza suya. Quería darle tiempo. Esperar con él hasta que. Lo necesitaba: alguien que esperase con él. Alguien que fuera paciente. A veces iba un paso por delante de él. Le hablaba de escapar. De acostarse. De no hacer nada. O también: de su empresa. De sus superiores. De sus compañeros de trabajo. Todo para allanarle el camino, para hacer que él mismo encontrara la luz, para hacerle comprender: no tienes que hacerlo. Esforzarte de ese modo. Pero él se alejaba. El juego, porque al comienzo no era más que un juego, se me escapaba. Es terrible. Cuando a uno se le escapa. En el último momento está en tu mano hacer algo para que todo cambie, y entonces no pasa nada. Te has convertido en parte del público. El otro está en el escenario. Es una obra para un solo actor, los focos apuntan hacia su rostro, una obra solitaria. Mientras que tú, en la última fila, en la oscuridad, incapaz de intervenir, contemplas cómo la acción continúa sin ti. Cae el telón. Desde el principio, no debí de colaborar en la obra. Aun cuando lo hiciera por amor a él, debí haber sabido que una obra de este tipo no podía terminar bien.

Al comienzo, por supuesto, yo no tenía ni idea. Él se marchaba de casa puntual a las siete y media y regresaba de nuevo por la noche. Cansado, se quedaba dormido frente al televisor. Nada fuera de lo acostumbrado. Lo tapé. Y fue al taparlo cuando le escuché susurrar mi nombre. Kyōko. De pronto despertó. Digo «de pronto», porque fue como si un muerto, ya sepultado, se alzara de golpe. Sus brazos, llenos de vida, me rodearon, me abrazó con tanta fuerza que casi me aplastaba. Su aliento susurrando en mi oído: Perdóname, por favor. Perdóname. Yo intenté coger aire. Entonces me soltó. Sus brazos volvieron a caer y se quedó dormido, aún más profundamente que antes, con la boca medio abierta. Qué tonta, qué tonta soy, pensé, y llamé al día siguiente a la empresa. Al colgar el teléfono comprendí cuál era el alcance de nuestras decisiones: él quería cumplir su promesa con la vida cotidiana, y yo quería cumplir la mía, la de permanecer a su lado por amor a nuestra vida cotidiana. En ese brevísimo instante, cuando dejé el auricular en el soporte del teléfono, tomé consciencia de la belleza, de la armónica belleza, que residía en nuestro esfuerzo por querer mantener fidelidad a las decisiones que habíamos tomado.

En cierto sentido puede decirse que trabajó duro hasta el último momento. No sé si lo entiendes. A él no le gustaba especialmente su trabajo. Lo único que le gustaba de él era la rutina, y la satisfacción que le proporcionaba seguirla. La carencia de complicaciones que conllevaba. Incluso cuando no funcionaba nada más. Y querer sostener esa carencia de dificultades, a pesar de la realidad, era el trabajo más difícil del que se hubiera ocupado nunca.

Solo ahora lo veo claro. Kyōko se colocó la corbata alrededor del cuello. Pero continuó haciendo lo mismo. ¿Ves ese cenicero de allí? ¿Lleno de colillas? No encuentro valor para tirarlas. Ese periódico de allí, abierto. Él lo leía, metido en su burbuja, pasaba las hojas una y otra vez. No soy capaz de recogerlo. El paquete de *senbei*<sup>[•]</sup> sobre la mesa auxiliar. Hace tiempo que no está crujiente. La botella de cerveza en la que bebió. Rancia. En el lavabo, en el cuarto de baño, encontré un cabello suyo encanecido. Lo conservo. Su cepillo de dientes. Con las cerdas combadas. La toalla de mano. La máquina de afeitar. Todo está en su sitio. Me entregaron las pertenencias que llevaba encima. El reloj de pulsera. Los zapatos. El portafolios. Dentro había una nota: Si se dice que solo se vive una vez, por qué se muere tantas veces. Solo faltaba la corbata. La busqué. Lo llaman luto. Y creo que el luto fue también la razón por la que él se esforzó tanto en ser un hombre operativo. Al seguir haciendo todo igual que siempre, guardaba duelo por todo lo que había perdido: nuestro hijo, su amor por él. Aquello que no se llega a hacer, aquello que se evita, con mucha frecuencia tiene consecuencias más dolorosas que aquello que se hace. Si me hubiera dado cuenta entonces. Si después de llamar a su empresa, inmediatamente, le hubiera dicho: No estoy contigo por nuestra vida cotidiana, sino por amor a ti. Y aún más. Si hoy no hubieras decidido venir aquí, si no hubieras convertido en realidad tu decisión, yo mañana volvería a buscar su corbata, y mañana seguiría pensando que no lo conocía. Te lo agradezco. Kyōko tomó mi mano y la apretó con fuerza. Te agradezco que te encontraras con él.

Antes de que te vayas. Señaló a la puerta que estaba frente a nosotros, al otro lado del pasillo. Allí dentro, en la habitación del niño, está el *butsudan*<sup>[•]</sup>. Sería hermoso que tú, hizo una pasusa para tomar aliento, te sentaras de nuevo junto a él.

Crucé el umbral.

Cerré la puerta tras de mí.

Una pequeña habitación, no mayor que la mía, de diez metros cuadrados como mucho. Sin muebles. Solo el altar. Delante, una almohadilla para sentarse. Me senté en ella. Flores frescas a ambos lados. Su caja de *bentō* envuelta en un pañuelo azul. Una foto. Tsuyoshi. Una segunda foto. Él. Encendí tres palitos de incienso, golpeé el tazón cantador, junté las manos. Cuando mis palmas se tocaron, fue como si ya no existieran paredes alrededor. Algo cedía en mi interior. Rompí a llorar. Hacía tanto tiempo que no lloraba que mi llanto me pareció como el de un niño o el de un hombre anciano. Lloré sin consuelo y sin preocuparme por ser visto. Lloré por él y por todos los que se fueron. Por Kyōko. Por mis padres. Por mí mismo. Lloré sobre todo por nosotros, por los que nos habíamos quedado.

¿Puede oírme?, dije sollozando. Usted tenía razón. Mi poema funerario hace tiempo que estaba terminado. Lo que todavía está pendiente de escribir, sin embargo, es el poema que nunca terminará. El poema que consiste en mezclar el agua y la tinta infinitamente, en mojar el pincel infinitamente, en deslizarlo infinitamente sobre el papel en blanco. El poema de mi vida. Quiero intentar ponerlo por escrito. Enseguida, no, quiero intentarlo ahora. La primera línea: Le llamé Corbata. Quiero escribir: Él me enseñó a sensibilizar la mirada.

Se dice que un maestro es inmortal. Incluso después de abandonar el cuerpo, sus enseñanzas continúan con vida en el corazón de sus alumnos. En aquello debía ir pensando mientras bajaba la calle, de vuelta a casa. De lejos observaba a la gente balancearse de un lado para otro, las cabezas sobre el pecho, cuando de pronto mi mirada penetró a un nivel más profundo, llegando aún más allá de los huesos y los órganos, todavía más adentro, hacia lo incomprensible. Aquello ya no me daba miedo, sino que me causaba un sentimiento de asombro. Era como si las lágrimas que había derramado se hubieran llevado consigo el oscuro velo que cubría mis ojos, y mi ¡ya no puedo más! se hubiera transformado en mi interior en una pregunta: ¿Qué puedo hacer?

¡Taguchi!

Escuché mi nombre.

¡Taguchi Hiro!

Entre la multitud de la estación de metro alguien me había agarrado por el hombro. Me giré.

¡Kumamoto!

¿Cómo era posible? Allí estaba, en persona, frente a mí. La mano blanca, allí estaba. La tendió hacia mí. Yo le di la mía.

*Long time no see.* Vamos, salgamos a la calle. Cojeaba. ¿Vamos al café de allí enfrente? Había una mesa libre. Qué suerte, dijo riendo, maldita sea, qué suerte. Encontrar una mesa a estas horas. A nuestro alrededor un grupito de chicas, entre risas, se ocupaban en decidir si el brillo de labios que habían comprado les iba bien con su tono de piel. También había un par de *salarymen*. Hablaban por teléfono. Un estudiante mascando chicle estiraba este con sus dedos y lo soltaba con un chasquido, lo inflaba hasta hacerlo estallar. Qué suerte, repitió Kumamoto. Cuántas veces he pensado en cómo sería encontrarte por casualidad. Me preparé frases enteras. Por si acaso. ¿Estúpido, no? Ahora no se me ocurre ninguna. Todo se ha esfumado. Aquí arriba. Se golpeó las sienes con los dedos.

Qué ha pasado, pregunté. Pensaba que estarías...

... ¿muerto? Sí, bueno, lo estaba. En lo más profundo. Al decirlo no se cubrió la boca con la mano, ni bajó la voz: Cinco semanas de sueño profundo inducido. Después desperté. Fue un despertar lento, un guiño, un ligero movimiento de la sábana, estiré los dedos. Cuando los recuerdos regresaron a mi mente como un goteo, deseé volver a dormir. Inmóvil, sin conciencia. Permanecer tumbado tranquilamente, mientras fuera transcurría la vida. Desde mi ventana divisaba las luces de la ciudad. En mi memoria también estabas tú. Cómo te acercabas. Tu confianza en mí y mi alegría. Sentía que había traicionado la confianza que habías depositado en mí, y no quería tener que responder por ello. Lo sentía como el dolor ardiente bajo mi cadera izquierda.

Kumamoto había cambiado. En sus movimientos ya no había nada febril. Tenían, por el contrario, un aire lento. Su cuerpo parecía abotargado, me hacía pensar en un cadáver que, tras permanecer debajo del agua, hubiera sido arrastrado por una fuerte tormenta hasta tierra firme. Son los medicamentos, me dijo. Estiró la pierna con la que cojeaba.

Me alegra, dije. Me alegra volver a verte.

Él asintió: También a mí.

¿Ya estás recuperado?

No sé. Después de aquel accidente, porque me insistieron en hablar de ello como de un accidente, hubo un segundo, poco tiempo después de que me dieran el alta. Gas. Nuestra casa casi estalló por los aires. Me ingresaron en una clínica. Me dieron esas pastillas. Volví a dormir, me indujeron un agradable sueño. Hay lagunas en mi memoria. Había un rayo de luz que me cosquilleaba la nariz. Una botella de agua. Una rama de cerezo floreciendo. Una enfermera. El cabello recogido en un moño. Una imagen. Se quitaría el pasador del pelo y el cabello caería en suaves rizos sobre su espalda. Un paciente que balbucía sin cesar. Le llamábamos el borracho. Aunque solo bebía, como todos los que estábamos allí, agua y té. En una ocasión hablé con él. Él me explicó, balbuciendo, que deseaba estar tumbado en una esquina de la calle, en estado de embriaguez, sin memoria, sin pasado, y escuchar los pasos de la gente pasar de largo. Este ruido lo consolaría, me decía, el ruido de los zapatos pasando de largo.

O Hiroko, la gorda. Creía que se iba a volatilizar en cualquier momento. ¿Lo ves? ¿Ves cómo desaparezco? Y sin embargo su cuerpo era tan robusto que uno no podía imaginarse que fuera a desaparecer jamás. Dónde están los dedos de mis pies, preguntaba, mis pies, mis rodillas. Se palpaba las piernas con espanto y gritaba: Estoy tocando en el vacío. Al final tuvo que ser alimentada con una sonda porque estaba convencida de que ya no tenía boca.

¿Por qué cuento esto? Pienso que la enfermedad es aferrarse a una ilusión. La soledad mientras uno se aferra a ella. Cuando digo que no sé si estoy curado quiero decir que no sé si algo así es posible. Ser totalmente libre. Pero sí. Desde hace medio año me va tan bien otra vez que, poco a poco, podría volver a encontrarle el gusto a la idea de tropezarme contigo y decirte que de verdad me alegra volver a verte. En mí hay curiosidad: ¿qué vendrá después? Por las mañanas me levanto y, mientras me lavo la cara, siento una alegría sencilla por sentir esa curiosidad. El agua está viva. Enjuaga la arena de mis ojos, me despeja. Es como si primero tuviera que ejercitarme en tener la vitalidad del agua.

Para mis padres, por supuesto, resulta desagradable. Ahora lo comprendo. Les desagrada ver cómo la ilusión que tenían depositada en mí se hace pedazos. No poder ya aferrarse a ella. Sobre todo para mi padre, es una grave pérdida. No le gusta hablar de lo que ha sucedido y, si lo hace, entonces dice que hubiera preferido que continuara escribiendo poemas en lugar de enfermar. Lo soltó así. Con los ojos húmedos. Miró a lo lejos y añadió: Hubiera sido muchísimo mejor que escribieras un largo, larguísimo poema. Escuché la disculpa que implicaban sus palabras. Porque la quiero escuchar, la escucho. Es un esfuerzo de la voluntad. Se lo debo. Eso lo hace más fácil para él. No debe perder su rostro. Eso lo hace más fácil para mí. Yo debo encontrar de nuevo el mío. De ese modo cada uno de nosotros está en su espacio, y algún día, quién sabe, tal vez podremos encontrarnos y sentarnos juntos en un espacio que nos abarque a los dos. Y entonces comprenderemos que nunca estuvimos en ninguna otra parte.

¿Que si escribo? Impensable no hacerlo. Precisamente en la noche más oscura fueron las palabras guijarros luminosos. Habían atrapado la luz de la luna y las estrellas y la arrojaban de nuevo. Una palabra brillaba con especial luminosidad. La palabra de la sencillez. Me acercaría a ella, con paso ligero, la contemplaría desde todos los frentes, la tomaría finalmente en mi mano y, hechizado por ella, reconocería que su hechizo consiste en brillar desde su centro, desde su puro significado. Sencillez. Estar sencillamente aquí. Sencillamente mantenerla. Cuanto más la mantengo tanto más fácil resulta comprender la belleza, la sencilla belleza que reside en estar aquí.

Querría escribir así, tal como brilla esa palabra. Querría escribir sobre las cosas más sencillas. Escribir, por ejemplo, acerca de cómo nosotros ahora, en esta mesa, el uno frente al otro, después de dos años y medio nos decimos cosas que normalmente se silencian. El *matcha latte*<sup>[•]</sup> que bebemos está templado, tiene un gusto dulce. Pronto caerá la tarde. El día, con el sol, se desliza hacia la noche. Nos damos cuenta de que ha pasado mucho tiempo. Mi pierna estirada nos lo recuerda. Tú no me reprochas nada. Somos amigos, y algo más: gemelos que se hablan el uno al otro por encima de dos vasos medio vacíos. Te he echado de menos. Me has echado de menos. Así de simple. El ronroneo del aire acondicionado. La gente conversa, ríe. La camarera corre de un lado para otro y, cuando se detiene un momento, se limpia el rostro cansado con el delantal.

Y Kumamoto no había cambiado.

A pesar de su morosidad, a pesar de su cuerpo hinchado, me encontraba frente a un auténtico poeta. Había conservado su sinceridad. Desprendía la fuerza obstinada de un hombre que se ha alzado desde su propio abismo, espantosamente solo, y ha tentado sus límites. Y una vez arriba vuelve a ser el mismo, pero feliz de estar de nuevo allí.

¿Tú qué crees? Coloqué las manos extendidas sobre la mesa, de modo que él pudiera ver las cicatrices. ¿Crees que somos necesarios? Me refiero a la gente como nosotros, a los que se apartan del camino, a los que se retiran. Aquellos que sin un diploma, sin formación, sin trabajo, sin nada que demostrar, solo aprendieron una cosa: que merece la pena estar vivo. Me asusta pensar que ahora que lo hemos aprendido podamos aprender también a no ser necesarios. En todo caso ya estamos señalados. Tenemos una marca. ¿Qué ocurriría si no nos lo perdonasen? ¿Si la sociedad... no quisiera admitirnos de nuevo? Evito pensar a lo grande. Cuando digo: la sociedad. Entonces la cabeza me rebosa. Es demasiado grande. ¿Qué es esto? No puedo verlo. Solo veo lo particular. Es ahí donde quiero permanecer. En lo pequeño. Y todos estamos señalados, todos tenemos una marca, todos la necesitamos. Kumamoto colocó sus manos sobre las mías. Al reencontrarnos hace un momento, las yemas de los dedos se tocaban, fue un instante. En un primer momento no te conocí. Estás más delgado. Solo cuando soltaste el agarradero en el vagón tambaleante, mientras el movimiento balanceaba ligeramente tu cuerpo de un lado para otro, te reconocí en el modo en que te resistías a las sacudidas con los pies bien firmes en el suelo. Las puertas se abrieron de pronto. Me levanté enseguida. Fui hacia ti. No quería volver a perderte de vista. Al momento estabas ya en las escaleras mecánicas. Me resultaba difícil seguirte. Mientras cojeaba detrás de ti caí en la cuenta de lo mucho que te necesito. No puedo dejar de decirte: Lo siento. Necesito oírte decir: Está bien. Te detuviste un momento. Yo dudé. Embargado por el sentimiento de no tener ningún derecho a necesitarte tanto. Pero aquí estás. Tiendo la mano hacia ti, y tal vez esta es mi respuesta a tu pregunta. Precisamente este modo de tender la mano, este extenderse uno mismo hacia el otro, es lo que necesitamos con más urgencia.

¿Tienes planes? Pregunté a continuación.

¿Tú?

Descubrirme por completo.

Yo también.

Hay algo más que querría preguntarte: ¿qué fue lo que gritaste justo antes de? ¿Qué fue lo que gritaste en realidad? Ya sabes a qué me refiero. Yo me acercaba hacia ti. Y tú gritaste algo. Durante todo este tiempo tuve la seguridad de que era un mensaje para mí. Algo que debería haber escuchado. Algo que había sido pensado para mí. ¿Qué fue?

Estaba confundido.

¿Se te ha olvidado?

Creo que no era nada.

¿No?

¿Para qué repetirlo?

Tal vez para...

... te lo repito: no era nada.

De hecho no me importaba. Una llamada del pasado, se había extinguido. Si se trataba de la libertad, la vida o la felicidad, en todo caso, ya no importaba. Nos despedimos con un simple «hasta la vista». Ya nos veremos por ahí, dijo Kumamoto. Así será, dije yo, y cuídate. Tú también. Hazlo por mí. Y diciendo esto desapareció tras sus amplias espaldas. Probablemente se dirigía hacia casa. A casa. De pronto sentí un hambre atroz. Un agujero en el estómago, salí corriendo. El hambre tiraba de mí.

Los zapatos de mi padre en la entrada. Piel brillante. Uno podía ver prácticamente en ellos su reflejo. Mis padres estaban sentados para la cena. El televisor encendido. Béisbol. Los Gigantes iban ganando por tres puntos. En el pasillo me sorprendí de no experimentar ninguna sorpresa al ver que la fotografía que recientemente había tirado a la basura estaba de nuevo en su lugar. Debajo colgaba una nota con una chincheta: Tengo el negativo. Puedo hacer tantas copias como tantas veces quieras quitarla de la pared. Mamá. Un *smiley*. La familia se reproduce. Allí estaba yo de nuevo, la mano de mi padre sobre mi hombro, la gorra ladeada, frente al Golden Gate, esperando a que la arena se deslizara por el cuello del reloj, me librara de su mano y... Esperé un momento más, hasta que desapareció por completo la amargura que sentía. O, como Kumamoto hubiera dicho: no sentía amargura, porque no quería sentirla. Era un esfuerzo de la voluntad. Me lo debía. Esto me hacía las cosas más fáciles. Ya sin amargura, recogí la bandeja del umbral de mi habitación con el cuenco de arroz todavía humeante, di un primer paso bien premeditado, después un segundo paso, abrí con mano firme la puerta del salón. Me miraron fijamente, con los ojos muy abiertos. Un asentimiento mudo de las cabezas. Mi padre fue el primero que rompió el silencio. Bueno, vamos, recoge la silla, dijo dirigiéndose a mi madre. Sobre mi silla, sobre la silla en la que no me había sentado durante dos años, había una pila de viejas revistas. La princesa Kiko<sup>[•]</sup> saludando con la mano, un ovillo rojo, la labor de punto. Mi madre se dio prisa en vaciarla. El ovillo de lana cayó frente a ella, en el suelo, y rodó hasta mis pies. La empujé hasta hacerla rodar en dirección a mi padre. Un *home run*. Me senté. *Itadakimasu*<sup>[•]</sup>.

¿Quieres más arroz?

Mi madre llenó el cuenco. Todavía queda un poco de tofu. *Otousan*<sup>[•]</sup>, por favor, alcánzale el salmón. En pocos segundos la mesa estaba puesta de nuevo. Las guarniciones y las salsas dispuestas a mi alcance. Comí. El último pedazo de *gyōza*<sup>[•]</sup>. Los palillos de mi padre chocaron con los míos. Cómetelo. No, tú. Se frotó la barriga: Yo estoy lleno. Nos miramos. Mantuvimos la mirada. Una cerveza, dijo él finalmente: Keiko, tráenos una cerveza. Brindaremos por ello. ¿Que por qué? Bueno, por los Gigantes, naturalmente. Desde el televisor llegaba una jubilosa exaltación. El presentador dio un grito. El juego continuó. Mi madre trajo tres vasos y tiras de calamar seco. *Kampai*<sup>[•]</sup>. Hicimos chocar los vasos. Tras un largo día, dijo mi madre riendo, es cuando mejor sabe la cerveza.

Nos sentamos juntos y nos pusimos de acuerdo acerca de lo auténtico sirviéndonos de lo inauténtico. Entendí que también mi madre y mi padre habían sido *hikikomoris*. También habían estado encerrados conmigo en casa, puesto que mi vida dependía de la suya. Las escasas vacaciones de mi padre las habían pasado en casa. Nada de escapadas al mar. Ni un fin de semana en O., la ciudad de mi madre. De vez en cuando al cine, eso sí. Sentarse en la oscuridad. De vez en cuando a un restaurante. Con amigos que hacía una eternidad que no veían. De vez en cuando, durante algunas horas, en el coche. Conducir sin más, e imaginarse cómo sería continuar el viaje. Hasta el fin del mundo. Detenerse entonces y decirse: Aquí hay alguien que nos necesita. Dar la vuelta. Regresar. Cada dos días a la tienda de Fujimoto para hacer la compra. Desayuno, almuerzo y cena. Mi madre jamás se saltó una de las comidas. A veces había también una camiseta. Un par de calcetines. En invierno un jersey. Muchas cartas que yo no leía, y que dejaba en la puerta sin molestarme siquiera en cogerlas. Ahora me preguntaba cuál sería su contenido. Tal vez decían en ellas que les hubiera hecho feliz ver que en el frigorífico faltaba una Coca-Cola, o que las baldosas del cuarto de baño hubieran estado mojadas. Tal vez también que les había causado mucha tristeza. Tal vez que se avergonzaban de mí. Pero también es posible que dijeran que se les hacía difícil comprender qué me había llevado a no querer saber nada de ellos. Después de todo aquello, el sentarnos juntos y ponernos de acuerdo acerca de lo auténtico con ayuda de lo inauténtico fue como una primera bocanada de aire después de que los tres hubiéramos estado debajo del agua. La ruptura de la superficie. Todavía resoplábamos.

Bueno. Me había levantado. Buenas noches.

Mi padre: Ha sido el mejor partido que he visto en mucho tiempo. Lo dijo sin alzar la vista, con la mirada puesta en la pantalla del televisor. Una mano rodeaba el vaso vacío, con la otra, se sujetaba con fuerza al borde de la mesa. Los nudillos blancos le delataban. Una inmovilidad traicionera. Una palabra más y el vaso que sujetaba hubiera saltado en pedazos.

COMIENZO

## Agradecimientos

Quisiera dar las gracias a todos aquellos que me ayudaron durante la escritura de esta novela. Inapreciable es su amistad que, una contribución viva, desembocó en la historia.

Un especial agradecimiento le debo a mi marido, Thomas (gracias por tu apoyo, por tu paciencia, por tus cuidados), a Ojiichan y Obaachan (gracias por los numerosos veranos llenos de felicidad), Michio, Niken, Ayana y Ryuta (gracias por el hilo rojo que nos une a través de kilómetros), Satoshi (gracias por los bellos recuerdos que tengo de ti), Tobias (gracias por tu apoyo), Angela (gracias por tu *epile spitmek*), Barbara y Verena (gracias por la fidelidad a Weinviertel), Kathrin (gracias por la compañía en el canto y en la lectura), Lelo (gracias por los pasteles y el polvo de estrellas).

Aquellos y aquellas que no he mencionado cuentan precisamente con mi mayor agradecimiento.

# Glosario

[•] 110: Número de la policía. <<

[•] *Bentō*: Ración de comida preparada para llevar. <<

[•] *Butsudan*: Espacio u objeto de protección de símbolos budistas que se encuentra en templos y hogares de Japón. <<

[•] *Carrer woman*: Se designa así en Japón a las empleadas japonesas cuyo propósito es hacer carrera en una empresa. <<

[•] *-chan*: Sufijo que se añade a los nombres de los niños pequeños. Equivalente al *-illo* o *-ito* en castellano. <<

[•] *Enka*: Estilo de música japonesa. <<

[•] *Gigantes (Giants)*: Equipo de béisbol japonés. <<

[•] *Gyōza*: Masa rellena de carne. <<

[•] *Hajimemashite*: Encantado de conocerte/conocerle. <<

[•] *Hikikomori*: Así se designan en Japón a las personas que se niegan a salir de casa de sus padres, se encierran en su habitación y reducen al mínimo el contacto con su familia. La duración del encierro varía. Algunos pasan hasta quince años o incluso más. No se sabe con certeza el número de *hikikomoris* existente, ya que muchos de estos casos permanecen en la sombra por miedo a ser estigmatizados. Se estima que existen entre 100 000 y 320 000, jóvenes en su mayoría. Como causa principal se señala la gran presión que provocan las tareas y la adaptación en la escuela y en la sociedad. <<

[•] *Itadakimasu*: Se dice en Japón antes de la ingesta de una comida. Se traduciría, aproximadamente, por: «Lo recibo con humildad». <<

[•] *Jisei no ku*: Poema de despedida escrito antes de la muerte. <<

[•] *Kampai*: ¡Salud! <<

[•] *Kanjou*: Sentimiento. <<

[•] *Karaage*: Carne de pollo frita. <<

[•] *Karōshi*: Muerte por exceso de trabajo. <<

[•] *Luto*: El luto tradicional en Japón comprende siete semanas, transcurridas las cuales la urna es dispuesta en una tumba. La incineración tiene lugar, junto con el funeral, poco tiempo después de la muerte. <<

[•] *Matcha*: Té verde molido. <<

[•] *Miyajima*: Uno de los *nihon sankeis*, como se denomina a la lista de los tres paisajes más bellos de Japón. <<

[•] *Ojisan*: Tío. <<

[•] *Okaerinasai*: Expresión utilizada al llegar algún miembro de la familia a casa. Se traduce por: «Bienvenido a casa». <<

[•] *Otousan*: Palabra japonesa para «padre». También se usa como tratamiento para el esposo. <<

[•] *Princesa Kiko*: Esposa del príncipe Fumihito de Japón. El sufijo *-sama* es utilizado para personalidades destacadas. <<

[•] *Salaryman*: Se denomina así en Japón a los empleados varones de una empresa. <<

[•] *-san*: Sufijo que se añade a los apellidos como expresión de respeto. <<

[•] *Senbei*: Torta de arroz. <<

[•] *Sensei*: Profesor. <<

[•] *Shiba*: Raza de perro japonesa. <<

[•] *Sutra del corazón*: Parte de los escritos budistas cuya principal enseñanza es «La forma es vacío, el vacío es la forma». <<

[•] *Tadaima*: Expresión utilizada al llegar a casa. Se traduce, aproximadamente, por: «Ya he llegado a casa». <<

[•] *Yōkan*: Postre elaborado a partir de pasta de judía azuki. <<